



MANUEL DEL CABRAL

COMPADRE MON



COMPADRE MON

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE III. POESÍA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Miembros Ex Officio

Ángel Hernández Castillo Ministro de Educación, Presidente

Francisco Germán De Óleo Ramírez Viceministro de Acreditación y Certificación Docente del Ministerio de Educación / Representante Permanente del Ministro de Educación ante la Junta de Directores

Ancell Scheker Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación

Leonidas Germán Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Sixto Gabín Representante de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Nurys del Carmen González Rectora, Secretaria

Miembros Intuitu Personæ

Radhamés Mejía Vicepresidente

Ángela Español

Juan Tomás Tavares

Laura Lehoux

Magdalena Lizardo

Rafael Emilio Yunén

José Alejandro Aybar

Pedro José Agüero

Cheila Valera

CONSEJO ACADÉMICO

Nurys del Carmen González Rectora

Carmen Gálvez Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Milta Lora Vicerrectora de Innovación y Desarrollo

Aida Roca Vicerrectora de Gestión

Ana Julia Surriel Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Glenny Bórquez Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

David Capellán Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis Napoleón Nuñez Molina

Anthony Paniagua Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Luisa Acosta Caba Directora de Desarrollo Profesional

Vladimir Figueroa Director de Investigación

Ramón Vilorio Director de Recursos para el Aprendizaje

Charly Tolentino Director de Recursos Humanos

Rafael Vargas Representante de los profesores

Alejandrina Miolán Representante de los directores académicos

María Fernanda Evertz Alvarado Representante estudiantil

Maribell Martínez Representante del Viceministerio de Servicios Técnicos y Pedagógicos del Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo INAFOCAM

MANUEL DEL CABRAL



COMPADRE MON

PRÓLOGO DE MATEO MORRISON

COMPADRE MON | Manuel del Cabral

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS. Serie III. Poesía

Dirección general Nurys del Carmen González, Rectora

Dirección editorial Miguelina Crespo

Consultora editorial Emilia Pereyra

Línea gráfica colección Ana Zadya Gerardino

Diseño de interiores y portada Julissa Ivor Medina

Diagramación Daniel Bisonó

Corrección Manuel Llibre Otero

ISBN 978-9945-639-38-4

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2024.

ÍNDICE



Presentación	13
Prólogo	15
Dos palabras	29

PRIMERA PARTE

Carta a Compadre Mon	33
Poema 1	39
Poema 2	40
Poema 3	41
Poema 4	42
Poema 5	43
Poema 6	44
Poema 7	45
Poema 8	46
Poema 9	47
Poema 10	48
Poema 11	49
Poema 12	50
Poema 13	51
Poema 14	51
Poema 15	52
Poema 16	54
Poema 17	55
Poema 18	56
Poema 19	56

Poema 20	57
Poema 21	57
Poema 22	57
Poema 23	58
Poema 24	58
Poema 25	58
Poema 26	58
Poema 27	59
Poema 28	59
Poema 29	61
Poema 30	65
Poema 31	65
Poema 32	67
Poema 33	68
Poema 34	71

SEGUNDA PARTE

Habla Compadre Mon	75
Aire durando	76
Canciones con uniforme	77
Soldado	78
No le tire	79
Aire	80
Camina	80
Pancho	81
Trago	83
¿A quién viene a ver usted?	85
Hombre y perro	87
Palabra	88

Tierras casi sin Mon

Carta inicial	89
Carta para un pinino	89
Segunda carta a un pinino	90
Carta para una calle	91
Carta clave	91
Carta limpia a mi burro.....	92
Carta a fuerza de blanco.....	93
Carta a Pedro	93
Una carta a Cacán color de agua.....	94
Tema para mi instinto.....	97
Niño muerto en un patio	98
Tiempo de la tierra	99
Aire de carne	100
Amistad con el día	102
Carta a Manuel	103
La palabra comida.....	107
Jonás el prestamista	109
Carta al indio Raúl	114
Carta bajo la lluvia	115

Motivos de Compadre Mon

Apunte	117
Lo que el boyero no dijo	117
Lo que cantaba el boyero	118
Remate.....	118
Guitarra panadera.....	118
Tortuga.....	119
Canción con José Remoto.....	119
Agua	121
Manso	121

Cuando.....	121
Juez	122
Sed.....	122
Llueve	122
Gayumba.....	122
Agua de piedra.....	123
Cotorra	123
Buitre	123
Trapito	124
Leñador.....	124
Quena.....	124
Culebra	124
La vaca muerta.....	125
Caracol.....	126
Canario.....	126
Inmigrante	126
Voz	126
Tambora.....	127
Chivo.....	127
Cactus	127
Canción para buscar un cocodrilo	128
Cuatro vecinas de Mon	
Tunta y su diente	129
Colasa con rumba.....	131
Tefén	132
Colasa con ron	134
Pulula	135
5 Resabios de Mon.....	138
Resabio 2.....	141
Resabio 3.....	144

Resabio 4.....	147
Resabio 5.....	149

TERCERA PARTE

Compadre Mon en Haití.....	153
Revolución y fuga de Mon.....	154
Mon en tierra haitiana	156
Primera aventura.....	157
El revolucionario.....	158
El herrero	159
Buche afuera.....	161
El polvito.....	161
Ritos	162
Segunda aventura	164
Última etapa en Haití.....	165

Compadre Mon en su tierra

Primer tropezón.....	166
Segundo tropezón.....	167
Tercer tropezón.....	168
Prisión de Compadre Mon.....	169
Fuga de Compadre Mon y Don Pulla.....	180
Canto a Cacique	181
Segundo canto.....	181
Tercer canto.....	182
Cuarto canto	185
Quinto canto	185
Sexto canto	186
Séptimo canto.....	187
Último canto.....	187
Un recado a Simón.....	188

En casa de Don Oráculo	189
Primer canto de Don Oráculo.....	191
Segundo canto de Don Oráculo.....	192
Tercer canto de Don Oráculo.....	195
Conclusiones de Don Mon.....	198
Biografía de Manuel del Cabral	203

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU) tiene el honor de presentarles la «Serie III. Poesía» de su prestigiosa colección «Clásicos Dominicanos». Esta compilación, seleccionada con esmero, consta de diez obras emblemáticas que constituyen hitos en la historia literaria de nuestro país y exhiben la riqueza y diversidad de la lírica dominicana.

La Serie reúne voces icónicas como Salomé Ureña, figura fundacional de la poesía dominicana, insigne educadora que luchó por la igualdad y la justicia; su obra *Poesías* nos conmueve por su sensibilidad y compromiso social. Manuel del Cabral, con su representativo *Compadre Mon*, nos invita a reflexionar sobre nuestra identidad nacional, mientras Pedro Mir, en *Hay un país en el mundo y otros poemas*, nos emociona con su canto a la esperanza y al amor por la patria.

La pasión y el romanticismo de Fabio Fiallo se manifiestan en *Canciones de la tarde*; la renovación poética de Domingo Moreno Jimenes —creador del postumismo, primer movimiento literario dominicano— queda plasmada en *El poema de la hija reintegrada y otros versos*. La fuerza vital y la valentía de Carmen Natalia Martínez Bonilla, voz de la resistencia antitrujillista, se revelan en *Alma adentro*.

Delia Weber, con *Ascuas vivas*, poemario, amplía el registro de las voces femeninas de esta serie y promueve una parte del legado poético de la enérgica defensora

del feminismo. Franklin Mieses Burgos, representante del movimiento La Poesía Sorprendida, nos cautiva con *Clima de eternidad y otros poemarios*. Aída Cartagena Portalatín, de las poetas dominicanas más trascendentales del siglo XX y única mujer que formó parte de La Poesía Sorprendida, nos seduce con *Una mujer está sola y otras poesías*. La obra *Eva en extremaunción*, de Melba Marrero de Munné, una de las composiciones más estimadas de la eximia poeta, corona la Serie.

Cada obra ha sido enriquecida con prólogos de consagrados escritores dominicanos, quienes nos ofrecen una visión profunda y personal sobre cada autor. Agradecemos a Bruno Rosario Candelier, José Enrique García, Federico Henríquez Grateaux[†], Eduardo Gautreau de Windt, Ofelia Berrido, Manuel Matos Moquete, Mateo Morrison, Sabrina Román y Miguel D. Mena, quienes han contribuido con su profuso saber y su entusiasmo a esta iniciativa que busca exaltar el patrimonio bibliográfico de la literatura dominicana.

La producción de la «Serie III. Poesía» ha contado con el inestimable aporte del Comité Editorial de ISFODOSU, cuyos integrantes seleccionaron estas obras fundamentales de la lírica nacional.

Exhorto a estudiantes, docentes, a la comunidad académica y amantes de la literatura a sumergirse en estas páginas, donde podrán descubrir la diversidad de nuestra poesía y encontrar un referente que los inspire en sus propias expresiones artísticas. Estas obras, que invitan a las nuevas generaciones a apreciar la riqueza de la poesía dominicana, forman parte de nuestro catálogo digital de publicaciones, disponible para todos los lectores del mundo, en nuestro portal institucional www.isfodosu.edu.do.

Nurys del Carmen González Durán
Rectora

P R Ó L O G O



Un texto fundador de la poesía dominicana contemporánea: *Compadre Mon*: Diversas visiones desde nuestro corpus crítico

En cuanto a Manuel del Cabral:
su contribución más importante a la poesía negra,
Compadre Mon, es de 1943.

OCTAVIO PAZ, *Sombras de obras* (1983).

Por Mateo Morrison

• Cómo abordar, hoy, una obra literaria? ¿Cómo situarla
en el contexto nacional en un mundo globalizado?
¿Qué factores determinan los valores y el lugar de una
obra poética? En su libro, Gustavo Guerrero, plantea lo
siguiente: «Hace algo más de un siglo, en las prosas que
componen el prefacio de su *Canto errante* (1907), Rubén
Darío defendía con pasión el lugar de la poesía dentro
del mundo moderno y destacaba, en especial, su superior
alcance cognitivo: ‘El poeta tiene una visión directa e
introspectiva de la vida —escribía— y una supervisión que
va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general
conocimiento’».

Ya mucho antes, Marcello Pagnini, en su libro *Estructura literaria y método crítico*, expresa:

Retrocedamos un poco y recordemos que hemos considerado dos valores esenciales en la composición literaria: el valor (en realidad conjunto de valores) firme y analizable mediante procedimientos exactos (el componente fónico-sintagmático, al que podemos añadir el significado denotativo, léxico) y el valor fluido, difícilmente analizable en sentido empírico, que es el contenido sugestivo, al margen de los diccionarios y reconstrucciones filológicas. También hemos dicho que el aspecto fundamental distintivo del mensaje poético se reconoce hoy en día, con criterio bastante parecido, en la ambigüedad, que es precisamente la cualidad fluida, evocadora, del símbolo.¹

Después de navegar en las aproximaciones de la literatura cuando pasó de oral a escrita sin que desapareciera la oralidad, Francisco Rico, en su libro *Mil años de poesía europea*, nos dice:

En principio, la poesía era solo la canción. El progresivo avance de la escritura la abrió a campos más discursivos, a una cultura más alta, a usos más duraderos, con la contrapartida de una paulatina pérdida de oralidad. El código y la imprenta fueron fijándole, además, una fisonomía gráfica tan distintiva o más que otros factores primarios. Aunque la poesía moderna es reacia a la rima y a la métrica convencional, porque coartan o dan la impresión de haber coartado la espontaneidad del creador, los versos libres del posromanticismo se estructuran en infinitos casos de acuerdo con los mismos principios de reiteraciones y contrastes fonéticos, sintácticos y semánticos que dan vida a la canción. Pero en otra infinidad de casos solo el

¹ Pagnini, Marcello. *Estructura literaria y método crítico*. Ediciones Cátedra. Madrid, 1982, p. 152.

autor podría quizá reconocerlos como unidad de entonación, de emoción o de sentido o como sujetos a algún criterio generalmente inteligible. Su misión básica es ahora identificar el texto en cuanto poesía, para que se le conceda el *plus* de significación o pertinencia que ello comporta.²

La llegada de «Compadre Mon» a la poesía dominicana hará dentro de poco 77 años, evocada en la 78 Feria del Libro de Madrid, teniendo como país invitado a República Dominicana, nos conduce a una relectura de ese texto y a ver los diversos abordajes que su masa textual ha recibido, por lo menos, de cuatro autores dominicanos exigentes y dotados, sin duda, de las herramientas críticas y el talento para una tarea que no es simple, tratándose de una obra de múltiples aristas; donde conviven la historia, el mito y la lírica pero no cualquier historia, ni cualquier mito, ni cualquier lírica, sino una que navega entre las profundidades de un complejo mundo con una expresión y estructura poética capaz de deslizarse en la búsqueda de una metáfora sorprendente que va de extremo a extremo.

El destacado crítico y ensayista Bruno Rosario Candelier, en su trabajo *Historia y mito en Compadre Mon*, sostiene la tesis de que al proceder Manuel del Cabral de la dominante concepción realista proclamada por el postumismo encabezado por los poetas Domingo Moreno Jimenes y Tomás Hernández Franco, autores que prefiere dentro de esta generación: «se sintieron incitados a abordar la línea imaginativa, en los propios límites del mito en una poesía de amplio aliento y de gran renovación temática y estilística». Para este autor «Manuel del Cabral fusiona, pues, mito e historia, acontecimientos y fabulaciones, ocurrencias e invenciones, tal como se testimonia en su clásico y monumental *Compadre Mon*». Candelier expresa:

² Rico, Francisco. *Mil años de poesía europea*. Editorial Crítica. Barcelona, 2014.

En *Compadre Mon* hay historia y mito; es un texto mítico-legendario. En él se dan la mano la mitología, la leyenda y la realidad. Lo mítico y lo realista son dos términos antinómicos, dos dimensiones antagónicas, que pueden, sin embargo, hallar un punto de empalme. La mitología, o lo mitológico, pertenece al reino de la fabulación, mientras la realidad representa el dominio de la objetividad. Pero esas dos caras contrapuestas se empalman en una producción mítico-mimética. La literatura mítica representa la dimensión mitológica; la historia representa la dimensión realista o mimética y la leyenda, la conjunción de ambas.³

Otro de nuestros autores esenciales, José Alcántara Almánzar, en su libro *Estudios de poesía dominicana* refiere:

Compadre Mon es el héroe popular de tierra adentro. Del Cabral utilizó el personaje basándose en su conocimiento del Cibao, y logró un complejo psicológico, social y cultural de principios de siglo XX, bastante sólido. Don Mon encarna valores entrañables al campesino dominicano: coraje, astucia, machismo, pasión por las mujeres, amor a la tierra. La descripción de su fisonomía y carácter corresponde a la de un hombre superior.⁴

Una tercera aproximación acerca de este poema emblemático es el expresado por el estudioso Fernando Valerio-Holguín en su trabajo *Compadre Mon: poética del desconsuelo*, y él dice: «Tanto Compadre Mon como los demás personajes populares se encuentran definidos a través de los objetos sencillos y animales domésticos: la tambora, la gayumba, la guitarra, el trapito, el

³ Rosario Candelier, Bruno. «Historia y mito en 'Compadre Mon'». *Revista Iberoamericana*. Recuperada en https://www.researchgate.net/publication/45385081_Historia_y_mito_en_Compadre_Mon el 10 de marzo de 2023.

⁴ Alcántara Almánzar, José. *Estudios de la poesía dominicana*. Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, 1979, p. 115.

caracol, el chivo, la cotorra, el canario». Concluyendo en que: «*Compadre Mon* de Manuel del Cabral es un libro extraordinario, no solo como alegoría de la nación dominicana, sino también por su calidad poética. De lo particular en los hombres y mujeres, en los objetos ordinarios y cotidianos, cantados por Manuel del Cabral, brota lo universal».

La cuarta aproximación a *Compadre Mon* que quiero comentar con ustedes es quizás la más amplia y penetrante investigación acerca de este poemario; la escribió la destacada ensayista Pura Emeterio Rondón, una crítica literaria esencial, a quien la muerte se llevó a destiempo contrario al deseo de todos los que la quisimos y valoramos. Me tocó decir las palabras centrales en el momento en que el Ministerio de Cultura y la Feria Internacional del Libro le dedicaron una calle; y que ahora también me sirve para evaluar a un poemario que no se enmarca en los cánones tradicionales de la crítica, dije en aquel momento: «Desde los diversos abordajes en que ha asumido el hecho literario, Pura Emeterio Rondón, el del ensayo crítico, se presenta como el núcleo básico de sus continuos, amplios e indiscutibles aportes a la literatura». Una cita de René Wellek, en su libro *Conceptos de Crítica Literaria*, nos sirvió de punto de partida para referirnos a ella en ese merecido homenaje que le rindió el Ministerio de Cultura y la Dirección General de la Feria del Libro en el 2012.

Tanto el siglo XVIII como el XIX han sido llamados edad de la crítica. Sin duda, el siglo XX merece este título con creces. No solo ha descendido sobre nosotros un verdadero aluvión de crítica, sino que esta ha adquirido una nueva conciencia de sí misma; una condición más pública, y ha desarrollado, en las últimas décadas, nuevos métodos, y, nuevos modos de evaluación. La crítica, que hasta finales del siglo XIX no tenía, sino una significación local fuera de Francia e Inglaterra se ha hecho escuchar en países que antes parecían permanecer en la periferia del pensamiento crítico: en Italia

a partir de Croce; en Rusia, en España, y, por último, pero no por eso menos importante, en los Estados Unidos de Norteamérica. Toda investigación de la crítica del siglo XX debe tener en cuenta esta expansión geográfica y la revolución simultánea operada en los métodos. Necesitamos algunos principios de selección ante las montañas de publicaciones que se nos enfrentan.⁵

Razón por la cual dedico este texto, además de Manuel del Cabral, a ella. Juntos compartimos la devoción por la obra del autor de *Chinchina busca el tiempo* y en más de una ocasión compartimos criterios en los diversos homenajes que recibió el poeta.

Su libro *Género épico y elemento popular en Compadre Mon* merece una atención especial (con prólogo de Francoise Perus), quien expresa:

El profundo arraigo del héroe –mítico y colectivo, pero también vivo y dialógico– de Manuel del Cabral en el imaginario popular dominicano (es recreación literaria de la figura de Concho Primo) pone de manifiesto los límites de esta concepción canónica y libresca de la épica y de sus formas de inserción en el todo vivo de la cultura en devenir. Así mismo, la lectura cuidadosa y debidamente contextualizada (doble referencialidad, heterogeneidad cultural y discursiva, dialogismo interno, inscritos en el texto mismo) que ofrece Pura Emeterio de *Compadre Mon*, muestra que la perspectiva épica no está necesariamente reñida ni con la historia, ni con el diálogo cultural abierto.⁶

⁵ Wellek, René. *Conceptos de crítica literaria*. Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, Venezuela, 1968.

⁶ Perus, Francoise. Prólogo de *Género épico y elemento popular en Compadre Mon*, de Pura Emeterio Rodón. Secretaría de Estado de Educación, Santo Domingo, 1992, p. 16.

El gran ensayista crítico y poeta Antonio Fernández Spencer, en su obra *Nueva poesía dominicana* (1953) publicada en Madrid, (citado por Manuel del Cabral en *Historia de mi voz*), expresa:

...ducho en el conocimiento de los más hondos y pavorosos misterios telúricos, es este uno de los poemas que auténticamente refleja la tierra americana y es, visto desde otra perspectiva, uno de los documentos raciales y psicológicos, de mayor interés que ha producido América. La poesía épico-lírica latinoamericana ha conseguido quizás con este poema moderno su más brillante acento.⁷

Emeterio Rondón, en parte de los escasos textos críticos sobre *Compadre Mon*, cuestiona:

Entre estos distintos puntos de vista y modos de acercamiento al texto, se pueden apreciar algunas diferencias, pero también convergencias. En unos casos, el héroe es visto como caudillo guerrero, creador de pueblos; en otros, como símbolo del pueblo dominicano. Salvo referencias aisladas no se plantean los antecedentes de su creación. Algunos de los críticos consultados aluden a la intención social del texto, sin desarrollarla. Otros hacen referencia a la época caudillista, pero dejan de lado la dictadura de Trujillo, en la cual aparece el poemario, y que es inseparable del tono de denuncia que lo impregna. Pero sorprende, especialmente, que la crítica no haya reparado en la significación que esta denuncia social tiene en *Compadre Mon*.⁸

Uno de los aspectos que se ha discutido más es la oralidad que, a través de ensayos y artículos, refleja la originalidad e

⁷ Fernández Spencer, Antonio. *Nueva poesía dominicana*, Antología. Publicaciones América, Santo Domingo, 1983, p. 43.

⁸ Op.cit., pp. 23-24.

influencia en *Compadre Mon*. Se trata de una discusión que no resiste la rigurosidad del análisis literario, pues no existe ninguna obra absolutamente original. La misma *Ilíada* y *La Odisea*, atribuidas a Homero, eran relatos y versificaciones dispersas en la tradición del pueblo griego, que fueron recogidas y presentadas en libro por un autor que algunos discuten hasta su real existencia. Después, obras como *La Eneida* de Virgilio, serán influidas por estas dos manifestaciones literarias helénicas, y luego John Milton, con *El Paraíso Perdido*, tratará de dar su gran epopeya al pueblo inglés, como la tenían los griegos y los romanos. Sin duda, que la obra que nos ocupa tiene colindancias y diferencias con textos como el *Martín Fierro* y relaciones con el mundo lorquiano, para mencionar solo dos aspectos que pueden ser rastreados en alguna de las zonas que constituyen esta obra fundamental de nuestra literatura.

El hecho de señalar la relación entre si es festiva y trágica, si es pintoresca y épica, si el héroe asiste a fiestas populares o tiene las características de un personaje repudiable desde cualquier principio épico, forma parte de la gran diversidad expresiva que nos trae el autor de *Trópico negro*.

Sobre la relación entre mito e historia, es más que evidente; pero sabemos que ficción y realidad, lo subjetivo y lo objetivo, forman parte de cualquier obra literaria de significación. Ya llamó Santa Teresa a la inspiración *La loca de la casa*, que también explica la escritora española Rosa Montero en su importante texto; y es que por más que un autor se aleje de su realidad particular, siempre habrá elementos constitutivos de una u otra forma de su obra, y más cuando se trata de un libro donde cohabitan la poesía lírica y la poesía épica, la narración novelesca con elementos del diálogo, es decir que estamos ante un cosmos escritural.

Los aspectos sociales y políticos forman parte de este universo; en alguno de los versos se expresa claramente una

visión anti-imperialista, que luego, retomará el mismo autor en su obra *La Isla ofendida*, escrita a partir de la insurrección de abril de 1965. Se trata de uno de los pocos autores que en su obra se refiere claramente a las dos invasiones norteamericanas en nuestro país durante el siglo XX, usando los términos gringos, invasores, extranjeros, y señalando en más de un verso su presencia en la política dominicana, no solo en la etapa de las invasiones militares sino incidiendo en la cotidianidad de la vida nacional.

La amplitud es tal en esta obra, que aparecen los poemas negroides, que ya formaban parte de textos anteriores como «Pilón», e incluso aparece como traído a presidir ese entorno lírico su poema a Simón Bolívar. En varios versos se refiere a la isla, no solo a la nación dominicana, y quizás ahí coincide con otro de los miembros de su misma generación, que toma el territorio de Haití como escenario de su gran poema «Yelidá». Pero, además, *Compadre Mon* ante las dificultades en la parte occidental de la isla, huye hacia la parte oriental, trasladando su accionar a Haití, confirmándose el concepto de isla, que con frecuencia enamora Manuel del Cabral en sus textos. Y no es solo su caso, pues uno de nuestros grandes escritores, al fundar un suplemento cultural, lo denominó Isla Abierta, y todos sabemos que el contenido fundamental se refería a la literatura dominicana en lengua española, es decir a la producida en el territorio que ocupa la República Dominicana. La apertura fue fundamentalmente a la literatura universal.

La publicación de esta obra, casi diez años después de iniciarse la tiranía trujillista, no es ignorada; pues el personaje del cacique podría aludir a la presencia de Trujillo como han planteado algunos de los escritores que han tratado el tema, principalmente Pura Emeterio Rondón.

La alusión a Concho Primo es parte de una realidad nacional con las múltiples revoluciones y los caciques regionales que

abundaron en el país, a través de una violencia que delata el machismo predominante en la sociedad dominicana de la época y que Manuel del Cabral en su gran creatividad llama Pantalonería.

En realidad, nosotros tenemos diversos poemas y obras narrativas que tratan de sintetizar lo nacional en esa primera etapa del siglo XX. Hay que recordar que el país, para esa época, estaba muy poco comunicado y que se fueron desarrollando casi con independencia una de las otras, tres regiones: norte, sur y este. *Compadre Mon*, comienza diciendo: «Por una de tus venas me iré Cibao adentro». Y es una referencia clara a esa parte del país de la cual él era originario.

Otro poeta de los independientes, Héctor Incháustegui Cabral, en *Poemas de una sola angustia* se referirá a las características del sur, agreste y despoblado. Y Pedro Mir es entonces el autor de *Hay un país en el mundo* que parte de la región este. Ellos con su poesía, otros con su narrativa, como Juan Bosch, Marrero Aristy, Freddy Prestol Castillo o Néstor Caro diseñarán en su creación artística una literatura nacional, telúrica y universal al mismo tiempo.

Manuel del Cabral, con una obra que no puede ser obviada cuando se refieren a los grandes textos literarios en nuestra lengua, estuvo siempre consciente de los valores que había acumulado y su modestia, que otros guardaban en su interior, hacía, a veces, explosión para defender su poesía luciendo inmodesto. Un día el poeta Tony Raful, en una reunión que tuvimos con él, le dijo: «Poeta, dicen que su obra es amplia y diversa, pero que usted tiene solo algunas zonas en que su poesía resplandece». Y él nos dijo: «en ese resplandor es que yo me hago eterno». Aspecto que confirmo y que sintetizo en los siguientes versos:

Tambora

Trópico: mira tu chivo,
 después de muerto, cantando.
 A palo lo resucita.
 La muerte aquí, vida dando.

Poema 1

La tierra por aquí cuando madruga,
 siempre despierta con las amapolas
 que nacen de repente en las pistolas.
 Aquí, donde las balas se redimen.
 Donde un dedo de Mon es una historia.

Sol gallego

Lugareñas chancletas, más tempranas que el trino,
 cuchichiando le cuentan su domingo al camino.
 De pronto,
 como si a chispazos
 tachuelas de oro clavaran al paso,
 despiertan la tierra cuatro carpinteros:

Aire durando

¿Quién ha matado este hombre
 que su voz no está enterrada?
 Hay muertos que van subiendo
 cuanto más su ataúd baja...

Carta a Manuel

Enséñame, viejo puente,
 a dejar pasar el río.
 Compadre Mon.
 Qué pesado, qué difícil se me hace este «yo soy».

Juez

El juez, mientras descansa,
limpia sus anteojos.
¿Y para qué los limpia,
si el sucio está en el ojo?

Agua

La del río, ¡qué blanda!
Pero qué dura es esta:
la que cae de los párpados,
es un agua que piensa.

Referencias bibliográficas

- Alcántara Almánzar, J. *Estudios de poesía dominicana*. Editorial Alfa y Omega, Santo Domingo, 1979.
- Emeterio Rondón, P. *Género épico y elemento popular en Compadre Mon*. Secretaría de Estado de Educación, Santo Domingo, 1992.
- Fernández Spencer, A. *Nueva poesía dominicana*, antología. Publicaciones América, Santo Domingo, 1983.
- Pagnini, M. *Estructura literaria y método crítico*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1982.
- Perus, F. Prólogo en Pura Emeterio Rondón. *Género épico y elemento popular en Compadre Mon*, Secretaría de Estado de Educación, Santo Domingo, 1992.
- Rico, F. *Mil años de poesía europea*. Editorial Crítica, Madrid, 2014.
- Rosario Candelier, B. *Historia y mito en Compadre Mon*. Revista Iberoamericana. Rosario Candelier, *Recuperado en* https://www.researchgate.net/publication/45385081_Historia_y_mito_en_Compadre_Mon el 10 de marzo de 2023.
- Wellek, R. *Conceptos de crítica literaria*. Universidad de Venezuela, Caracas, 1963.

COMPADRE
MON



DOS PALABRAS

En mi región natal, en una tierra cuyo nombre es indígena: Cibao, desde muchacho oía ya en el aire de los pájaros y en el aire de los hombres tu pegajoso nombre tercamente oloroso a campo adentro.

Recuerdo que, por tu barba, te conoció mi pequeña humanidad. Tú regalabas personalidad hasta tranquilo...

Pero *Compadre Mon*, tú tal vez no presentiste que yo picaría sobre tu sepulcro. Mi oficio ha sido ese: desenterrar un poco de la patria.

Cabral



PRIMERA PARTE

Quien toca este libro, toca un hombre.

WALT WHITMAN



CARTA A COMPADRE MON

Tanto he pisado esta tierra,
que es ella la que anda ya.
Compadre Mon

Por una de tus venas me iré Cibao adentro.
Y lo sabrá el barbero, aquel que los domingos
te podaba las barbas
como quien poda un árbol de la patria.

Y también Domitila lo sabrá, Domitila
que mientras comadreaba tenía entre las manos
unos duendes que hacían pan sabroso hasta el lodo.
Y hablo de Domitila, porque sin esa cosa...
quizá ni tu revólver fuera un poco de pueblo.
Porque ella fue tu risa, fue tu pan y tu catre.
¿Qué hubiera sido entonces de esas cosas humildes
que tocaron tus manos, tu calor, tus pisadas?
Tu caballo
hubiera sido siempre una bestia cualquiera.
Tal vez sin estas cosas los muchachos con sueño
ya hubieran enterrado tu pistola, tu espuela;
todo lo que en tu cuerpo y en tu aire

es la tierra que quiso no quedarse dormida.
Porque tú, que no fuiste nunca niño de escuela,
a la escuela te llevan en la boca los niños.
Es que no quiero hablar de tus cosas mayores,
ni aún de aquella extraña madrugada en que diste
órdenes a un soldado
para que repicaran las campanas
por tu llegada al pueblo.

No.
No quiero hablar ahora de tus cosas de todos.
De lo que quiero ahora
es hablar del remiendo que te hacía la tía
en aquellos no aún gloriosos pantalones.
Hablo de la ternura con que tú ya besabas
sus manos costureras, cuando aún tus bolsillos
se cargaban de piedras para romper faroles.
La gente que te vio tan pequeñito
no pensó que la tierra se iba a poner tan grande...

Ahora,
cualquiera cosa tuya huele a patria.
Hasta Tico, el lechero,
que llega con un poco de leche en su sonrisa,
y me dice:
aquí, Manuel, estuvo Mon un día,
¡que no rompan la silla donde lo vi sentado;
arrimado a esta puerta!

Ya ves, Compadre Mon,
no puedo hablarte ya de cosas grandes;
tu pistola, tus barbas, tu caballo,
tu nombre,

todo es pequeño junto a esta sonrisa.
 ¡Cómo brilla tu historia en los dientes de Tico!
 Qué grande estás, Compadre Mon, en esas
 cosas pequeñas.

¡Por las venas de Tico yo me iré Mon adentro!

El maíz no lo sabe,
 ni el trueno,
 ni el agua.
 Pero tú estás en el maíz del niño
 que piensa crecer mucho y tener tu tamaño,
 y tener un caballo como el tuyo
 que entró en la historia a fuerza de ser patria.

El trueno no lo sabe,
 pero tú estás en la garganta ronca
 de los tambores que enronquecieron
 de tanto hablar de ti..., de los rugidos
 del paso de tu sangre.
 El agua no lo sabe,
 pero eres el agua con un cuento...
 tú le pusiste edad al agua de los hombres...,
 al agua que más duele, la pesada
 ¡que siempre llena venas, y con sed siempre el hombre!

Sin embargo, no quiero,
 no quiero hablar, Compadre Mon, de esas
 cosas visibles tuyas...
 Yo prefiero decirte que Cachón, un muchacho
 enclenque de mi pueblo,
 estuvo muchos días y demasiadas noches,
 torturándose,

fabricando,
puliendo unas estrofas, y luego, sin comer,
muchas veces,
iba a mi casa, casi asustado,
casi tartamudo, sorprendido,
y como quien comete su más sagrado crimen,
me decía: —Manuel, aquí tengo una cosa
que quiero que tú veas.
Pero nunca, nunca pude leerla,
porque temblaba para darme aquello...,
y volvía a su casa con aquello en secreto,
y volvía a pulir,
y a no dormir,
ni comer,
y volvía a hablar solo.
De esto, Mon, sí quiero hablarte en familia:
de aquel muchacho débil escribiendo tu nombre,
buscando entre tus barbas raíces de la tierra,
los árboles perdidos de la patria...

De esto, Mon, sí quiero casi hablarte en familia:
de aquel muchacho en huesos
que iba a la barbería
y diez veces le preguntaba al barbero
que cuánto le debía...
(Porque, Mon, es muy triste
no terminar un verso).

Aquel muchacho simple que perdió la memoria
y que yo le decía que comiera...
Aquella emoción pura que al nombrarte, parece
que se abrían las venas para que se bebieran
hondo y tibio tu nombre.
Esto sí me parece que no deja que el tiempo

gaste hasta lo más simple de tu voz:
tu sonrisa.

Y a ti, Compadre Mon, que te encontré una tarde
haciendo el hoyo puro
del futuro cadáver de tu cuerpo
(porque tenías un duelo aquella tarde).
Pero nunca supiste que tu muerte
no cabe en ningún hoyo de la tierra.

Yo mismo que de niño te conocí en el aire
que respiraba el pueblo,
iba ya repartiéndome tu vida,
iba haciéndote un poco de mis cosas,
iba ya no dejándote morir...
Después el campanario se ocupó de tu nombre,
de tus cosas mayores.
Y era difícil ya, que como un hombre cualquiera,
te pegaras un tiro,
o te entregaras a menudencias,
a pequeñas manías;
porque hasta aquellas inútiles palabras a tu gato
tenían ya un sentido,
porque así son, Don Mon, todas las cosas
que pertenecen a lo que ya tiene
tamaño de destino...

Un simple canto de gallo que despierta
las cosas de la mañana,
toma de pronto la estatura de un siglo,
si entre las cosas que se despiertan con su canto
se levanta un caballo con la Historia en el lomo.

Te estoy diciendo esto, viejo Mon, ahora
en que hacer unos versos y ponerse a decirlos
es un peligro... tan grande
como ponerse a hacer la patria
con sables de madera de sándalo.
Porque nosotros, los que hacemos
estas cosas de sueño, no estamos preparados
para la fiesta del honor con precio...

Yo veo, a ratos, ciegos que tocan su instrumento
por unos cuantos cobres. Muchas veces,
después de sus canciones, voy a verme al espejo,
y miro bien mi cara para ver si es la mía...
Porque, a veces, cuando cantan los ciegos,
muchas cosas del cuerpo voy dejando
no sé a donde...
Por eso,
pregunto por mi nombre cuando cantan los ciegos.

Te estoy diciendo esto porque a veces
lo que nació en tu pecho lo tienes en la mano...
Te estoy diciendo esto, viejo Mon, porque a ratos,
hablas conmigo cosas que hablando no me dices.
He caminado mucho por los ríos
que vienen de tu cuerpo cuando a oscuras te hieren,
y sé que cuando sangras
te salen por las venas los sueños más varones.
Es que desde hace tiempo,
tú construyes la patria, destruyéndote.



Poema 1

La tierra por aquí cuando madruga,
siempre despierta con las amapolas
que nacen de repente en las pistolas.

Aquí, donde las balas se redimen.
Donde un dedo de Mon es una historia.
En esta tierra es caballero el crimen...

En esta pequeña geografía,
en donde siempre la palabra macho
es una catedral desde muchacho.

Aquí, donde la voz está en el cinto,
entre la dentadura de las balas,
entre la dentadura del instinto.

Aquí el crimen no tiene olor a plata.
El hombre aquí, para matar es niño,
porque también para ser niño mata.

Aquí mi tierra, la que en la cintura
lleva un cuchillo, porque siempre tiene
el corazón entre la mano dura.

Poema 2

Como frente a una carta de raíces,
para saber el mapa de la tierra
yo me puse a leer tus cicatrices.

Solo un hombre está allí, y es tan humano,
que ya puedo saber, viendo sus dedos,
a qué sabe la tierra en una mano.

A qué saben los ríos... tu sangría...
Y a qué saben las piedras de tus callos.
Porque tu cuerpo es una geografía.

Compadre Mon, pero la tierra asciende:
tu corazón no cabe en la moneda.
Su tamaño tan grande lo defiende.

Y en el filo lo vi de la navaja;
tú lo tirabas a los desafíos
como aquel corazón de la baraja.

Pocas cosas son tuyas como aquello
que te late y lo sacas... pero el filo
que se mancha con él... está más bello.

Ni tu caballo que ganando meses
es la mitad de tu figura y sabe
ser familia de balas y de peces.

Ni tu acordeón que cuando lo exprimías,
la gente de la tarde ya miraba
por el aire los trapos de tus días.
Hasta los bueyes de los ojos llanos
tras el boyero que regresa triste
con la palabra hombre entre las manos.

Hoy ni los cerros, los que ya no veo
con sus barbas de niebla que se queman
antes que el día, con el tiroteo.

Nada tiene más tierra enfurecida,
en nada hay ya más campo, cuando sale...
cuando te sale el campo por la herida.

Es que, Compadre Mon, cuando yo quiero
saber el mapa de la tierra, miro
la carta de tu piel, cosida a tiros.

Poema 3

Y aquí, Compadre Mon, aquí en el río
cabe el cielo, lo mismo que en tu mano
cabe la historia de tu caserío.

Nada mejor que oír hablar tu dedo,
aquel que aprieta tu gatillo y pone...
pone de pronto hasta valiente al miedo.

Tu sonrisa caía como un hacha
sobre los hombres, cuando tu botín
era sobre tu potro una muchacha.

Aquí recuerdo tus amaneceres,
cuando pasaba tu caballo tibio
con las ancas fragantes a mujeres;
cuando en la madrugada las estrellas
eran los agujeros: los que hacía
tu pistola buscando hacer el día.

Por eso aquí, frente a tu potro, callo...
¡Tanto en la noche su galope oía,
que era la madrugada tu caballo!

Pero tal vez la tierra no lo sabe:
oigo que su galope llena al tiempo,
que su galope en el presente cabe.

Tierra por ti, Compadre Mon, durando.
Tú que nunca quisiste ver el cielo
para que no te hiciera un poco blando.

Poema 4

A cara o cruz, para saber qué ruta
tomaremos, después del aguardiente.
La moneda saltó sonoramente,
viróse cara,
y nos decidimos
por el azul de la mañana clara.

Compadre Mon, y tu primer suspiro
fue despertar al pueblo con un tiro.

Madrugaban tus balas, parecía
que un puñado de pájaros echabas
antes que los de pluma diera el día.

Nos esperaba alegre el caserío.
Llegó como un reguero de chicharras
la algarabía del muchacherío.

Muchacherío azul que ya enarbola
la bandera de un grito, la bandera
que no se puede arriar con la pistola.

Compadre Mon, y allá, por esas tierras,
qué bien reciben a los hombres machos
desde las hembras hasta los muchachos.

Por una falda se ensanchó tu nombre,
no es una mancha, es pantalonería
por una falda sepultar un hombre.

Tu palabra sacude al caserío.
Juegas con hembras y por hembras matas,
y va tu honor como va limpio el río.

Égloga tú, gran Mon, de piedra y clavo,
sobre tu potro, capitán del viento,
juegas la vida igual que tu centavo.

Poema 5

Ni la aldea que cabe en el perico
llegado en la provincia de su jaula
con robados refranes en el pico.

Ni la veta del ocio con caminos
que van sacando el mar de las guitarras.
Tú tienes algo más: jefe de trinos.

Y allá, Compadre Mon, tu voz de abuelo
sale desde tus barbas como salen
de la selva los pájaros con cielo.

Allá los colibríes cimarrones
que paraban de pronto tus orejas,
porque zumbaban como municiones.

Tú que me dices que la piedra canta.
Oye crecer los árboles tu olfato,
y a los duendes que sudan en la planta.

Qué bien estás para que de repente
ni un retazo de campo se te vaya.
Metido el tiempo en tu mirada, calla...

pero con un silencio acorralado...
silencio de los ojos de los toros...
silencio de cuchillo no guardado.

Poema 6

Y aquí la sal furiosa que rodea
tu prisionera terquedad de costas.
(Lava Dios por aquí cuando golpea).

Aquí el hombre de tierra y aire lento,
acostumbrado a recoger el cielo,
acostumbrado a cosechar el viento.

En esta tierra en donde las miradas
se alimentan del árbol y la tarde,
no siempre son los ojos las espadas.

Aquí, Compadre Mon, se tumba el cielo
solo cuando tu voz anuncia lluvia,
(no como la llovizna de tu pelo).

Ya tus ojos se van por la ventana,
y algo dejan en tierra, pero vienen
cuando se cae del duende la mañana.

Poema 7

Ya conoce la cáscara del ruido
este silencio que camina a ratos
como el ladrón y el ángel, sin zapatos.

Pero un golpe de sangre desamarra
del cerro que de pie pone los llanos
tu voz que se te enreda en la guitarra.

Huye la selva hacia tu vena y huye
por la raíz que sube más que el ala.
(Destruyéndose en ti, no se destruye).

Hoy el filón de tu aventura saca
más oro de refranes que la mina
de la haraganería de la hamaca.

Compadre Mon, y en ti, buscan el día...
¡Voy a creer que de tus manos sale
más furiosa de azul la geografía!

Ya en el corral de tu guitarra siento
que muge el huracán, es que tú sueltas
de los alambres del corral el viento.
Y como si de pronto te lavarás
el corazón, o le sacarás trapos,
salen por la guitarra tus harapos.

Poema 8

Tierra que naces de guitarra ardiendo.
Viene familia de tu carne el aire.
Tierra que estás en una voz creciendo.

Oigo tu clima y toro desatados;
el aguacero preñador de ríos;
el huracán: escoba de nublados.

Huye tu nombre en la cabalgadura
que se va de los cerros a los mares
por ver en la sal verde tu llanura.

Oigo también en tu guitarra olores
con los pasos de chivo del verano:
gobernador de venas y de amores.

Tierra que estás en la guitarra haciendo
el tumbado equilibrio de las nubes
porque ya en tu guitarra está lloviendo.

Ni en el verde sin tregua que te agarra,
ni en tu cielo huido de neblinas
hay más verde y azul que en tu guitarra.

Patria desenterrada a grito lento:
hoy que Compadre Mon te riega al aire,
debes saber por qué me duele el viento.

Poema 9

Más que la frente que fabrica el miedo,
aquí, Compadre Mon, es juez la mano
que tiene puesto en el gatillo el dedo.

Aquí nomás, en donde el desafío
lava cosas de adentro... lava cosas
que no las puede ya lavar el río.

Compadre Mon, y tú me lo decías...
Compadre Mon, y aún estoy oyendo:
—tengo en la punta de un puñal mis días—.

Algo sacabas tú de la canana,
algo que te alumbraba, que tenía
de repente ya un poco de mañana.

Filo con sangre tiene aquí más brillo.
Aquí, donde el cuchillo al hombre lava,
cuando también se ensucia con cuchillo.

Con cuchillo, y en tierras de ciclones,
Dios ha tenido, para ser decente...
que venir por aquí con pantalones.

Poema 10

Compadre Mon, ya sé que por humano,
más que el fusil, tu corazón, a veces,
defiende la frontera de tu mano.

Pero hay alguien que entierra y desentierra,
y trae bajo las yerbas de tu pelo
ríos tal vez que quieren ver la tierra.

Cuando te crece el huracán sin viento,
cuando sopla los ríos de tus venas,
no va en el aire, pero en él lo siento.

Y como el viento de invisibles perros,
huye la calle de la aldea y baja
por la musculatura de los cerros.

Y hasta el viento haragán que anda sin cielo,
es Pulgarcito sin farol perdido
en el bosque mañoso de tu pelo.

Pero vengo de ti, de tu estatura
que en cada cicatriz tiene una falda,
(pequeñas muertes sobre tu piel dura).

Es que saliendo a no callar lo humano,
más que el fusil, tu corazón, a veces,
defiende la frontera de tu mano.

Poema 11

Porque todo lo tienes de soldado,
cuando me das la mano, ya en los dedos
siento tu corazón uniformado.

Prietos de tiros y de golondrinas
Compadre Mon, tus ojos me repiten:
que con tu pantalón la tierra empinas.
Criollo agujero para ver la vida...
aquí desde muchacho la montaña
tú la ves por el ojo de la herida.

Aquí también la oscuridad trabaja...
La biografía de la noche solo
en tu carne la escribe la navaja.

Compadre Mon, y tú, sobre la tierra,
como tu bala que enterrada sube
si la Historia tu bala desentierra.

Mas no solo ya aquí madrugadora
tu munición familia de las plumas;
aquí también tu gota labradora.

Hablo con el sudor endurecido,
hablo con el sudor que sepultado
sube de ramas y de miel vestido.

Converso con tus barbas, y ya siento
que converso con yerbas cimarronas
llenas también de pájaros y viento.
Pero duro de lomas y de llanos,

Compadre Mon, yo vengo de tus dedos
porque más que a tu voz oigo a tus manos.

Poema 12

Cuando llega sequía, y la mañana
no viene con el cielo que cosecha
la sotana...

La agricultora voz del caserío
llega flaca hasta ti, que por los ojos
trae el río.

Pero tú, con tus manos no calladas,
antes de ver la tierra seca, miras
las miradas.

Y tu vista las cosas desentierra,
salen lo mismo que tu voz que sale
de la tierra.

Ya sé, Compadre Mon, que por humano,
puede llegar el huracán que viene
de tu mano.

Pero, sobre las uñas y colinas,
como un Bécquer salvaje, trae el viento
golondrinas.

Poema 13

Más que el viento mañoso (Dios con maña)
oigo a Compadre Mon que viene limpio
cuando regresa sucio de montaña.

Qué bien, Compadre Mon, se viene el río,
por el aire, tal vez tú lo trajiste
hablando solo desde tu bohío.

La brujería de tus pantalones
sabe más que aquel duende que te exprime
los grandes trapos de los nubarrones.
Sabe la tierra que cuando tú gritas
te escuchan allá arriba... que a San Pedro
tú le vienes robando llavecitas.

Qué bien, Compadre Mon, no solo el ojo
deja caer un poco de las nubes,
¡con tu palabra ya también me mojo!

Con tu palabra... pero oyendo a veces
solo a tus ojos que no duermen nunca,
¡si no pueden dormir aguas con peces!

Poema 14

Si cuchillos aquí no te redimen.
Siempre duele tu voz cuando se calla
por estas tierras de callado crimen.

Ni el silencio del ojo con su maña,
ni los niños que miran y no saben
a qué precio tu mano en la montaña.

Ni la lucha del río que tan recio
acorrala de cielo los barrancos,
son ya tan criollos como tu desprecio.

Ni tu caballo, que sentí la gana
de hablar con él, porque a tus venas puso
del tamaño del campo y la mañana.

Ni el silencio de carne de los jueces,
peligroso silencio de candado,
que le tira ya anzuelos a tus peces.

Solo te pones blando y solo fijo...
cuando tal vez para lavar tus manos
hablan tus dedos con el Crucifijo.

Compadre Mon, es que quizá te vuela
lo que en otro camina... porque miro
todo el campo metido ya en tu espuela.

Y no busco la tierra... tú presente.
Para saber a qué me sabe el monte
ya no huelo tu piel... huelo tu diente.

Poema 15

Como si te pusiera charretera,
el sol baja a tus hombros, y parece
condecorar tu cicatriz primera.
Hasta el viento lo sabe y madrugando
se siente alumno de tu potro y viene
el gallardete de su cola izando.

Compadre Mon, la tierra se te sale
por la rendija de tu voz que lleva
la patria fresca como luna nueva.

Pero sube tu risa, dura y clara,
viene de tanta piedra y cielo recio,
que es más triste ya riéndose tu cara.

Se fertiliza en tu mirada el llano,
ya que en tus ojos lentamente nacen
los ríos de la patria, pero en vano...

Vienen tan hondos... que ni tú los viste...
los ocultos sudores de tus ojos
que no gotearon ni cuando naciste.

Cuando también veranos primitivos
dejan caer tu vida gota a gota
casi cayendo en puntos suspensivos.

Oigo tal vez la vena que te habita,
la voz de la trinchera de tu mano,
la tierra que te sube y que te grita.

Y allá, dice aquel viento, no me paro,
—yo soy un agua desbocada y quiero
ponerme oscuro para ser más claro—.

Fabrica de repente flechas roncadas,
y acriollando rabiosos nubarrones
se roba el cielo tus revoluciones.

Pero sabrás, Compadre Mon, que a veces,
sube la tierra en trigo, cuando siempre
más que oyendo tu voz, oye los meses.

Es carne ya, Compadre Mon, la fuga
de este viento de agua con que lavas
la patria que te sale en cada arruga.

Poema 16

Ni las leguas del ojo que no para,
ni aquel pintor que te ha robado el campo,
tienen más tierra que la de tu cara.

Trae el ángel del aire dura prosa:
—Yo sin caballo, ya no soy un hombre,
Compadre Mon a pie, ya es una cosa...—.

Tu mirada tal vez me lo decía:
—Qué dura está para vender la patria,
si mi caballo es ya la geografía—.

Pero qué grande se te ha puesto y dura.
Hoy que te meten en un juez el campo,
hoy que en tus pies no cabe la llanura.

Compadre Mon, y no te sale poca...
la tierra que te sale por la boca.

Por la boca... ya ves, que ya se ve
lo cerca de la tierra que anda ahora...
¡anda tan sucio el pensamiento a pie!

Poema 17

Allá, Compadre Mon, cuando trepando
ya andaba el aire por entre los cerros
con un olor de macho madrugando.

Por esas tierras donde la pisada
de tu potro fabrica ventarrones...
Por esas tierras donde tu mirada

era una sogá que tirada al viento
enlazaba al novillo del instinto.
Por esas tierras de cuchillo lento.

Más que en la voz del agua que no para,
yo vi más campo, yo leí más campo
en el libro salvaje de tu cara.

Cara para aprender a oler la loma,
cuando el tabaco de tus ojos arde
con la criolla candela de la tarde.

Y las uñas hundidas en el día,
y tu gran barba de maíz en contra
del cadáver de un grito de sequía.

Ya quien recuerda es la nariz que andando
por esas tierras, en el aire encuentra
tu viejo olor de macho madrugando.

Y allá, Compadre Mon, tú me decías:
—Yo quiero que me entierren— (Pero al hombre
no te lo pueden enterrar los días).

Poema 18

Qué bien, Compadre Mon, tu voz de mito
se me ensanchaba, cuando me decías:
—en aquel vientre me madura un grito—.

Y como si apedreara al tiempo humano,
sale otra vez tu voz llena de pájaros,
sube otra vez como enterrado grano.

Tú que no vuelves imitando al río.
Mas por el vientre aquel que hundió tu goce,
oye tu voz de nuevo el caserío:
—Nueve lunas lo van desenterrando.
Es aquel grito que enterré dormido.
Hoy está Dios más criollo trabajando—.

—Tendrá un caballo grande y siete novias,
y no verá la mar, ¿para qué verla?
¿Para qué, con un potro, conocerla?—.

Tu grito es corto, pero no es estrecho.
La tierra es ancha, pero siempre cabe
en lo que te golpea dentro el pecho.

Poema 19

Esta es la tierra, viejo Mon, tu tierra,
la que con la mirada pisotearon
los hombres de otro idioma, los que siempre
a enterrar carne humana te enseñaron.
Mas no sé si tus ojos, ya tan viejos,
aunque los llena el cielo, están vacíos
como cuando están llenos los espejos.

Poema 20

Ahora que me sabe a palo en bruto
tu primitivo olor, bajo la cáscara
de tu párpado el ojo ya es un fruto.

Esta es la tierra, la que se te mete
más allá del puñal que pequeñito
siempre termina donde empieza el grito.

Poema 21

Entre párpados tuyos se amontona
el campo seco que el dolor en gotas
riega mejor que el agua cimarrona.

Ya veo un poco del azul que baja.
Casi ya bebo en tu mirada un poco
del agua que cosecha la tinaja.

Allá el río sin tregua, ¡pasa tanto!
Sin embargo, no lava tus raíces...
(Nada lava mejor que agua de llanto).

Poema 22

Pero Don Mon, la Primavera es cierto,
sale por tu sudor: agua de brío,
como si adelantándose a la tierra
se apareciera en tu animal rocío.

Poema 23

Frente, tal vez, a los alegres lutos
de los ojos, allá, de las muchachas;
tus silencios también eran tus hachas...

Por tu silencio labrador, sencilla
la voz te sale de la carne y trae
el oficio que tiene la semilla.

Poema 24

Anda descalza por aquí, la luna.
—Que no la ensucien, me dijiste, espero,
ni con el humo de los caballeros—.

Mas hay un humo, que sin ser del cielo,
el tiempo te lo pone más de luna,
¡qué triste es aquel humo de tu pelo!

Poema 25

Y enterrándome velas, se quedaron
tus ojos en mi carne, me caminan
como un poco de monte; me enseñaron
a oír con el olfato tus raíces.
Oigo también, ahora, con los ojos,
oigo el discurso de tus cicatrices.

Poema 26

Y aquí, donde era siempre una palada
de loma fresca y de llanura andando
tu furioso diamante: tu mirada.

Aquí también yo sé que hay algo mío.
 (En el fondo del río, si está el cielo,
 siempre se queda el cielo y pasa el río).

Poema 27

Compadre Mon, pero por estas tierras,
 ¡qué hermosamente quieto
 te pone en el peligro tu amuleto!

Tu amuleto ya ves, siempre tan útil
 en tus manos aquello tan inútil...

Es que Compadre Mon, al caballito
 de palo de tu infancia, todavía
 lo montas como ayer, en su huesito.

Poema 28

Trópico rabioso,
 complicado y sencillo,
 hay que enlazarte como a los novillos.

Yo seré corazón en tu baraja,
 y me daré tan limpio como el agua
 de tu rural nevera: la tinaja.
 Voy a buscarme, tierra nacional,
 tú me robaste, desde tus llanuras,
 hasta la loma que preñó tu altura.

Pego la oreja, como el indio, en tierra...
 Y ya, como un remoto chorrito de agua clara,
 baja un canto de sierra:

Que no me diga
la geografía
que es un puntito
la tierra mía.
Voy a gritar:
que es pequeñito
también el mar.

Pero, Don Mon, también estoy oyendo
aquello que te sangra todavía, diciendo:

A la puerta se queja una guitarra.
La calle es una historia que camina.
Mientras queriendo comentar, amarra
la luna su barquita en una esquina.

Acostando a las cinco las estrellas,
se bebían los guapos el país:
iba de boca en boca la botella
como la boca de la meretriz.

En la puerta la emoción
desgranaba esta canción:
mañana vendré por ti,
y si no quieres venir,
lo mismo que a la moneda
te habrá de pasar a ti:
de mano en mano rodando
llegarás después a mí.

Era un aire varón... no se callaba.
Saltó un cuchillo y se clavó en la voz.
Y a poco tiempo el cancionero estaba
caminito hacia Dios.

Trasnochadora como las estrellas,
 pulpería color de los caminos,
 llena el aire de cuentos como el trino,
 la muerte que hay caliente en tus botellas.

Y la canción todavía
 se oye así:
 lo mismo que a la moneda
 te habrá de pasar a ti,
 de mano en mano rodando
 llegarás después a mí.

Esta es la tierra, Mon, la que se sube
 hasta tus manos, donde se convierte
 ¡en tanta vida... que nos da la muerte!
 Pero cuando al peligro te regalas
 hay algo tuyo que no está en peligro.
 ¡Vas más allá de donde dan tus balas!

Mira la tierra, sí, sube de nuevo
 hasta tu pantalón de voz tan sola...
 ¡Aquí el mito otra vez de tu pistola!

Sol gallero

Poema 29

Lugareñas chancletas, más tempranas que el trino,
 cuchicheando le cuentan su domingo al camino.
 De pronto,
 como si a chispazos
 tachuelas de oro clavarán al paso,

despiertan la tierra cuatro carpinteros:
cuatro cascos pasan llevando en la grupa
una madrugada: la de su gallero.

En su blusa de añil se arruga el cielo.
Al vuelo
—vena abierta en las manos del viento—
su vasto pañuelo de rojo violento,
sobre las ancas desde tempranito,
lleva en potro al domingo, nuevecito.

Y a poco los ojos abrió la mañana,
cruzó sin pisar la sabana;
una estrella fugaz cada espuela,
y la crin, una alegre candela.
Con dos espolazos,
la bestia liviana
poniéndole el pelo revuelto al sendero,
al ágil montero
lo puso en la hirviente gallera lejana.
Y en tanto se quita
la espuela que siempre le sangra en la cita...
jinete el día tropical le arranca
diamantes al bruto que llora en las ancas.
Mas como queriendo defender su gallo,
apenas se apeó del caballo,
rezó un poco, pero... pero siempre el pillo,
cuando en una mano lleva el Cristo, lleva
la otra el cuchillo.
Y con voz entera
entró en la gallera,
y al entrar, gritó:
—Hoy ya, como quiera,

ganarán aquí
mi kikirikí
o mi pantalón...

Se abre las venas el día caliente
con picos de gallos,
pero se las beben los papagayos
del aguardiente.

El trópico sube por un aire y va
como si ascendiera por un asta ya.
Rabiosa la tierra se trepa a una i
del kikirikí.

Y Bolo y Colú:
medio sonso el blanco,
varón el betún,
ponen quieto el ojo y allí ponen fina
la quietud que a veces tiene el ojo solo
de la carabina.

Y Bolo y Colú:
ya el uno la rumba, y el otro el vudú.
Ni el bongó de Haití
tan caliente el aire pone por aquí...
—Habla, bembú.
—¿Cuánto va tú?
—Tu bolsillo al mío...
—Habla, bembú.
Los bajos fragantes de rancos pilones
mucho más que al ojo, la nariz despierta
de los dormilones.

La gallera crece, crece en vocerío,
y en medio del humo de aroma
que envió en el café y el tabaco
la loma,
el oro del día no brilla más fuerte,
que el oro sencillo
que sale de pronto del sucio bolsillo;
y oliendo a sudores y a vida y a muerte
los gallos se pican,
se corren, se agrandan, se achican;
y en tanto a la arena
de gordos calientes rubíes salpican,
Balín, el muchacho
que tiene la cara de caminos llena,
con sus pies borrachos
se mete en la arena,
y con el dedote puesto en el gatillo
de una gran pistola, esto grita el pillo:
—Hay aquí un gallero
que mi voz no traga.
Y apenas el guapo con el arma amaga,
una bala vuela, y cae como un rayo
junto al gallo muerto, muerto el bandolero,
el que fue primero más ladrón de faldas, que ladrón de
gallos.

La gallera hirviendo se vuelca en la arena
y como si echara por la herida el grito,
se emborracha viendo como alcohol las venas.
En tanto, cantando, y al filo del día,
un recio jinete que a tiros crecía...
clavó sobre el llano
su potro que a poco era un punto lejano,
un punto con doble triunfal resplandor;

llevaba su gallo
 el oro
 sonoro
 del juego
 y en todas sus plumas el oro del sol.

Poema 30

Ya ves, Compadre Mon, esta es la tierra
 que despertaste. Todavía pierdo
 más lo que vivo que lo que recuerdo.

Nunca vi negra, viejo Mon, aquella
 tempestad de relámpagos: tu vida,
 ¡siempre tan peligrosamente bella!

Tú la tierra parada
 lo mismo que un cuchillo con la punta enterrada.
 Por eso, aunque sencillo,
 tu gesto, todo encierra:
 si a tu cuerpo lo oprimen, le dolerá a la tierra;
 si a la tierra la pisan, lo sentirá el cuchillo.

Poema 31

Bajo tu potro es un juguete el llano,
 bajo tu potro tan dominicano
 que le sirve de espuela la corneta,
 y vuela más que la guinea inquieta
 que en las plumas se pinta municiones
 para robarle el blanco a la escopeta.

Mucho más me penetras y perduras
cuando desgranas tus aventuras
ante el espanto de la llanera
que puso al cuello de los soldados
el amuleto como trinchera.

¡Qué bien recuerdo tu apretón lejano:
un corazón se te volvió la mano!

Se me quedó tu azúcar en la hiel,
como a los negros cuando cortan cañas
que se les queda en el machete, miel.

Y se agiganta mucho más tu historia
en la alcancía de mi memoria,
loro de los refranes, triunfo de las mujeres,
cuando volando las cabalgaduras,
eran sobre las lomas y las llanuras
un tiroteo los amaneceres.

Hoy lo que rueda, viejo Mon, es rueda;
asoma la vitrina en las vitrinas
de los ojazos de las campesinas,
y bajo la moneda
el alba de su falda se les queda...

Mira una cruz como se pierde al vuelo:
enredada en la hélice
se va la carretera por el cielo.

Mas hoy, Compadre Mon, también se va tu llano,
míralo en el bolsillo del norteamericano...

Pero no todo se te va... se queda
 como el cielo en el río lo tuyo, lo sencillo.
 Porque no todo cabe en el bolsillo...
 Porque no tiene todo tamaño de moneda.

Poema 32

Mira el gringo presente:
 se ve aquí todavía la huella de su diente,
 desde el hueco del fruto
 que siempre sufre lo que no se avisa,
 hasta aquella sonrisa:
 ¡blanco tan triste que parece luto!

Mira el gringo sencillo,
 el que sin botas, ni fusil, ni grillos,
 entró en tu pecho ancho como en el mar el río:
 el mismo aquel que disfrazando bríos...
 ante el asombro azul de los muchachos,
 iba sobre tu potro a los bohíos
 con tu revólver: capitán de machos.

El mismo aquel que en donde puso el ala
 de fiesta de su plomo,
 creció la duda como yerba mala.
 Hablo ya del jinete
 que con la tierra
 quiso jugar como con un juguete.
 Y a ti, ¡que ciego enlazas hasta la crin del viento!,
 enlazarte no pudo los pies del pensamiento.
 Hablo de aquel jinete, de aquel instinto rubio:
 (falsa aurora en las ancas de tu negro trotón).
 Mas también hablo ahora, de una cosa muy tuya:

tu pantalón.

Y metiéndote el niño que sacaste del pecho,
con un tiro sin sobra, se despidió tu sangre
del sajón.

Ahora, lava tu pensamiento la mañana
al compás soñoliento de la hamaca del rancho
donde siempre te sientes el corazón tan ancho
como tu casa grande: la sabana.

Ya sé, Don Mon, que aquello que tú sabes,
te lo enseñó tu escuela: la llanura:
novia mayor de tu cabalgadura.

Por eso ya entre faldas o ya entre cosas graves
alma de seda y fuerza de novillo,
bajo el azul de tu cantar sencillo,
alto de sueño y tibio de aguardiente,
con la guitarra y sobre tu caballo
libre como las brisas de tu cielo caliente,
tendrás siempre a tu tierra,
como la tiene a veces el viento de tu equino,
que una invisible sangre
le da a la vena seca del camino.

Poema 33

Ya ves, tierra que asciendes por los graves
pantalones de Mon, su potro aún vuela:
hoy lo monta mi voz —ella es la espuela—.

Mas como en busca de hacer luz lo frío,
tú saldrás por mi voz, como en su plomo
Mon volando besaba a ras tus ríos.

Isla que estás allí como una ñapa
de geografía. Pero tú no cabes
en la limosna que te ha dado el mapa.

Con tu tamaño nacional tirado
sobre el Caribe, como si tiraran
sobre la mano del ladrón un dado.

En la carta marina para escala
cuando te clavan una banderita,
siempre yo veo que te ponen ala...

Y aunque Dios con relámpagos te escribe,
también él mismo te cincela a golpes
de olas de viento y olas del Caribe.

Déjame ver así lo que te vuela,
no lo que el gringo ve con la pupila.
¡Sé del tamaño que te vi en la escuela!

Yo te daré lavado el pensamiento
que fue de viaje por mi corazón.
Mi corazón es una alondra, al viento

que cantará bajo tus truenos locos,
con la frescura y con la transparencia
del agua prisionera de tus cocos.

Sobre tu piel de azúcar y de sol,
va el batallón de tus cañaverales
hacia los puertos en un mar de alcohol.

Con tu cara de ingenua y de beata,
pisan tu voz Pitágoras del dólar,
y se derrite tu terruño en plata.

Te das como la gracia y la verbena,
al calor de pascuales campanadas:
tu terruño está hecho en Nochebuena.
Con la epidermis siempre en Primavera,
tierra entre alas: gritaré en el viento,
que tú no cabes ni en el pensamiento...

Pero quédate aquí... que aquí tú cabes.
No te me vayas en los telegramas
vestida de West Indies y de claves...

Quédate con tu falda hasta los pies,
y sobre el chisme de tus chanclas chuecas
vuélvete a tu pilón y a tu café.
Por tu refrán de loma y tierra llana,
por el Nacimiento de tu caserío:
égloga de madera y de mañana.

Por tu hamaca: morfina de la siesta;
por el sudor de tu canción de pala,
tan tuyo como el vuelo de la bala.

Por el repique de tus madrugadas
hechas con misas y con griteríos,
quédate como el cielo de tus ríos.

Ya te me vas como quien va de viaje,
(yo que vuelo en el humo de tus pipas
y ruedo en la canción de tu lenguaje).

Oigo un *yes* polizón del comadreo:
te compra la sajona compañía
y en un cheque te manda por correo.

Tierra que te me vas por una herida,
en la carita de tu fiel centavo
te doy el beso de la despedida.

Poema 34

Y allá, cuando con ritmos de goleta
iba como enfermiza bajo cañas
la honrada lentitud de una carreta.

Allá, cuando con sueño y aire abuelo
los santos bueyes de pesados pasos
hacen blanda la tierra como el cielo.
Allá, bajo la fuga de la escuela,
cuando en la fiesta de la Candelaria
se te iba la patria en la candela.

Mas hoy perdiendo su actitud de ave
aquí se encorva tu estatura ahora,
raíz del tiempo que en la carne cabe.

Pero, Compadre Mon, oigo neblinas...
Todavía se mancha el viento criollo
más con revólver que con golondrinas.

Todavía yo sé que huracanado
soplas la tierra, cuando en la montaña
plagia el viento tus barbas de nublado.

Allá el árbol también es tu esqueleto...
Es que tal vez allá, no te enterraron...
Te sepultaron, pero no estás quieto.

Algo, quizá, se te quedó en el ala
del colibrí de plomo de tu bala.



SEGUNDA PARTE

Qué más quisiera yo que
escribir para el pueblo.

ANTONIO MACHADO



Habla Compadre Mon

Lo que ayer dije aquí yo
a gritarlo vuelvo ya:
¿tierra en el mar?
No, señor,
aquí la isla soy yo.

Algo yo tengo en el cinto
que estoy como está la isla
rodeada de peligro.
Sí, señor, mi cinturón:
ola de pólvora y plomo.
Aquí la isla soy yo.

Cabe, lo que dije ya,
siempre aquí, como le cabe
el día en el pico al ave.
¡Qué bien me llevan la voz
las balas que suelto yo!

Y no está lejos del hombre
de tierra adentro y dormido
la verde fiera que siempre
nos pone un rabioso anillo...
Estoy hablando del mar
porque en él hay algo mío...
¿Pero estoy hablando yo
de una Antilla, tierra en agua?
No, señor,
con la cintura entre balas,
al mapa le digo no.
Aquí la isla soy yo.

Aire durando

¿Quién ha matado este hombre
que su voz no está enterrada?

Hay muertos que van subiendo
cuánto más su ataúd baja...

Este sudor... ¿por quién muere?
¿Por qué cosa muere un pobre?

¿Quién ha matado estas manos?
¡No cabe en la muerte un hombre!

Hay muertos que van subiendo
cuanto más su ataúd baja...

¿Quién acostó su estatura
que su voz está parada?

Hay muertos como raíces
que hundidas... dan fruto al ala.

¿Quién ha matado estas manos,
este sudor, esta cara?

Hay muertos que van subiendo
cuanto más su ataúd baja...

Canciones con uniforme

1

Tú que estás bajo la tierra,
¿por qué ahora te oigo más?
Ha terminado la guerra
y hemos perdido la paz.

2

Soldado que estás sin rifle,
porque ya estamos en paz:
no me alimentes el cuerpo,
que mi voz quiere engordar.

3

Soldado que paz fabricas,
con todo lo que me das:
en esta paz tengo hambre
más de aire que de pan.

4

Si vas al frente, soldado,
y vuelves, vas a venir
como te fuiste, pensando
que no peleaste por ti...

5

No ves, soldado, que es otro
que gobierna tu fusil.
Que tú defiendes el oro
que te pone pobre a ti.

Soldado

No vayas, soldado, al frente,
deja el rifle y el obús.
Que todos ganan la guerra,
menos tú.

El soldado lleva el peso
de la batalla en la tierra.
Muere el soldado, y el peso...
se queda haciendo la guerra.

No vayas, soldado, al frente,
quédate aquí.
Que tú defiendes a todos,
menos a ti...

No le tire...

No le tire, policía;
no lo mate, no;
no ve que tiene la misma cara
que tiene usted.
Corre roto,
sin zapatos.
¿No lo ve?
Corre tal vez
con una honradez tan seria
que corre en busca del juez...

Acérquese, policía,
pero guardando el fusil.
Acérquese.
¿No lo ve?
Se parece a usted,
y a mí...

Mírelo bien.
Huye de la tierra y siempre
se va con ella al partir...
Acérquese... No le hiera
ni con el ojo
su dril...

Mire sus pies...
Mírelo bien...
Policía, no le tire.
Fíjese
que corre como la sed...

Aire

En una esquina está el aire
de rodillas...
Dos sables analfabetos
lo vigilan.
Pero yo sé que es el pueblo
mi voz desarrodillada.
Pone a hablar muertos sin cruces
mi guitarra.

Pedro se llaman los huesos
de aquel que cruz no le hicieron.
Pero ya toda la tierra
se llama Pedro.

Aquí está el aire en su sitio,
y está entero...
Aquí...
Madera de carne alta,
tierra suelta:
mi guitarra.

Camina

Camina el jefe del pueblo
después de beber café.
Y una voz que no se ve,
grita al oído:

—Mire, jefe, que hay un hombre
que allí está herido.

—Lo sé.

Camina el jefe del pueblo
después de beber café.
Y vuelve la voz y dice:
—Jefe, que un hombre no ve;
tiene llanto entre los ojos,
y tiene plomo en los pies.

—Lo sé.

Sigue caminando el jefe
después de beber café.

Y la misma voz le grita:
—Murió un hombre allí de sed.
¿Qué haremos, ahora, jefe?

—Que haga pronto el hoyo usted.

Y el jefe sigue su rumbo,
pero también
el jefe sigue pensando...

Piensa solo a qué hora es
la otra taza
de café...

Pancho

Que aquí no metan comprado
el ojo chismoso, no.

Que no se traigan el ojo
como una voz...

Qué más que para los gringos
Pancho cortó
tres casi Antillas de cañas,
tres Antillas... Sí, señor.
¡No cabrá en el ataúd,
ha crecido Pancho hoy!

Soldado, no cuide al muerto;
no meta el ojo, doctor.
Ganaba un cobre por día;
¡sabemos de qué murió!

Quítenle el jipi y la ropa,
pero aquello... aquello no.
¡Qué serio es un hombre pobre
que no quiere ser ladrón!

La muerte aquí tiene cara
de cosa que no murió...
Cuando muere, ¡cómo vive
lo que tiene pantalón!

Soldado, no cuide al muerto:
que de pie lo veo yo.
Pancho está aquí como Pancho...
Se llama... no se llamó.

No vengán ya a preguntar
de qué murió.

Vengan a mirar a Pancho
como hago yo.

Quítenle todo del cuerpo,
todo,
pero aquello no.
Con un pedazo de caña
entre la boca murió.
Le quiso poner azúcar
a su voz...
Déjenlo que endulce ahora
su silencio sin reloj...

Que nadie revise a Pancho.
¡Sabemos de qué murió!

Trago

Me cabe el cañaveral
en cuatro dedos de ron.
Poco paga el gringo ya
por este millón de cañas
que el negro sembró y cortó.
Mas no me trago este trago
porque es trago de sudor.

Aquí el borracho es marino,
pero si se pone a andar
se ve que es de tierra el mar.

La ola suelta de un trago
aquí siempre es de huracán...

Mas si aquello va al hocico
con el instinto del cacho,
es que el ron siempre al borracho
le quema primero el pico.
Y por el pico esta vez
no es mi tufo el que echaré:
le voy a tirar al rico
desde aquí toda mi sed.
Cantando tal vez no pueda
meter algodón por seda...
Mas como quiero cantar
bien claro, me voy a echar
todo el Caribe en un trago.
Y este viaje yo no pago
si ya el viajero es el mar.

Y mataré con mi boca
lo que con balas no mato.
Si un hombre cuerdo es barato
que se me baje a los pies
el trago que no me achata,
que caliente de bachata
con mis pies quiero esta vez
un idioma hablar que diga
que el ron no está en mi barriga,
que bajo este sol mulato
el ron está en mis zapatos,
pero que también sin fiesta,
si está el gringo, se me junta
el ron en aquella punta
con la que mi potro vuela,
porque ante el gringo borracho
se me emborracha la espuela...

Es que poco o mucho ya
me saco lo mío hoy;
me lo saco, porque el mar,
aunque se pone a golpear
puertos que de aquí no son,
siempre con mañas de ron
¡qué criollo camina el mar!

Me saco este grito hoy,
me saco este hueso ya:
que como en olas van rumbas
nunca será gringo el mar.

Pero como el negro suelta
agua-triste como yo.
Mientras el gringo en el bar
duerme su siesta de ron.
Este trago no me trago
porque es trago de sudor.

¿A quién viene a ver usted?

Hoy está el pueblo en mi cuerpo.
¿A quién viene a ver usted?
Usted no ve que esta herida
es como un ojo de juez...

Usted que se trae los grillos,
¿a quién viene a ver usted,
que anda más con el instinto
que con los pies?

Usted que trae el olfato,
pero con luz viene a oler.
Meta la conciencia aquí...
y no la deje en la piel.
Usted que se trae la bala,
viene a saber por qué fue...
Si hay un rico en este lío,
¿A qué viene? ¿Para qué?

Aquí solo hay una boca,
hay una voz, una sed.
Un trozo de grito sangra.
¡Lo cortaron como res!

Usted que se trae las llaves,
¿a quién viene a ver usted?
Vea estas manos callosas,
ropa rota y sin zapatos
unos pies.

Usted que se trae las manos
pesadas como pared.
¿No ve el hambre?
¿No la ve?

Tápenle el grito a este hombre;
y aunque es más la voz que el pie,
pónganle grillos, que solo
el pobre cabe en la ley...

No ve que la sangre huye
y no se sabe por qué...
Pero yo sé que hay aquí

quien se la quiere beber...
¿A quién viene a ver usted?

Hombre y perro

Hombre que vas con tu perro:
con tu guardián.
Cuida mi voz, como el perro
cuida tu pan.

Perro que vas con un hombre
que amigo tuyo no es...
Acércate un poco al pobre,
huélelo bien.

Fíjate que tengo boca,
fíjate en mí.
Mira que soy hombre, pero...
con estas manos vacías
cómo me parezco a ti.

Perro que vas con tu amo,
fíjate bien:
que al hablar contigo, hablo
conmigo mismo... No ves
que tan cerca del patrón,
no somos tres,
sino dos...

Hombre que vas con tu perro:
tu servidor.

¡Qué grueso que está tu perro,
y qué flaco que estoy yo!
¡Estoy flaco porque tengo
gorda la voz!

Palabra

Palabra, ¿qué tú más quieres?
¿Qué más?
Vengo a buscar tu silencio,
el que a fuerza de esperar
se endurece... se hace estatua,
para hablar.

Ya ves, palabra, ya ves,
herida tú, sin edad...
¿Qué hará contigo el soldado?
¿Qué harán los grillos? ¿Qué hará
en la punta de la espada
la eternidad?

Tierras casi sin Mon

Carta inicial

Óyeme, Mon, un día, me enseñó a ser poeta
el retazo de cielo de un viejo callejón,
que siendo tan pequeño, me ensanchó el corazón.

Limpio como el silencio que el sol le da al anciano,
he salido desnudo en carne de conciencia,
y parece que tengo la mañana en la mano.

Hoy puede verme el hombre por mi abierta ventana.
Me hallará transparente como el agua con cielo.
Me enseñó a hacer mi casa la mañana.

Carta para un pinino

Allá cuando a mi infancia le cosían su fiesta
igual que a mi camisa, con aguja y dedal.
La carne estaba tibia del vientre todavía.
Cuando por mis entrañas solo andaba mamá.

Y yo que usaba el alba como anillo de cobre.
¡Cuánto me duele ahora crecer lo que crecí!
Mi infancia fue aquel poco de lluvia de camino,
allá, no más, en donde... con un poco de mí,
y otro de qué sé yo...
de gallinas pintando
sobre el barro mojado

arañitas difuntas
que calentaba el sol.

Lo demás...

Arañazos.

Yodo.

Gritos.

Pan.

Y andando por mi cuerpo como una hormiga boba:
mi mamá.

Segunda carta a un pinino

Era el tiempo en que tenía
piececitos-aviones
ante el fantasma de la policía.
Y madrugaba nuestra fantasía
para robar centavos,
antes que la mañana
tras la fragancia tibia de la panadería
fuese de puerta en puerta
por la calle aldeana.

Blanca de mundo y de cuidados vanos
te me fugabas cuanto más crecía,
igual que el globo que se me rompía
si mucho le aventaba entre mis manos.
Y tú, como aquel globo, te pusiste a crecer.
Hoy ya no puedo, infancia, correr como corría.
Me pesa tanto el hombre que no puedo correr...

Carta para una calle

La vieja calle estrecha que hace estrecho el retazo
de un cielo familiar como su sencillez,
siempre la misma calle, tan estrecha, que el tiempo
como que no ha podido pasar por su estrechez.

Con claridad de niño me dan los «buenos días»
siempre la misma gente, pero no como ayer...
Hoy comprendo que el hombre sin hablarme me dice
que es muy triste crecer.

Mientras la calle estrecha con su delgado cielo
sigue boba y echada como un perro a mis pies,
calla tan útilmente, que está simple, lo mismo
que un vaso de agua clara que se puede beber.

Carta clave

Cuando la yerba por querer ser madre
venía como un ángel de la ubre.
Cuando vestido de azucena el tiempo
me ensuciaba.

Cuando la piel quemada a besos, dábase
lavada con preguntas de los niños,
antes de que supiera que son sangre
los violines.

Cuando andaba la sangre de seis años
en caballito de madera muerto.
Y la gris picardía era haragana
como aquel caballito...

Cuando la O del aro ya rodando
inauguraba su lección de patio
con la mano infantil que le golpeaba
su esqueleto de ojo.
Casi cuando...

Carta limpia a mi burro

Pensativo en el cerro te levantas, bostezas;
tu rebuzno estirado penetra en la mañana;
inocente y sencillo, zambulles la cabeza
en el mar sin espuma de la verde sabana.
Mas, de pronto, en tu día de tropical franqueza,
ruborizas lo blanco de la paz aldeana.
Pero el río te lava tu pecado y tu lana.

Ya ves, querido amigo de Juan Ramón y mío,
cada vez que se sube por tu cuerpo el verano
tu aventura la lavan golpecitos de río.
En tanto que el pecado del hombre, que es el mío,
se lava con el plomo que se queda decente
en el cuerpo enterrado, como semilla ardiente.

¡Qué bien estás, peludo, con tu noche de paja!
Ya ves, querido amigo de Juan Ramón y mío,
dos hombres con dos duelos que en solo un dolor cuaja:
Ante ti, que bien puedes lavar todo en el río.
Ante ti que no sabes ni decir: esto es mío.

Qué bien, tú sin Pitágoras, junto al cielo entre alambres,
comiendo florecillas como un ángel con hambre...

Carta a fuerza de blanco

La sonrisa del campo es tan solo azucenas.
A trapos celestiales el duende que hace el día
les exprime allá arriba labradoras sus venas,
y va la tierra al cielo por húmeda ambrosía.
La brisa es la amazona que monta azul los ciervos.
Y no mancha el vestido de la ingenua mañana
ni la Historia del luto que se roban los cuervos.
Porque el buey aquí limpia. Lo haragán aquí sueña.
Se despierta el enano, infantil caserío.
Paulatino el arado la llanura desgrena.
Y el sol es lo más joven que se baña en el río.

Ya ves, pequeño amigo, todo aquí lo estás viendo.
Dios está del tamaño de este indito bebiendo
en el hueco de agua de su mano que es misa.
Quédate quieto ahora. Cuando el sudor huyendo
del fondo de tu cráneo, en tu frente se para,
es que a pensar se pone la gota de agua clara.

Carta a Pedro

Cuando tú conversabas con el agua que pasa,
siempre el río era un hombre. Pedro, tú me comprendes,
tu palabra era un poco de escoba de la casa.
Pero tu voz, ahora, tiene voz de moneda...
Ensucia muchas manos y en ninguna se queda...

Entre libros de ciencia sé que vives ahora.
¿Sabes tú que la ciencia sueña igual que nosotros?
Va repleta de ríos, de montañas, de aurora.

El Derecho es tan manso como la Geografía,
tiene el alma de santo, y la voz como el día;
las Leyes son tan buenas, gran amigo, tan buenas,
que me cuesta decirte que son Leyes apenas...

Pero Pedro, tú sabes
que esto solo es un chisme entre tu voz y el ave.
Tu divorcio del canto sé que al fin te desvela,
ya sé que volverás, marinero, a tu vela.
Pues tú que roto en sol te diste al trino,
que sobre las maldades, casi no pisas, vuelas...
vendrás a dar al viento tu corazón de pino.

Tu corazón, ¿me entiende?
Mira todas las cosas que se ven a través
de tu ventana abierta, se despiertan, ¿las ves?
Rizan el sol las barbas del maizal temprano,
y bajo un cielo parlanchín de loros
jinete un Pancho devorando el llano
despereza con voces el alba de los toros.
Su piel azul el día moja en el agua clara.
Una novia inclinada roba un poco de río,
y el barranco se empina para verle la cara.
Ya ves, Pedro, que aún...

Una carta a Cacán color de agua

Hoy un vaho me lleva a un lugar de mi infancia.
Mas no recuerdo nada de mi pueblo.
Ni siquiera a mi perro que les lamía el ombligo
pegajoso de dulce a los muchachos;
o aquel silencio mío frente a los guitarreros

que se llenaban de recuerdos los dedos
cuando apretaban la tarde en su guitarra.
Yo tenía muchos nombres y gritos
escritos con carbón en las paredes de mi casa
y en otras paredes que me olvido, porque siempre,
me come la memoria este Santiago...
el Santiago de Guaco el campanero
que me metía el alba en todo el cuerpo;
o aquel de Mister Palmer, el avaro, el que siempre
con un ojo en el corazón
y el otro entre los números,
se enterraba en las nieblas para alumbrar con oro.

Mas yo no digo esto por decir estas cosas...
Son piedras
que se caen en mi sangre.

Pero no, yo no recuerdo nada de mi pueblo.
Ni aún a mi primer placer
que todavía en mi porción de niño tonto
se me agarra de cosas bien lavadas porque allí
está tal vez intacto todo aquello
que no ha ido en el viaje...
Lo sabe Petronila la cocinera negra
que me mataba duendes a las dos de la noche;
¡la pobre «Petro» que peinaba escobas
para cuidar las crines de mi caballo de palo!

No, yo no recuerdo nada de mi pueblo.
Ni al haitiano que un día husmeando mis tres años
vino a buscarme el alma para espantarle
un terco «mal de ojo»;
—me la quería meter en un huesito...

la quería curar en su amuleto.
No, yo no recuerdo nada.
Solo veo paisajes muertos entre dos párpados...
Voy a hablar de una ciega,
a la que con mis aguas sonámbulas de niño
le pintaba en la falda garabatos de ámbar.
Hablo de aquella voz que envuelta en su franela
me caminaba el cuerpo lo mismo que un ungüento.
Yo casi ya no quiero decirle que soy hombre...
Me vio tan indefenso, tan sencillo, tan simple,
que podría asustarse... Yo hablo de Cacán:
la que con carne y huesos, siempre me lavó el alma;
la que conoce mis intestinos de cuatro meses;
la que en mi habitación
me puso una pacífica ubre de burra
para que no muriera mi grito de dos días.

No, yo no hablo de otra cosa.
Yo no tengo otra cosa...
Yo no recuerdo nada de mi pueblo.
Hay solo allí una cosa:
la que mató la muerte de mi nacimiento...
La que conoce mi primera muerte...

Hablo de esta Cacán. Solo yo puedo hablar.
Yo que ensucíé sus manos de siempre niña,
con mis asuntos de varón naciendo.
Yo que aprendí en su carne casi a no ser de carne;
yo que vi en sus arrugas mi primer alfabeto;
yo que tengo la edad de una aldaba de casa,
aquella aldaba flaca que siempre nos cuidaba
de las revoluciones... como también —y siempre—
de robos cibaeños...

No, yo no recuerdo nada de mi pueblo.
 Tal vez allí no hay nada...
 Mas yo hablo de un patio
 y de una piedra grande pulida por la siesta
 de Cacán y la lluvia.
 Tal vez allí no hay nada...
 Pero hay un niño triste.
 ¡Qué más que un niño triste!

Alguien conoce mi primera muerte...

Tema para mi instinto

Tal vez allí la abuela
 con su cutis pegado al esqueleto,
 desempolva palabras con su remota lengua,
 y más allá mis años en el país del patio;
 porque yo casi siempre fui un niño de ventana,
 un niño junto a cosas que me quedaban lejos;
 pero fui siempre triste desde que tuve ojos...
 desde que vi las cosas y las metí en la letra.

Yo que estaba tranquilo,
 yo que estaba tan simple como la vaca y la azucena;
 yo que estaba manuable lo mismo que la yerba;
 yo que tenía tranquilidad de almohada;
 yo que dormía y siempre
 me despertaba el mismo...
 Yo que tal vez sin comprenderlo,
 estas cosas guardaba,
 y en mi cuerpo,
 y en mí

las usaba con la misma sencillez
que la muchacha sin uso
lleva el alba en su falda...

Pero no... no estoy tan triste...
El agua no está triste,
el aire no está triste;
yo debo estar allí...
porque alguien me busca.

Alguien me está tocando
en el agua y el aire.

Niño muerto en un patio

Tal vez no diga nada, ni siquiera del patio.
Todo está en aquel sitio.
Su caída levanta todas mis cualidades,
porque sé que estas cosas
son las que bien me obligan a no desperdiciarme.
Tal vez no hable con nadie sobre este niño muerto.

Yo llegaré a mi casa como todos los días;
me sentaré a la mesa, tomaré mi jengibre,
quizá acaricie el pelo de seda de mi gato,
y tal vez dos palabras conmigo o con mi hermano
sobre la lluvia o sobre la cosecha.

Tal vez no hable con nadie...

¿Qué puede hacer la edad de la palabra
donde la eternidad parece un niño?

Tiempo de la tierra

Acostumbraba yo mi cara a la ventana
 porque de ese lado daba un patio, daba
 un poco de patria abierta, un poco
 de patria que crecía en unos niños,
 y también en un perro...

Pero, la emoción es una muchacha simple,
 tan sencilla, tan pura,
 que su pudor es estar desnuda...
 y hoy me llega a los brazos quitándose
 golondrinas, cisnes, pelucas, y hasta
 lo de todos los días:
 su trago de vinagre para ponerse la piel
 color de tecla usada;
 y tener (con permiso de Bécquer)
 una tísica voz para sus rimas...

Cómo puedo a esta hora
 mirar al burro y adornar su infancia...
 si así con su inocencia me llega y me desnuda
 la sílaba precisa donde me cabe el alma,
 y todo lo que tenga que ver con esas cosas
 que nos manda el ingenuo carpintero
 que está clavando algo delicado
 dentro de nuestra jaula de costillas.

¿Pero aún estoy yo fuera de época?
 ¿No se me cae aún esta epidermis?
 He despertado todo lo que llevo en mi cuerpo;
 porque todo también me recuerda la muerte;
 hasta la patria que vuela y pone

una arista de luto en cada uña;
yo me preparo ahora para el tiempo que tenga
su medida de hombre.

¿Con quién lucho a esta hora que no sea la tierra?
¿A quién puedo yo darle mi canción como trigo?
¿Quién puede alimentarse con mi grito?
¿Cómo pesa en la frente el cadáver de un sueño!

Aire de carne

Bruto como relámpago y el árbol,
yo no comprendo nada todavía. Solo traigo
algo de la caída de la lluvia, porque siempre
hasta el llanto me viste de agua boba las manos.

Es que desde muy niño
se me quedó en el cuerpo tanto cielo,
tanto la cosa libre,
que me pregunto a veces si he crecido en el hombre,
porque en mi propia casa nadie entiende
por qué me pongo a ratos a hablar solo,
yo que no tengo edad para esas cosas...

Pero comprendo que algo me reparte;
esto lo sabe el buey madrugador que hamaca
en su hilo de baba sagrada a la mañana.

A veces me parece que me están expatriando
mis propias explicaciones...

Es que quiero decir
que yo nací en un pueblo, junto a dos campanarios
y a tres cuadras del río. Pero esto...
¿qué quiere esto decir?

Yo simplemente enumero,
no canto, no explico.
Es que ahora
le tengo tanto miedo a la palabra,
le temo tanto al sueño que quiere vestir...
dudo que si le pongo lo medido, lo justo,
se me quede en el sueño...
No.
No quiero hablar de cosas que me rodean.

La letra y el sonido son pequeños sirvientes...

¿Qué puede hacer aquello que en lo mudo se oye;
qué puede hacer si siempre
se nos muere en la sílaba?

Lo que yo puedo ahora
es sentarme en piedra, y en un silencio
parecido a los ojos donde no duerme el grito.

Mi pobre grasa, mi pobre cuerpo
se mantiene de físico... pero a su lado yo...
le preparo mi insomnio,
lo educo en el desvelo,
en mi seguro y puro sacrificio...

Amistad con el día

Nosotros, los que siempre
hablábamos con lengua parecida a la rosa,
los que con la palabra del color de la lluvia
juntábamos los niños,
y dábamos un poco de hombre distraído,
nosotros, a los que nos limpiaban estas cosas,
se nos cayó de pronto la amistad con el día.

Veo que no teníamos los ojos, nosotros
que queremos ahora saber lo que es el hierro...
hablamos con las manos que lo guardan;
hablamos con las manos que encallecieron
de tanto hacer fusiles.

Yo no comprendo nada.
No sé nada.
La infancia de mis manos no conoce otra cosa:
—carabinas de palo, cañones vegetales,
y aun después...

Se me viene de súbito a mi oreja de niño:
el orador del pueblo que me obliga
a ver una moneda en cada lágrima,
porque a aquel resonante bigotudo,
que húmedo despedía los entierros,
Pitágoras del llanto, no podía
ni el ataúd quitarle la careta.

Pero hablar como debo... es más que una aventura
Todavía
hablo con el cochero de mi pueblo,

le saco muchos duendes...
 me le meto en su coche —ya sin tiempo—
 y no sé por qué huelo las gomas de sus ruedas
 calientes y macizas como senos de quince...
 como senos de quince derritiendo azucenas.

Mas oigo todavía mi casa hecha palabra,
 la familia por todas las rendijas saliéndome,
 mordiéndome con sílabas:
 queriendo que yo siempre tenga en mis manos pan...
 poniendo en mi epidermis una palabra: hombre.
 Pero, ¿quién, quién ahora,
 puso a pensar mi silla,
 mis zapatos,
 mi catre?

¿Quién le quitó a estas cosas su sitio de cadáver?

Carta a Manuel

Enséñame, viejo puente,
 a dejar pasar el río.
Compadre Mon.

Qué pesado, qué difícil se me hace este «yo soy».
 Esta afirmación se me echó al hombro una vez, una sola.
 Se me echó, desde luego, cuando no la pensaba
 sino que la decía.
 Aún no había crecido,
 era el momento preciso
 en que iba a comenzar ese pecado.
 ¿Quién me puso a crecer?
 Todavía lo ignoro,

pero el hecho tan solo de saber que yo pienso
es ya bastante triste.
Pues mire, Manuel, la cosa no es tan simple:
un poco de crecimiento es un poco de sangre,
es decirle ya al hombre que sacrifique sus huesos
por el tamaño de la palabra,
por el temblor de algo que no se comercia,
por aquel «ven a verme»,
«fíjate aquí dentro»,
mira que aquí no hay nada que no lo haya hecho
la responsabilidad de lo no transitorio,
de lo que un día te dirá:
por qué no me tomaste de la mano
yo que soy una cosa tan sencilla,
y no se te ocurrió ni siquiera pensar
que la nada vive en tu cuerpo,
vive de ti, se alimenta de tus virutas,
vive de tus pequeñeces.
En tus muebles barnizados,
en el brillo de tus zapatos,
en el resplandor de tu espalda sin duelo,
en el sonido de tus monedas,
en la blancura de lujo de tus clientes,
en fin,
en todo lo que para ti tiene una sonrisa
de abundancia y bienestar con fecha,
¡qué bien está allí la nada,
qué justa,
qué verdadera,
nunca la vi tan perfecta!

Ya ves, Manuel,
qué difícil que es ahora decir «yo soy».

Mi físico, mi boca,
 esa cosa simplemente fabricada
 con lengua, con dientes, con labios, con paladar,
 con sonido, con la piel de mi acento,
 toda esa materia puede decir palabras,
 las que quiera,
 pero qué dura es y cómo dura la que no me sale.
 Ya ves, Manuel, qué poco estoy...
 Voy a acercarme hoy a los que no han llegado.
 Que no me toque ahora lo maduro.
 Que no me toque ahora el pensamiento,
 que ya estoy junto a los niños que juegan
 con su «yo soy».
 ¡Qué bien estoy junto al principio...
 Qué bien estoy donde no estoy.
 Oh, tiempo sin mí, ¡nunca te vi tan inútil!

¿Podré decir ahora:
 Manuel, hemos llegado,
 toma este alimento para que estés fuerte
 junto a las cosas del hombre,
 y ante el espectáculo cierto de lo maravilloso,
 porque desde que se llega se comienza a morir,
 no ves que un poco de paisaje
 te va quitando materia:
 las cosas innecesarias,
 y acumula eternidades allí,
 donde puedes defenderte de las caricias
 de la pobre sensibilidad de la piel,
 de la inocente comodidad de lo físico,
 de esa medida exclamación: ¡carne mía!

Quizá ya, para este límite,
la cáscara comprenderá tu responsabilidad,
tu sacrificio,
y no podrá decir «espérate»,
mira que eres un buen padre de familia,
mira que tienes tantos años.
No. Ya no podrá decírtelo.
Mucho has tenido que callar,
mucho has tenido que gritar,
mucho has tenido que dejar de dormir,
mucho has tenido que dormir,
mucho has tenido que soportar esta absurda palabra:
—haragán—.

Pero, no obstante, te han dicho esta otra:
—niño—.

Y esta última palabra los hombres, a pesar de que la dicen,
no la comprenden,
te la tiran a la cara como una piedra de buena fe,
pero piedra al fin.

Ah, pero ellos no lo saben,
no comprenden la cantidad de hombre
que hay en tu niño,
no comprenden lo hombre que tú has tenido que ser
para salvar tu niño;
no comprenden lo mucho que el secreto ha luchado
para sacar de las nieblas:
agua pura,
aire puro,
y todas esas cosas de la infancia del mundo.

Ya ves, Manuel, qué inevitable estás:
en el agua,
en el aire...

Hoy, con la hilacha blanca de tu sonrisa de niño
le vas cosiendo al hombre las roturas del alma.

La palabra comida

Comida.
De niño —casi siempre—
oía esa palabra que venía como un poco de aire,
de aire maternal que por todos los rincones
pasaba suelto,
sin compromiso,
sin pensamiento,
sin malicia,
sin nudos:
lo traía mi madre o mi tía o cualquiera...
y a veces, hasta el vecino honrado
lo echaba por el patio.

Después,
me puse grandecito,
y la palabra comida ya no la sentía
pasar como un aire limpio;
y como los oídos y los ojos
ya los tenía más abiertos,
veía que los que pronunciaban esa palabra
hacían un gran esfuerzo para decirla,
y sentía que caía en mis oídos
de una manera diferente,

era como un metal que venía de la sangre,
de algo que no pertenece al sonido, ni al aire,
es algo que era ya lo meditado.

Y crecí un poco más,
hasta llegar donde se mide el hombre.
Y he regresado a casa,
y he visto unos juguetes,
un cuchillo de juego,
un tenedor de juego,
un plato y otras cosas.
¿Y yo jugué con esto?
¡Ah, pero sí debo regresar!
Y con mis manos llenas de callos que piensan,
llenas de cicatrices ajenas,
llenas de cerebro,
llenas de letras de arrugas,
llenas de historias de falsas caricias,
de apretones de mano hacia la noche,
pesadas de obligados, de protocolares adioses,
endurecidas, casi piedras
de sostener tantos siglos un minuto
esa dura porción de nuestra vida,
esa inútil verdad,
esa asquerosa responsabilidad,
ese pesado duende que odiamos y queremos,
esos «no te me vayas», «quédate un poco más»,
«tal vez hay algo», «quédate como un odio»,
«quédate como un fuego sin reposo en el grito».

Y con esas,
con esas horribles,
con esas manos sencillamente horribles,

con esas manos mayores,
 me he puesto a jugar con Chinchina,
 y su voz de siete años grita:
 «comida»,
 «comida».
 Y yo le doy comida... ¡la que sabe a comida!
 la que también a mí, a la edad de Chinchina,
 me sabía a comida... sí, a comida...

¡Qué triste que te pones paladar cuando creces!
 ¡Solo ya la palabra pantalón te sostiene!

Esto es llorar sin que lo sepa el ojo
 sin que lo sepa el agua...

Jonás el prestamista

La carita que tiene la moneda me la llevo al oído;
 quiere hablarme en familia. ¡Conoce tanto al pueblo!
 —Allí, me dice, mira...
 una calle que huele solo a maldad de niño.
 Pero fíjate en esto, casi a un metro del pecho, al hombre
 se le pudre en la mano el corazón.
 Y a un paso de tu frente,
 miedos compran a Dios con caras mías.
 A la sangre le quitan su tamaño de grito.

Solo Pata de Palo, tocando su organillo,
 a Juanita la loca
 y a mi perro que aúlla con la música,
 sin permiso, y a ratos, se los lleva a la luna.

Alma:

se ve que está vivita,
que aún colea esta palabra.

Sin embargo, era en otra palabra
donde se recostaba la familia...
Allí se ve la yerba, sobre la yerba ahora
un fuerte olor a engaño,
un poco de aventura con la bestia,
la yerba estaba un poco pegajosa de goce,
era una mezcla de fresa y de almidón,
una mezcla en que estaba la palabra «te invito»
y luego el cine,
y luego el automóvil,
y luego el trago cortamente largo,
y luego
este poco de yerba pegajosa,
tumbada y anecdótica.

Desde luego, que la cotorra lo sabía,
pues, desde muy temprano, mucho antes
que a fuerza de sotana
se le fuera la calle al otro cielo,
ya la cotorra madrugaba con palabras no previstas,
palabras con un poco de barbero,
y otro poco de lechero y de cocina,
y por ahí...
la palabra Juanita la caída...
pero llena de luna,
repleta de azucena su sonrisa,
su muñeca, su cama,
su modo de sentarse,
su manera de pedir,

su tono de bien juicioso ángel,
 su simplemente objeto de mudarse
 acomodado todo para el cielo.

Aunque todo, ya todo era tan tarde. Por su herida natal
 un hilo pensativo de sangre le salía,
 un hilo con un ruido de nupcias de juguete...
 de bodas sin latines, sin incienso ni anillos.
 Entonces, ¿quiere decir, Jonás,
 que aquel pétalo loco...
 que el papá de Juanita está tranquilo
 cómo están tu reloj y tu leontina que condecoran
 otra tranquilidad: la de tu vientre?

Escucha.

El papá de Juanita compró un par de zapatos.
 ¡Y eran para Juanita!
 ¿Sabes lo que es un par de zapatos urbanos
 para un remoto labrador?
 Son noventa kilómetros de sudor sin malicia;
 un poco de sonrisa para los ojos de vinagre del capataz;
 diez días preparando la piel mal educada de la tierra;
 la patada de un mulo que le hace guardar cama
 quizá por dos semanas o quizá sin calendario;
 luego algo al doctor, por lo menos su yegua;
 después, mucha saliva con los exportadores
 para que le levanten un poquito su precio,
 (que es también levantarle su moral al del pueblo)
 y quizá mientras rasca su sobaco y discute
 por un trozo de espejo que le costó diez plátanos,
 se viene un aguacero con luces de Bengala
 de esos que nunca escampan,
 hasta que el pobre hombre llega a casa

con un pulmón flotando. Y otra vez el doctor,
y de nuevo el bolsillo. Y a las pocas semanas
pensar en los zapatos que no pudo comprar.
Y a repetir callado su lucha con la tierra...
Ya ves, Jonás.
Ya me parece ver esa cosa de lujo
que llevas bajo el traje y que se llama HOMBRE.
Esa cosa
que engorda con flaquezas...
que engorda
con los jueces mediocres;
con los pobres zapatos del papá de Juanita;
con lo que está detrás de los escaparates
y encontramos de pronto en una alcoba,
la que cuenta su historia en dos horas de cama;
y hasta aquella
a quien dio la sotana su medida sagrada
metida en un anillo.

Todo esto, Jonás, todo esto... ¿me entiendes?
Lo olfateo, lo miro en el brillo felino,
en el brillo de tus dientes familia de tus autos,
en el aire con que andan los pavos de tus zapatos,
en el desprecio de despertarte ante tu camarero,
en el temblor, en la lista de tu camarero minucioso
para recibir ciertos gustos dolorosos..., y una mano especial
para colocar tus abrigos, tus bastones, tus respuestas,
tus respiraciones,
y un montón de corduras insufribles.

Sobre todo, en aquella,
en la manera de forrar tu corazón con cierta seda
con cierto artículo solo cotizable en los salones,

allí donde a los cigarros
se les trata mejor que al maestro de escuela,
allí, donde cada vicio
tiene su oloroso, su flamante estuche,
allí, donde la verdad es un asunto de relojería,
un asunto para suizos del alma y la conciencia,
allí, donde se dice «NO» cuando lleva su poquito de vaselina.

Pero no, no sigo.

Que me hablen tus tripas sonoras de banquetes;
que me hable tu barriga en donde escucho el diálogo
que tiene la ruleta con la ficha y el trago con el cerdo
que te sale de súbito de gabanes y levitas, y oigo también
la aguja
que tiene la paciencia de tu mano
que cose siempre aquello que está detrás del párpado
del juez,
detrás de la sonrisa que es la piedra en que afilas
al sastre que hay en ti de tijeras sin tregua;
detrás de tus alhajas que apedrean la cara que tiene
la limosna, la cara:
la que tiene tres años de sueldos atrasados, y un siglo...
¡cien siglos de vergüenza!
Es el hombre. ¿Lo ves?
Es el hombre que tiene la cara en su sitio...
En su sitio... ¿Me entiendes?

En fin.

Que Jonás está un poco, casi enfermo del pecho.
Que diez noches tosiendo.
Que escupe cosas raras...
Que no escupe saliva...

Que tiene...

¡Tiene tísica el alma!

Si con lo que escupiste se fue también aquello...

Aquí tienes, Jonás, para ti, prestamista,

para ti este regalo,

igual que tus monedas, guárdatelo en el cráneo.

La vida es del tamaño de una bala que piensa.

Carta al indio Raúl

Raúl, cuando los hombres llegaron

con su emoción a sueldo, con su sueño tasado,

yo sé que tú no lo sabías, no lo sabes aún...

ellos vendieron todo, lo hipotecaron todo,

pusieron triste hasta los dientes de los niños,

el aire lo ficharon,

la atmósfera tenía su agrimensor,

la palabra era un ruido de espada sin historia.

Pero Raúl, ayer te vi bebiendo,

bebiendo un agua suelta que rodaba su cielo...

Por tu cuerpo, Raúl, que no tiene bolsillos,

por el líquido indio que te sale a centavos,

el sudor que no cobra como el aire en la boca,

tiemblo, tiemblo, Raúl, para escribirte,

tiemblo Manuel adentro.

Porque, Raúl, es que no quiero

poner tan en peligro tu sonrisa, ni tu andar tímido,

ni tus pies olorosos de honestidad descalza,

ni tus manos que luchan con vacíos pesados...

ni el rostro peligrosamente manso de tu silencio

cuidadoso de no matar hormigas...
 Pero no, que no vengan a la ciudad tus cosas,
 porque, Raúl, qué hermoso estás sin calles,
 con tu vaca, tu silbido de pájaro, tu leche primitiva
 igual que un niño triste con su trompo.

Yo sé que todavía tú aúllas con la lluvia,
 y la palabra hombre se quema entre tus manos.
 Pero quédate allá, Raúl,
 quédate con tus uñas vegetales,
 quédate con los siglos que amasando azucenas
 fabrica tu sonrisa.
 Ya sé que estás desnudo, pero, Raúl, aún
 pones algo en tu carne... tu sonrisa:
 retacito de gasa en tus heridas.

Carta bajo la lluvia

La gente de mi pueblo, la que acostumbra
 en cada puerta a comadrear el alba,
 me cosquillea el instinto, me lo avispa, lo madruga
 mucho antes que el gallo, y empujándolo como
 en su primer quitrín que rodaba Santiago,
 se va de vena en vena por mi cuerpo hasta el alma,
 como de puerta en puerta desde el horno la espiga
 va en su tibia fragancia dando el alma del trigo.

Esto también lo sabe casi azul Domitila,
 la domadora de Compadre Mon, la que suave,
 abre sus manos de patio, y siente que se llenan
 de las barbas de Mon, y siente que sus dedos

se pueblan de refranes, y el pueblo en ellos cabe,
igual que todo el cielo cabe en una ventana.

Pero todo, todo está aquí en mi sangre:
la flaca silla antigua, mi candado de tabla,
y hasta de contrabando la palabra Manuel,
porque es mi nombre, pero aquel apodo
es el que juega con el perro y canta
bajo la lluvia, y se le pone ronco
de tambores el pecho cuando lo atolondran
los truenos y los rayos.

Hablo ya de aquel niño que al cochero
con el seco relámpago del látigo
de pronto enfurecía sonándolo y buscando
hacerle ramalazos a un polizón: mi apodo.

Es que Manuel aún yo no me llamo.
Todavía llueve mucho en mi pueblo.
¡Todavía
yo no puedo ser hombre cuando llueve!
Cuando cae agua gorda me pongo a hablar con alguien,
toco el espejo y veo si es mi última cara.
Porque comprendo
que tengo que buscarme cuando llueve.

Es que todo, todo está aquí en mi sangre,
por eso
siempre llueve en mi pueblo, y terco,
hay un niño corriendo con su apodo, que a ratos,
grita alegre de truenos y huracanes,
porque siempre
hay un Compadre Mon en la tormenta.

Motivos de Compadre Mon

Apunte

Bajando la cuesta, cuesta
dejar de oír su canción.
El boyero no cantaba,
su mirada era su voz.

Lo que el boyero no dijo

Hasta los bueyes
que no saben que van por tus caminos...
Los bueyes, los que despiertan
con la perla derretida de su baba,
y con el oro tibio de su hilo, ya van
tu primer ropa haciendo,
madrugada.

Viajera sin regreso, tú, ya el río.
¿Hasta dónde me llevas?

Madrugada, recógeme,
como si fuera la primera lluvia;
que yo seré agua clara
subiendo por los pétalos el día,
para los bueyes
olorosos a niños sin juguetes.

Lo que cantaba el boyero

Padre y madre están callando,
mas como están en mi cuerpo,
no duermen... están cantando.
Pero no sé todavía
cuál de los dos
fue el que quiso que a la tierra
viniera yo.

Orgullo y amor trajeron
esta cosa que ya soy.
Todavía estoy pensando
cuál de los dos fue el que quiso
que yo viniera a la tierra.
Amor, no pidió permiso,
menos lo pidió el dolor.

Remate

Ay, madre, si tú me hubieras
interrogado: —Hijo mío,
¿quieres ir o no a la tierra?
Es el único permiso,
¡ay, madre, que yo no hubiera
querido que tú me dieras!

Guitarra panadera

Solo el silencio es amigo.
Pero también

no es amigo... si lo mudo
se oye bien...

¿Quién mide el aire y lo pone
cuadrado como pared?

¿Quién lo pone tan pequeño
que cabe en el puño... quién?

El mapa se está llenando
de dientes como el menú.
Pero no importa:
el horno de mi guitarra
da caliente pan azul.

Tortuga

Hueso del Tiempo, benigna
semilla suelta del mar.

Tú:
la primera piedra mansa
que se puso a caminar.

Vida amasada con muertes,
secreto lento del mar.
Te toco, tortuga, y siento
átomos tiernos de Adán.

Canción con José Remoto

¿Quién, huyendo, pero siempre
no libre de oculto dueño...

tachuelas de meteoros
le arranca al portón del Tiempo?

Alguien también allá arriba
hace su carpintería.

Ya lo sabemos, José:
roncas maderas el trueno
rueda para ti que quieres
seguir tu oficio en el Cielo.

Tu don de martillo manso
yo lo conocí en la Tierra,
y sé que es pan todavía
si golpea.

Pero siento,
carpintero sin horario,
transparente y verdadero,
que clavas tan altos clavos
en el ataúd del Tiempo.

Desde aquí, José, ya veo
que en tu celeste ajetreo,
los cometas se te ponen
mansos como tu jumento.

Mas, como tu burriquito
contigo también fue al Cielo,
casi es seguro que andas
en tu cuadrúpedo tierno.

Carpintero,
inocente carpintero,
yo te conocí en la Tierra.
¡Qué más quiero!

Agua

La del río, ¡qué blanda!
Pero qué dura es esta:
la que cae de los párpados
es un agua que piensa.

Manso

Manso Pedro, comprendo,
no es que quieras fortuna,
es que se ve más limpia
desde un *Packard* la luna.

Cuando

Cuando el río tiene piedras
canta más y está más alto...
Por entre dientes de jueces
pasa mi sangre cantando.

Juez

El juez, mientras descansa,
limpia sus anteojos.
¿Y para qué los limpia,
si el sucio está en el ojo?

Sed

Agua de afuera no enseña,
mas cuando el agua del ojo
cae al labio, solo él,
sabe entonces,
para qué sirve la sed.

Llueve

Para qué llueve en mi pueblo,
si ya no están los charquitos
con su secreto de cielo.

¡Ya no llueve, ya no llueve,
aunque caiga el cielo entero!

Gayumba

La gayumba la hace el indio
en un hoyo y con dos cuerdas.
Mi voz, como la gayumba,
no canta si está sin tierra.

También, como la gayumba,
si aquí mismo he de empezar,
de la cueva de mi herida
nadie me viene a sacar.

Agua de piedra

En esta fuente de piedra
bebió mi infancia.
Ya está vieja y seca pero...
la fuente sin agua canta.

Cotorra

Muy dándosela de bruja,
con su peluda joroba,
se sube a un palo de escoba,
mi nombre en su pico estruja,
y como un fruto blandito,
me lo deja con hoyitos.
La cotorra.

Buitre

Se alimenta de difuntos
y no se le pudre el cuerpo;
¡es que se come los ojos
que son las fuentes del sueño!

Trapito

Negrito de voz sin luz,
algo te queda en la cara.
Tu risa: trapito blanco,
para secarte las lágrimas.

Leñador

Casi un hilo, y es el filo
de tu hacha.
Un hilo que apenas brilla
pero que alumbra tu casa.

Quena

Le doy algo más que viento,
algo más: lo resucito.
Está de pie ya este poco
de esqueleto que yo toco.
Yo le doy carne al huesito.

Culebra

Camino que viaja solo.
Raíz de un árbol sin tierra.
Río seco... pero ahoga...
la culebra...

Clave de las bailarinas.
Se trepa a la L de un palo.
Es peligrosa esta S
del cósmico abecedario.

Látigo sin mano y siempre
pegador y vagabundo,
como si ya, castigando,
aún lo estuviera usando
el primer odio del mundo.

La vaca muerta

Amaneció en el camino
sin que nadie la velara;
bajo las velas del cielo
que hasta a sus ojos bajaban.

Estaban blancos sus dientes,
(que siempre blancos estaban).
¡Qué inofensivo era el día
cuando en sus dientes brillaba!

Ayer la echaron al hoyo,
su cara quedó hacia arriba.
¡Duerme lo mismo que cuando
frente a los hombres vivía!

Caracol

Ola que se puso dura,
pero dura resonante.
¿Qué avaro en tierra te llena:
alcancía de los mares?

Canario

Pedazo de sol chismoso,
erudito de garganta,
como no puede pensar,
canta.

Inmigrante

Oro triste de inmigrantes,
pensativo sol, fortuna
que pone el pelo de luna:
hoy de noche y noche antes...

Voz

Porque se la tiro al fuego
y es como si le pusiera
pan al horno... solo ahora...
sé que mi voz alimenta.

Tambora

Trópico: mira tu chivo,
después de muerto, cantando.
A palos lo resucitan...
La muerte aquí, vida dando.

Chivo

Tú que tu misma muerte
en el tambor quitas luto.
Como a ti, chivo difunto,
estoy viendo al muerto rico,
aquel muerto que, por bruto,
pone siempre alegre el luto
aunque deje triste el pico.

Cactus

Grito de la tierra que no tiene cielo.
Tú que eres una letra solitaria
igual que una esperanza con espinas.
Qué bien estás,
perfectamente solo.

¡Cómo si conocieras a los hombres!

Canción para buscar un cocodrilo

Más allá del agua seca
de mapas y oculto río,
oigo un ruido de raíces
en los silencios del indio.

La plata de su sonrisa
rompe el cobre de su cara.
De más allá de los huesos
viene este hueso a su cara.

En un ojo va la trampa,
y en el otro casi el tacto.
En las sogas de sus venas
se trae un potro enredado.
Vegetal hasta en la voz
de hoja seca que de pronto
da su flecha, brisa flaca.
El indio es un árbol suelto,
un árbol que se cultiva
con rocío de pestañas.

Pero no, que ya vestido,
que ya vestido de pájaro
tiene la edad de la lluvia
buscando en el río muerte
también el indio se busca.

El indio que aúlla y siempre
tan grande como un silencio.
El indio que saca tierra
del corazón, como un verso.

Viento ya, viento que piensa,
se pone tan aire el paso,
que casi va con la vista
que va de trampa y de tacto.

Isla que está en otra isla,
sueña ahora el cocodrilo;
con canoas panza arriba.

El indio se acerca y viene
con pasos de río muerto.
El indio se acerca y viene
tan suave como su pelo.

Con un cuchillo enterrado
más allá del cocodrilo,
una gris canción remota
se trae de regreso el indio.

Desde más allá de los huesos
viene este hueso a su cara:
en su sonrisa se pone
peligrosa la mañana.

Cuatro vecinas de Mon

Tunta y su diente

Tiesa como un policía
que no defiende la ley,
en el reloj de su cara
la aguja de su colmillo

da la una
de su vejez.

La edad que tiene rodando
esta moneda, no sé,
pero a Tunta le ha crecido
tanto el colmillo, que a Tunta
solo el diente se le ve...

Su colmillo le da muebles,
le da trigo, y a la vez,
le quita un poco de apodo...
Le da careta y un día
de ingenuidad... —ya lo sé—,
para el lechero que solo
llega virgen a las seis.

De su colmillo le salen
automóviles, pulseras,
caballos y un no sé qué...
que aunque por el aire vaya,
el corazón lleva a pie...
Su colmillo
le enderezó el apellido...
y casi el cuerpo también,
pero está un poquito coja
de no sé qué...
no sé qué...

Colasa con rumba

Colasa: manteca inquieta
quemada a ron con vudú.
No se te va el retacito
de espiritismo que a gritos
está entre tu ropa y tú.

Borracho de muchas cosas,
óyelo, Colasa, bien:
con cabellos de guitarra
te voy a enredar los pies.

Suma de abuelos tu carne
anochece amaneciendo;
tu cuerpo a palos moliendo
lo limpian de brujerías,
y tú roncas, cómo no,
tu cuerpo mismo el bongó.

Y ahora,
que venga el juez,
que venga y vea
que yo te amarré los pies.

Que venga la policía,
que otra vez
caliente mi mano agarra
los pelos de mi guitarra
para amarrarle también
al uniforme: la ley.

Pero de tu carne prieta,
quiero ahora, de una vez,
sacar una cosa blanca...
No ves que si está en tus pies
vas a machacar el alma.

¡El alma, Colasa, el alma!
La ves...

Tefén

Junto al anafe,
trabaja, suda;
agua de pueblo
suda Tefén.
Ella la plancha
y ella la aguja,
mientras las equis
del catre pujan.
—No caben tres—.

Así es la vieja
madre de Chola,
así Tefén.
Cuando está sola
coge la sucia
ropa de Chola:
cose agujeros...
quita las manchas
de su traspies...
Así Tefén.
Con su tabaco

tras de la oreja;
ella el alivio
y ella la queja;
ella también...

Aguja, ungüento,
calor y plancha;
Todo Tefén.
Junto al anafe
sudando sola,
le pone lisa
la cara a Chola
porque también
le plancha a ratos
con su sonrisa
la siempre arruga
de su traspies...

Así Tefén.
Ya moja el grito,
como a su ropa,
agua que tiene
color de tropa...
Agua sin ley...

Así Tefén.
Cuando está sola,
acompañada
por almidones
cosmopolitas
que en duros trapos
se los trae Chola.
—Chola es de carne

de seis a seis.
Así Tefén.
Junto a su viejo
catre de chopa,
moja sus manos
de agua sin ley.
Y honrada entera,
más que a su ropa,
a Chola lava...
solo Tefén.

Colasa con ron

Colasa: ola de pie,
voy a echar tu cuerpo suelto
en una botella grande
para que te beba el pueblo.

Qué bien que por tu cintura
navega el son, y se va
la ola por tierra adentro.
¡Tú sin conocer el mar!

Tú que te pones la noche
lo mismo que un sucio talco,
y en camisa de neblina
te vas quedando a las cuatro.
Que no,
que por una sangre abierta
no te saquen de Santiago.
Déjame tirarte entera
como a veces yo en un dado.

Que no, que no le den la puerta
 al agua que está en tu cuerpo.
 Qué bien que por tu cintura
 se va nadando el cochero
 que me vende madrugadas
 en su oscuro errante lecho.

Tú que te quitas la noche
 sudada en ron de tu ropa;
 tú que a veces no es espuma
 lo que sacas cuando gozas:
 con el planchado y pequeño
 pañuelo de tu sonrisa
 limpias tu boca...

Pero aquí está mi guitarra,
 Colasa, porque también
 mi guitarra —vena suelta—
 va hacia ti: ola con sed...

Pulula

Negra Pulula, qué bien
 que planchas la ropa ajena.
 ¡Cuándo plancharás tu cara:
 mapa de penas!

Pulula, poca Pulula,
 tú la carga y tú la mula.

Con tu amuleto ensalmado
 y siempre se ve que es hueso

tiene vida y está tieso,
no te quiere ver de frente,
no te quiere ver a ti:
está viendo todavía
de perfil.

Pero, Pulula,
¿qué esperas,
que también al San Benito
no le quitas la sordera?

¡Qué Bocó sobó tu hueso,
que tampoco tiene olfato:
no huele aunque el sudor
te lo compran tan barato...!
¡Ni siquiera por antojo
ha querido ver por qué
le lavas hasta los pies
con el agua de tus ojos!

Pulula, también, Pulula:
se ve que es de piedra el dios,
cuando pides por los dos...
¡Tú la carga y tú la mula!

Si con tan blanco amuleto
tan oscura suerte cargas,
un hueso negro, tal vez,
te daría suerte blanca.

De rodillas lo que piensa,
lo que siente, arrodillado;

tus dos zapatos con hoyos
y tu catre, derrengado.

Dile a tu santo de pino
que se pase un día entero
en tu rancho de agujeros;
porque en un santo de palo
puede haber un carpintero.
Pulula, poca Pulula,
tú la carga y tú la mula.
Mata la vergüenza y pídele
a tu hueso taumaturgo:
que no se duerma en tu casa,
que venga con herramientas;
martillo, clavos y tabla;
que venga a arreglar tu catre;
¡que no te remiende el alma!

Pulula, poca Pulula,
¡tú la carga y tú la mula!
Dile al santo
que se ponga pantalones...
que venga a clavar el canto:
idioma de la tachuela.

Que venga a ver que hasta en misa
la cana de una sonrisa
te hace abuela...

Después, Pulula, después,
besa tu hueso sagrado...
Pero también,
ten cuidado,

ten cuidado
que Dios no dura en la piel...

Pulula, pero Pulula,
hoy a las seis,
¿quién viene a planchar tu cara?
¿Quién?
Hay solo una planchadora
que, como tú, plancha bien.
¡Qué almidonada, qué dura
que está tu cara esta vez!

Con plancha blanca de hueso,
de la cabeza a los pies,
la muerte —tu planchadora—,
¡cómo ha planchado tu piel!

5 Resabios de Mon

Como cuchillo que está
al mismo dueño cortando,
aquí solo está penando
mi mirada que está ya
como una vela que va
su propio cuerpo quemando.

Hoy agarro mi guitarra
como quien agarra un río.
Hoy corre por ella un agua:
la roja del cuerpo mío.
Hoy agarro mi guitarra
como quien coge un fusil:

hoy a mis brazos ya viene
a defender lo que tiene
ella de mí.

Tengo ahora tu voz yo,
guitarrero no dormido,
para lavar el olvido
con agua de mi canción.
Podrán quitarme la tierra,
con el filo o con la bala,
pero no podrán decir:
aquí no ha pasado nada.

Podrán quitarme del cuerpo
todo lo que se me gasta...
Mas ni el tiempo ni el soldado
me quitarán lo que saca
de la guitarra mi mano.

Y peinando los seis pelos
de mi guitarra ya voy
a decir por qué en mi lengua
nació sin edad la voz.

Mi voz de vena esta vez
al hombre mudo le toca;
y no la pierde su boca
porque no es agua de sed...

¿No sientes también que es madre
mi guitarra? Porque puedo
su edad se la dan mis dedos;
como si haciéndole canas

le crecieran azucenas
al pino de mi guitarra.

Pienso ya que algo del mar
debe tener mi cantar,
porque mugiendo a mi encuentro,
más que de afuera, de adentro
le vienen canas al mar.
En mi guitarra también
se puede ver el pocito
de la huella de la vaca
que con barro del camino
va haciendo cielo su pata.

Qué duro es vivir aquí,
entre los hombres... Qué bien,
si metido en este barro...
yo soy el pocito aquel.

Y aquí, nomás, está el perro,
aquel perro que a su hueso,
con su espesa lengua lenta
un brillo de luna saca:
cielo en sus dientes machaca,
y el cielo no lo alimenta.

Pero aquí, junto al huesito,
que no mata el hambre y mata,
pone el cielo en llanto plata,
y con luna paga el grito.
Que no me digan a mí
que el cielo es un haragán.

¿A mi guitarra de carne
quién le enseñó a trabajar?

Ya voy a decir también,
guitarra, que, cuando tú
te pones a veces muda
trabajas como el azul...

Yo callo cosas del hombre,
y el hombre no está callado.
No porque el palo no cante
no tiene canción el árbol.

El herido que silencia
tiene ruidosa mirada.
Mis ojos no miran, oyen
el esperanto en la llaga.

Hoy la tierra está en remojo
aunque nubes no dé el día.
Cuando es larga la sequía
hay agua siempre en los ojos.

¿Pero quién de sembrador,
quién está aquí con su ausencia?
El oficio de la esencia
es sin pétalos ser flor.

Resabio 2

Hoy no aprendo con el río,
ni con el pulso del mar.
Hoy mi voz está mojada
de tantas venas secar.

¿Para qué callar? Callando,
también me sienten gritar.
Tanto he pisado esta tierra
que es ella la que anda ya.

No me quita el dolor flores,
pero me crecen a ratos
las dos espinas sin rosa
de las espuelas del gallo.

Juez que me das el encierro,
para qué buscar mi huella.
Si en ti mismo está el destierro,
con mi guitarra te entierro
si me desentierro ella...

Más que la frente me piensan
los ojos cuando vigilo.
Viendo estoy los que sin guerra,
ya se reparten la tierra,
sin sangre... pero con filo...

Y aunque es albino mi pelo,
yo soy del dolor, pupilo.
Es que duele tanto aquello,

que a pesar de hacerlo bello,
me corta cortés el filo.

Me corta, porque hace tiempo
que en la paz con hambre, veo
poco cielo y mucha tierra.
Por lo flaca es porque creo
que tiene obeso el deseo
esta paz que sabe a guerra.
Ya trepa a mi voz la tierra,
por ser duro, más que blando.
Quiere al fruto el vientre hinchado
más por lo que el parto duele que
por ser del mismo palo.

Qué más quiero, si por duro,
no dejo al fruto caer
como el árbol, ya maduro.
Es que siempre soy tan duro,
que no se llega a poner
blando mi fruto maduro.

Y así me doy, más si acaso
lo de afuera da un mal paso,
ni en lo mudo de mi cuerpo
mi oculto destino calla;
pues si agujeros me tiran
las viruelas en la cara,
sepulcros en miniatura
en mi piel de vivo cavan.

Se ve que aunque nadie diga
que el cementerio es mi piel,

alguien con algo de aquel...
¡Se come el pan en la espiga!

Y aquí no estoy enterrado,
si enterrándome yo estoy
aquello que yo no doy
sino cuando estoy callado.
Qué bien en la sombra ves,
ojo mío. Mi dolor
es como el sol labrador
que enterrado, saca mies.

Esta maña de ser ciego
para ver mejor el día,
me la enseñan las raíces
sin ojos... pero con vista...

Algo en mí ya no recula.
Si estoy desnudando el diente
es porque el diente no adula.
Pues aunque el hombre es el dueño,
más por hambre que por sueño
se come el jardín la mula.

Resabio 3

Cómo me duele decirlo...
Cómo me duele creer,
—si tantas veces lo he visto—
que el río pasa una vez...
Mi risa está tan adentro
que estoy triste cuando río.

¡Enséñame, viejo puente,
a dejar pasar el río...!
Viejo cielo que te inclinas
al río como a beber,
sobre las aguas te caes
para lavar tu vejez.

Algo que el tiempo te deja,
me lo suele a mí quitar.
Mi sudor: agua de nube,
se me ensucia con la tierra,
pero sucio no se va.

El árbol no puede hablar,
pero es la casa del ala.
Un ave es también la bala
que pone al hombre a cantar.

Lo que el fusil me ha metido,
aunque tan hondo me agarra,
como callarlo no puedo,
lo van a sacar mis dedos
del fondo de mi guitarra.

Voy a tener que poner
en mis carnes un letrero:
aquí se admite el jilguero
si viene sangre a beber.
Mas, por qué gritarlo ya,
si el aire también lo sabe.
Siempre el jilguero será
discípulo de mi sangre.

¡Qué bien cantan mis heridas!
Mi vena es como la flauta:
que si no tiene agujeros...
no canta.

Y aquí estoy, sacando vida
de las piedras de mi cuerpo;
como la saca la quena
de su hueso.

¡Pero qué bien no me callo!
Es que vuela
con la espuela
más el grito que el caballo.

Y en mi caballo y a tiros
rompo el ronco amanecer
que hace el mar antes que el gallo.
Me crece el mapa esta vez...
La llanura está de pie
si está de pie mi caballo.

Aquí también algo cabe
entre mi buche y el ave.
Esto sí que me lo trago:
todo el campo cabe aquí
en su joya: el colibrí,
y el país cabe en mi trago.

Pero que nadie me escuche,
si este trago yo no pago:
también el dolor me trago
por tener tan macho el buche.

Resabio 4

Suelta pétalos mi voz,
pero mi lengua no olvida
que el mismo tallo alimenta
a la rosa y a la espina.

Mas yo del ancho de un grito,
¿dónde cabe mi voz ya,
si se ensancha como el río
mientras más se acerca al mar?

Con la guitarra enterrada
voy buscando mi raíz.
Es que quien canta mejor
es el que más sangra aquí.

Qué duro es sacar la miel
de allí donde no hay abeja.
Pero qué bien allí sé
quitarle al hombre
la sed...

Y allí está mi voz nomás.
Más si me ensucio con tierra,
es Dios que ensucia quizás.
Siempre el árbol sube más
cuando más hondo se entierra.

Sube el árbol, pero a veces,
imitando a la muchacha
que sonríe entre su pelo,

abre boquetes de cielo
en el bosque prieto el hacha.

Algo también en lo oscuro
de mi barro no se apaga.
¡Qué bien cultiva el orgullo
esta rosa de mi llaga!

Es que mi cuerpo también
es un paisaje, ¿lo ves?
Ves estas cosas pequeñas:
en estas manos me cabe
toda el alma, como a ratos,
todo el cielo lo hace el ave.

Mi mano tiene agujeros
que dejan gotas caer.
Entre mis dedos se ve
que un poco de río tengo
para enseñarte a beber
lo que en el río no bebo.

Tú cantas bajo tu greña
como bajo un bosque el río.
Hoy la barba que te enreda
es paja de hogar de trino.

Con tu greña, con tus barbas,
viejo poeta escondido,
estoy haciendo la escoba
para barrer el olvido.
¿Pero quién, guitarra, quién,
quién por ti más dolor sabe?

Si por tu ruidosa herida
Sale la muerte con vida,
no en el tiempo mi voz cabe.

Resabio 5

Hombre solo, solo en tierra
es mi risa la del mar:
siempre hermosa y blanca, pero...
a fuerza de tempestad.

Aquí mi sangre, mi sangre
también se parece al mar:
canta el mar si pasa el viento,
mas pasa el viento del hombre,
y oigo mis venas cantar.

Hay algo ya que afilado
cuanto más en mí se entierra,
algo me saca que sube
como raíz de la tierra.
Pero no me siento seco,
si lo que cava es el grito.
Yo nadando entre mis venas
soy el buzo de mí mismo.



TERCERA PARTE

Quien no cuenta lo humano, no perdura.

GOETHE



Compadre Mon en Haití

Y ahora por los que a mí en mi tierra no me oyeron,
por aquellos que se fueron pero que están siempre aquí...
Como es poco lo que callo, al criollo y al gringo voy
a decirles lo que soy montado ya en mi caballo.
Pero como voy a hablar de lo que al miedo le choca,
levanta cosas mi boca porque son
aquellas cosas que el macho las larga como el borracho.
¡Porque es macho hablar sin ron!
Y ya que por hombre entero dar no quiero
al olvido mi pasado porque aquí
es mucho lo que yo vi y más lo que yo he sangrado;
voy, ahora, por varón, sin el fusil en los dedos,
a decir lo que sin miedo quiere hablar mi pantalón.
Mas antes de dar un paso, caídas haré presentes.
Porque al triunfo le hinqué el diente que afilé con el fracaso.
Y al ponerle la muleta de mi memoria al pasado,
lo largaré bien parado, si aprendió conmigo a andar.
Pero al darle fuego al leño, pondré más vida que sueño,
¡aunque es también sueño hablar!

Revolución y fuga de Mon

Y voy a decir ahora, ya que huyendo envejecí,
no lo que mi ojo vio sino lo que pasé yo
en mi refugio de Haití.

Pues más corto me fue a mí un año en la cordillera
oculto —aunque no me cuadre— que los meses de una madre
más allá de la frontera. Pero acercando ya entera
mi memoria —no mi engaño—, ya no sé cuál fue más daño
de aquellos tiempos que junto, si el mes que me dio un difunto
me quitó una falda un año.

Mas voy a aclarar por qué, antes de entrar en Haití,
algo debo hablar de aquí. ¡Pues qué vientre el que parió
mis nueve meses allí! Que hasta expatriado me vi
por votar a un caudillo que era tan bueno y sencillo
que el mismo día en que trepa la Jefatura que chupa,
contra el mismo que lo aúpa fue tres cosas a la vez:
cárcel, comisario y juez...

Y por aquel trío amargo que me juzga y me condena,
tuve que alargar mi pena sin concesión ni descargo.
Es que tiene que huir largo quien en política ablanda,
mucho más si quien nos manda dando el bien nos da veneno,
si es aquel que por ser malo en la mano tiene un palo
para el malo y para el bueno.

Pero no tardó la espina en enterrárseme mucho,
cuando ya con mis cartuchos y mi vieja carabina,
me fui, como el campanario, donde hay algo que está ardiendo;
es que nadie vio durmiendo mi pie revolucionario.

Y así, como sin horario, con tropas de rebelión
caminaba ya Don Mon. Pero en el monte regados,
cada uno estaba solo igual que un dado cargado.
Mas me daban ya más duelo unas aves de rapiña
que pasando a bajo vuelo venían como del cielo

a buscar carne podrida.
Y con esta yo viví pasadas revoluciones,
pues sin vacas ni lechones mi caballo me comí.
Me subió el hambre a tal punto, sitiado en aquel lugar,
que no quería ya estar ni conmigo mismo junto.
Así fue como solito, no pisando ni mis callos,
salí del monte a caballo, pues le robé al compañero
el único que quedaba... Porque ya la cosa andaba
tan apretada, que yo, en vez de comerme a aquel,
preferí montarme en él para salvarnos los dos.
Y anduve solo, tan solo, que para aliviar mi duelo
me le acerqué más al cielo: me fui en el potro a la sierra,
pero mi suerte tan perra no estaba tan alta, no,
porque en paz no andaba yo teniendo los pies en tierra...
Y volví a la tropa, fui a dar aire... no a quitar,
porque no aprendí a matar en donde justicia vi.
Mas con honra maté cuando manchado el pantalón mío,
toda la tierra llenaba de desafíos.
Por eso a mí me dolían todas las revoluciones,
porque siempre de ladrones por donde aquellas pasaban,
ni tienda ni pulpería quedaban allí paradas;
y era peor si allí estaba el letrero que decía:
«hoy no, mañana se fía»...
Tampoco no quiero yo ocultar que aquello era
una fiesta verdadera: fiesta de la valentía
donde el macho busca siempre en qué regalar la vida.
Porque también allí andaba el que sin trago, sin vicio,
se ofendía si no estaba ya en peligro.
Y allí fue donde aprendí lo que no aprendí en la casa,
pues todo lo que allí pasa siempre está junto al misterio;
pero hedionda a cementerio no está mi honradez en casa.
Y aunque en paz la tropa *andara*, la tropa era allí tan brava,
que aquel que por cortesía se acercaba a gente buena,

le decía:

—mire mi pie sin zapato, soy soldado y no soy gato...

yo peleo por el pueblo, deme un trago,

que mañana... casi ahorita... se lo pago.

Pero los jefes en vez de pedir un trago y ropa,

se llevaban tras la tropa, plata, comida y mujer.

Era el tiempo en que a la puerta si una cara se asomaba,

dos veces no se podía echarle el ojo a esa cara...

Pues si dos veces el ojo allí cualquiera metía,

con un cuchillo en la mano venía el ya «¿qué me mira?».

Y digo que no por gusto le vi la cara dos veces

no a los hombres, sino a uno... ¡Qué puede en uno haber

[muchos!

Porque el hombre de mi tierra cuando está mudo es que

[habla...

Es por eso que lo escucho cuando no tiene palabra.

Yo lo he visto en una esquina con su cachimbo en la mano,

dejar que tire el contrario, porque en la buena o la mala

es cortés también su bala.

Y por tirar yo primero, se cayó primero el guapo.

Así fue como yo tuve mi primer fuga a caballo.

Mas no he de olvidar ya cómo con instinto de paloma,

me defendía en la loma del hambre, la ley y el plomo.

Quiero ya darme el derecho de hablar lo que en mí yo viva:

solo el árbol allá arriba era mi pan y mi lecho.

Mon en tierra haitiana

Pero no, que no fue allí que hallé criollo el Purgatorio;

mas no quiero ya por mí, ser más largo que un velorio

ni más corto en lo que vi y padecí yo en Haití:

Pues no juntaba diez noches, cuando a la novena allí,

me enseñó un haitiano amigo algo que allá no lo digo pero sí lo digo aquí.
 Aquel haitiano me dio un amuleto —un huesito—, y me dijo: «este poquito de animal te lo doy yo para que, durmiendo o no, te defiendas de la gente, pero ten siempre presente que en este hueso estoy yo». Quiso decirme el maldito: que si el mundo bien me trata, le mandara «siempre plata mientras llevara el huesito». Pero al brujo conocí como el olfato al menú, y le dije: como tú, hay muchos presos allí... Si tú cruzas la frontera verás que tenemos fieras que adivinan hasta el mal de qué va a morir tu nieto. Y al devolver su amuleto, me respondió: «ya tendrán pronto luto de ti, bruto». Pero si en tu carne luto, le contesté, tienes ya.

Primera aventura

Con dos delitos viviendo en tierra que no es la mía, me pasaba todo el día patuá con hambre aprendiendo. Para aliviar los dos males me metí con una haitiana, ¡y qué berrán!, pero a ratos, por no tener un mulato... pensaba más en mañana que en el goce del presente, es decir, que estaba ausente cuanto más me le acercaba... Mas yo que andaba de ron, siendo gato, fui la rata; pero mudando la pata, mudé también mi calzón. Y no fue por el carbón que en su piel furioso ardía, ni por un hijo en la vía... sino porque estando allí, mas por amor que por pillo, uno se clava el cuchillo porque la vaina es de Haití. Y así, sin hacer rebú, le dije a la haitiana: toma, son cobres para que comas, porque sin mí, puedes tú

comer más... pues que tu antojo puede meterle ya el ojo
a todo lo que es varón... tú vives del pantalón...
quien vive de eso no pasa hambre en calle ni hambre en casa.
Un goterón a la negra se le cayó desde un ojo;
mas no sé si fue un antojo, pero hasta hoy no me alegra,
pues aunque aquella vivía de su clima y de su cama,
se me puso a mí que andaba sin fiebre y cuerno ese día.
Ese día... porque hoy... veo redondo su llanto;
es que esa gota de amor, se parece más al dólar, que al dolor.

El revolucionario

Y así, sin falda, sin tierra, tan comido de reveses,
se me juntaban los meses igual que al pobre los fríos...
Cuando por tener testigo de mi soledad cayeron
como gorriones al trigo amigos que no lo fueron.
Y fue aquel que con su bembe político por entero,
me secreteó: «compañero, venga a mi casa, que allí,
yo tengo un mapa de Haití, no cuando con flecha y yola
golpeaba el mar la Hispaniola, sino ahora en que distinta
da una cara con dos pintas».
Y me repetía el pillo, como quien algo se tapa:
«porque tú, con este mapa, entras tumbando al caudillo».
Casi diciéndome el mota con su marrulla de insano:
que con arma y con haitianos tumbaba a mi compatriota.
Y yo le grité: mañé, te equivocaste de punto,
porque hemos nacido juntos en esta isla, lo sé,
pero no traiciono, no, la parte que me tocó si en ella no tengo
[el pie.

Así no olvides que yo, fuese ya bandido o no,
tengo que ser con mi tierra como el inglés tras la plata:

que en tierra y mar es pirata, pero a favor de Inglaterra.
 Humana maña esta maña, se ve que yo soy aquel
 que dañando, no se daña: corta el machete la caña
 y no se come la miel...

Mas quiero aclarar ahora una palabra que juntos
 siempre nos pone en un punto... pues dejar no quiero así
 dos en uno en tu Etiopía: quieren darme en geografía
 lo que en sangre no está aquí:

Prieto aprieto para mí que ver claro quiero ya,
 pues suelen llamarle acá a toda la isla, Haití;
 pero hasta un fruto hay allí que con dos tonos nació:
 mitad noche, mitad día, clara y negra es la peonía
 lo mismo que el dominó; y cosa rara, se da
 por la frontera, se ve que un haitiano metió el pie
 y manoseó la mitad.

Y la mitad, la que es mía... tiene —aunque por él repingo—
 un nombre haragán: Domingo,
 mas no por eso se aísla de todo sudor la isla,
 porque aquí siempre trabaja como el Cura, la navaja...
 Es que mucho ha de rezar quien tiene de anillo el mar.
 Y rezamos mucho, sí, mas no por ser nazarenos
 ni por haber dado palos, porque siempre donde hay malos
 si son muy pocos, son buenos...

El herrero

Mas con el amigo soy terco como el hambre al grano,
 y a contar le enseñé yo en español al haitiano;
 pero el negro con su mano lo que yo conté, robó.
 A contar tanto aprendió, que ya en francés era honrado,
 porque en mi lengua hasta el dado me llevó...
 Pero mi vecino, sí, el herrero sí me habló

no de brujería, no, sino de algo que yo
sorprendido me quedé, pues siendo noche este haitiano
de la palma de la mano hasta la planta del pie,
me dijo: «yo no me estanco en la ignorancia, mi fe
busca luz, no por mi piel, sino por ver bueno al blanco».
«También no olvides que un día fue nuestra isla una yunta
que llevó juntos dos bueyes aquel sajón que sin leyes
hizo de dos penas una; porque ayer nos vio la luna
—como nos verá mañana— en la misma geografía,
mas sin esta compañía solo el de fuera es que gana.
Mira este negro. ¿Lo ves? Ganándose un cobre diario,
hay quién le baja el salario por el color de la piel...
Allí nomás, donde el negro masca inglés,
está en América y es lo que más —sin ella, a veces—
a América se parece.
Pero ya, con brazo o manco, no le da reposo el blanco,
y cuando le da reposo, si no está muerto de filo,
descansa, pero en tranquilo... calabozo.
Y así explotado hasta el jugo, perro el siglo y yo su hueso...
el negro si no está preso, siempre está bajo el verdugo».
Y mi silencio de hierro se me rompe ante el haitiano.
¿Por qué el hombre se hace hermano más que del negro, del
perro?
Y le dije: buen mañé, por hombre que soy, no dejo
que hagan blanco en tu pellejo; es más que por ti, por todos
que te defienden; sé yo que no es por tu piel, sino
por algo que está en el fondo...
Voy ahora a abrir el pico para aclararte tu luto,
porque en la tierra no hay brutos sino cuando quiere el rico.

Buche afuera

¡Cuánto cuesta dar un grito donde la bala es la luz!
 Si cuesta siempre una cruz... ¡Pues quien da luz, da delito!
 Vienen leyes, vienen guerras, y el negro sobre la tierra
 sigue siendo el buey mejor. Mas no está solo en el orbe,
 porque al negro como al pobre, lo ven del mismo color.
 Que vengan a ver mi catre los que se comen mi pan.
 No me entiende el que me oye, me entiende el que sufre igual.
 Y aunque a simple vista crean que en esto me contradigo:
 pelea el hombre por todo, menos por el hombre mismo.
 Se me hace duro pensar
 que con la ley voy a salvo... si siempre que voy de galgo,
 me suelen a mí cazar.
 Me tienen como moneda: si a las manos doy aquí
 lo que aquellas no me dan... Al que siempre le hago el pan,
 nunca el pan me lo da a mí.
 ¡En qué lengua está el honor que me quitaron a mí
 aquellos que enriquecí con mi callo y mi sudor!
 Haitiano que estás oyendo, debes oírme muy bien,
 porque yo no estoy hablando... debo estarme desangrando
 hacia adentro... debe ser que en vez de brotar la vena,
 va la sangre hacia mi pena como a quitar una sed...

El polvito

Y el herrero, agradecido, ya todo lo que decía
 era por mi bien, caía siempre en darme algún consejo,
 no porque fuese más viejo, sino porque siendo haitiano
 siempre me alargó la mano para cuidarme el pellejo.
 Y así hablaba: «ten cuidado, que si no andas vivo aquí,
 te hace dormir la navaja, y fresquecito en la caja,

te pueden hacer zombi».

También me avisó el mañé: «que en el bolsillo llevara un poco de sal, y hablara lo más que pueda en francés».

A nada me resistí de lo que el negro me dijo, pero lo mismo que un hijo pregunté por lo que oí, pues el idioma entendí pero aquello de llevar como una ñapa del mar aquel polvito salobre, esto sí se me subía

lo mismo que una manía que va del buche a la calle; y le dije: este detalle no lo entiendo. Y el haitiano, poniéndome fiel la mano, me respondió lento así: «con la sal en el bolsillo de los brujos y el cuchillo vas a defenderte aquí».

Ritos

Así fue como el herrero, para darme más confianza, aquella vez en su andanza me llevó de compañero a ver un lugar, que él mismo le temía, porque era de brujería, de magia y de fetichismo. Pues ahí, nomás, tras unos olores de «misa negra», con aceite de culebra —lo mismo que en un velorio— alumbraron el jolgorio, y sin ropa a una preñada con serpientes no matadas le amarraron la cintura para curar la criatura —según dijo el camarada— de un futuro «mal de ojo», pues el negro cuando es cruel, es con mismo Luzbel que se defiende de todo. Y no pasó largo rato sin que viéramos los dos algo que en nombre de un dios —tal vez un dios sin zapatos— se ofrecía en su mandato. Supe ya, por qué con hierro sacrificaron un perro: para salvar un bocó que estaba, según vi yo, metiendo el alma en un coco

porque allí, junto a lombrices, con un jugo de raíces
se lavaba el alma un poco. Buscaba el haitiano ya
que no le echaran guanguá.

Pero no he de olvidar yo en aquella correría,
algo que me sorprendió, porque es algo que vi yo
también en la tierra mía.

Pues igual que en mi Cibao, en esa región de Haití
vi también el baquiní con su modo y su zarao;
así yo no vi este rito como de tierras remotas;
porque oyendo bien sus notas, parece que el angelito
lo sentimos de igual modo en este planeta, todos...

Y cómo callar ahora aquel jugador que a ratos,
parece que en el olfato una botija tenía.
¡Quién con él ya no caía, si también en la baraja
es el alma que trabaja...!

Porque aquel vivo bembú me metió bien en currú,
y ya salir no podía sino así:
o perderlo todo allí o allí mismo enriquecía.

Mas con fe me recordé del herrero, y maté el mal
con el poquito de sal que en el bolsillo apreté;
y de allí, sacando el pie, con mucha vida y no rico,
me alejé;

pero no pobre de pico, porque siendo cosa seria,
no da por la voz miseria quien sabe que es pobre el rico.

Después de todo, estoy contento a mi modo,
porque allí, tirando puchos, perdí de lo malo mucho,
más de lo bueno está todo. Pues lo que perdí en el juego,
me lo devolvió la vida.

Si al perder en la partida gané como mujeriego...

Segunda aventura

Poco tiempo anduve así, cuando al oír un balse
me largué a ver el rebú y casi bailé vudú
con mi sal y mal francés.

Pero en qué filo me paro, porque al ver que ya a una viuda
la torturaban desnuda, aquello me fue tan raro,
que con la sangre al galope, ante el sufrir de la etíope,
dije: ¿qué pasa? Y sin puja, me contestaron no blando:
«a un espíritu limpiando en el cuerpo de la bruja».
Quisieron decirme ya (aunque un intruso no fuera,
porque todo no pregunto): que el ánima del difunto
se la robó la hechicera.

Y viendo aquello ante mí, de pronto se me venía
todo lo que por entero tengo yo de caballero
en la tierra que no es mía.

Quise defender la haitiana de aquellos palos tan brutos;
pero con duda macabra, no largué ni una palabra
por no estropear al difunto...

Pero ya no me miraba con simpatía el verdugo,
y me chismeó: «¿por qué aguanta?

Si por los palos te espantas, ven a defender lo tuyo».

Su buche no terminó de arrojarme macherío,
cuando de un tiro, tendido allí el verdugo quedó.

Me persigné por si acaso allí yo daba un mal paso;
mas de seguro que yo no ofendí al difunto, no,
en esa ocasión ingrata, porque no es crimen quien mata
por defender un dolor...

Y digo que no manché el alma del que cayó,
porque por macho callé lo que la negra me habló.

Ya con uno de mi tierra, con este más, no me asombro;
pues con dos muertos al hombro así andaba entonces yo:
huyendo de la justicia quien por justicia mató.

Más no sé cómo es que yo pude despegar de allí,
quizás porque me dio Haití su maña, y se me creyó
que era un blanco criollo allá; porque por hablar patuá
me defendió hasta el bocó.

En esa ocasión le debo al herrero mi existencia:
me escondió hasta la paciencia para no caer de cebo...

Última etapa en Haití

No quiero acordarme ya, ni de aquel negro que allá
en una vela leía el porvenir de mis días...

Fue el mismo que, con la vela, se quemaba el espinazo;
se daba como un gustazo cuando se daba candela...

Pues él mismo me decía, sin retorcerse y con calma:
que se alumbraba su alma cuanto más su cuerpo ardía...

Miraba menos ya yo la botella en que metido
guardaba un sapo el latido de una mujer que murió
en no sé qué trance... pero... su corazón allí entero
lo tiene vivo el bocó.

El mismo bocó que yo a medianoche iba a ver,
para que me diera un agua que me quitara la carga
de los dos duendes de ayer: era el difunto de aquí,
la otra cruz era de Haití.

Y oigo aún su voz que ensalma, la que me dio esta respuesta:
«con dos finados a cuesta, véndele al diablo tu alma...
porque así te libra el diablo de todo mal, grande o chico,
y además, te pone rico; pues oye bien lo que hablo:
no sabe ser pobre el diablo».

Mas ya para mí no había remedio en la brujería.
Perseguido aquí en mi tierra, y allá también perseguido,
preferí, donde he nacido, ser la paz o ser la guerra.
Largas fueron las semanas en que por no dejar huellas,

salía con las estrellas y roncaba en la mañana.
Pero un día recibí noticias en español;
no esperé cayera el sol para alejarme de allí,
y como macho enterito, a pesar de mis delitos...
a mi tierra me volví.

Compadre Mon en su tierra

Primer tropezón

Y apenas pisé la tierra que carne y huesos me dio,
un hombre con carabina, mañoso y con mala espina,
me gritó: —pa dónde va tan solito,
si viene de la frontera, desembuche, deme prueba,
saque pronto el papelito...
Pero mi instinto ya vio cómo la cosa venía:
un ladrón que se vestía con la ropa de la Ley.
Y con la fuerza del buey que ya no quiere más yugo,
sí, señor, le respondí, yo vengo de allá, de Haití,
y no traigo el papelito... Mas no esperando respuesta
mi mano ya estaba puesta en el arma del maldito;
le arranqué casi al minuto la mohosa carabina
(el cielo estaba con luto y lloraba un agua fina),
resbalosa era la lucha y sin testigo aquel duelo,
era lodo y sangre el suelo, y no falló mi cuchillo,
de pronto escucho un vagido que viene como del hueso
de aquel infeliz ya tieso: mi cuchillo ya le había
sacado el alma del cuerpo.
Pero no quise... No quise dejar allí
tirado al sol mi delito, y al difunto recogí
para echarlo en una zanja; mas pegado a él allí
le recé, porque luchó como fiera, y porque yo

no lo maté con una mano asesina.
 ¡Le di el alma de propina cuando al ladrón le recé!

Segundo tropezón

Así, sangrando yo todavía,
 de un brinco, casi partí sin tocar la geografía,
 porque hay algo que corría más que el potro, que iba en mí.
 Y ya usando el viejo luto de la noche, solté el bruto,
 me lavé la carne herida debajo un puente, y allí,
 mi conciencia la dormí con mi honradez no dormida.
 El alba llena de gallos pronto picoteó mi cuerpo,
 y vi ya, desde el caballo, recogiendo azul de río
 una muchacha; mi brío se lo acerqué; su sonrisa
 me madrugaba el «buen día», y otra cosa que Don Mon
 no la dice por varón...

Tan anchas palabras fueron de su gran silencio al mío
 que a cuatro leguas del río ya galopaba en las ancas
 aquel botín que le daba a mi potro olores tibios.
 Pero la muchacha quiso café con ron y allí ya,
 paré en una pulpería; también quería curar
 a mi potro que tenía algo en una de las patas,
 algo como garrapata pero que se le pudría.
 Y hablo con un viejo brujo que me dice: —no se apure,
 déjeme a mí que lo cure—. Y sin tocar al caballo
 le va quitando los males como al ganado
 que sin ponerle la mano con oraciones le quita los gusanos.
 Y ya con mi potro sano, y cuando a pagar le voy
 al taumaturgo el sudor, me dice: —Eso no, no quiero,
 yo no le cobro a Don Mon; Don Mon es el pueblo, y yo
 no quiero cobrarle al pueblo—.
 Mas dejar no quise aquello así no más... Y grité:
 uté tiene un hijo preso; le juro, que hasta con pesos...

se lo voy vivo a traer.

De repente al brujo atento le salieron esta vez
dos lágrimas que no sé quién se las hizo allá adentro...
Pero solo sé de fijo que en la cara se cayeron
de su pobre Crucifijo, como haciéndole de nuevo
sufrir por la tierra a Cristo.

Tercer tropezón

Caminaba ya por ver al pueblo donde nací,
cuando encontré por allí recuerdos de mis abuelos:
todo, bajo el mismo cielo, el loro y su chismecito,
la hamaca y el primer grito que di envuelto en un pañuelo.
Se me soltó un lagrimón sin que lo vieran los hombres,
porque aunque llorar yo puedo cuando no es agua de miedo,
no puede llorar mi nombre..., y fragante de cocina,
y caliente de fogón, allí sequé el lagrimón,
como si fuera una espina que se sacaba Don Mon.
Pero a gente nueva oliendo chismeaba la casa mía;
ya no estaba allí el perrito, el que conmigo corría
montado yo en un palito, y al dejar el caballito
todo el cuerpo me lamía.
Mas de pronto el grito ronco de un muchachón se me vino,
y me dijo: —Yo domino esa mujer con quien anda,
mi pantalón de parranda se la quita sin un tiro...—
Y le contesté al muchacho: —cállese que está en peligro—.
Pero el cimarrón no quiso cerrar la boca, y de pronto,
antes de que dé otro grito, le dejé guardado uno
de mis plomos en un muslo; se me puso chiquitito
y enfundando mi revólver no quise hacerlo difunto
porque en verdad que era un crío.
Pero también porque allí,
fue donde en paz nací yo. Porque donde tuve cuna,

da mala suerte la luna que ve a Mon
juntar el pañal con tumba.

Prisión de Compadre Mon

El cielo, la tierra, todo, como para darme paso,
limpió el viento a manotazos. Súbito a mi potro pincho,
y ya, como su relincho, llego al pueblo
mucho antes que sus pasos.

Dos años pasaron, sí, para que ni el polvo viera
de aquel general que fuera tres cosas siempre a la vez:
cárcel, comisario y juez...

Pero al regresar de Haití, algo peor encontré
que aquel por quien puse el pie fuera de aquí.

Pues tal vez por mi calibre de macho sin atadura,
pronto hallé la cosa oscura, y al mes dejé de ser libre.

Y fue el Cacique quien dijo: «metan a Compadre Mon
sin proceso en la prisión». Mas sin ley, sin Crucifijo,
allí se me dio un rincón, dizque por ser un matón
y de la patria un mal hijo... Pero el olfato de fijo
güelió en esto una traición.

Y ya metido entre aquellos barrotes, venía a ratos,
un hombre de mudo trato, que al fin dijo: «¿qué le pasa,
no se encuentra bien aquí? Está mejor que en Haití,
y hasta mejor que en su casa».

No sé quién fue que parió al maldito carcelero,
pues pasaba el día entero metiendo en mi catre el ojo;
pero un día me hice el cojo y vino a saber por qué
así yo andaba en mi cueva; vine a oír qué cosa nueva
yo le hablaba, y de mi pie fue de lo que no le hablé...
Así empezó mi amistad con aquel hombre sin bulla...
Tenía un ojo en aviso, y como en sueño el mellizo...
Tal vez por eso Don Pulla era su mejor apodo,

pues estaba bien con todos, pero más con su marrulla.
La confianza andaba ya —a pesar de la condena—
como en el aire anda el ala. Y aunque afirmen que en la mala
la amistad nunca fue buena; allí mismo, en la prisión,
como los muros no oyeron, estas cosas escupieron
Don Pulla y Compadre Mon.

Don Pulla

Voy a hablar, pero al hablar que no me lo digan, no,
que algo voy a recordar, si en cuanto me pongo a hablar
ya lo estoy viviendo yo.
Porque aquello no está en mí en la memoria, lo sé
todo lo que se me fue sin recordarlo está aquí.
Como yerba mala ya me sale por donde quiera
aquel poquito de fiera que está en el hombre y que va
creciendo en selva al sangrar.
Tengo yo mucho del palo que descubro por la esencia.
Mi presente huele a ausencia, ¡aunque está en gerundio el malo!
Pero en qué tierra se da la semilla de mi grito:
él siempre será delito... donde es mala fe callar.
Allí está en la pulpería el hambre que espera copa;
si mal lo miran, arroja con la tierra al que lo espía.
Es esto lo que he vivido, por eso no lo recuerdo...
Es que si pienso, lo pierdo, pues que sin viaje hay partida,
le doy muerte al darle vida.
Si es esencia el pensamiento, soy difunto por momentos;
se muere el hombre esta vez, y se muere en cada cosa.
Que un poco de muerte es la fragancia de la rosa.

Don Mon

Amigo Don Pulla, entiendo: ya sé que muriendo estamos
cada vez que nos callamos y hasta si estamos ya viendo.
Pero, Don Pulla, no vayas a decir cosas no tuyas...
Lárgame siempre a Don Pulla cada vez que no te callas.

Don Pulla

Vieja gota que del ojo sales pequeña y no poca,
tú ruedas hasta mi boca, vas a la fuente otra vez...
Es que vuelves a mi abismo, ¡como si conmigo mismo
me quitara ya la sed!
Y por aquello que brota, que apenas brota, me trago,
diáfano como ese trago... salobre como esa gota:
voy a tirar este grito igual que un naipe sin mito,
porque como va de reto, a corazón va completo.
¡Yo juego así con mi grito!
Amarga miel esta miel que no viene de la abeja.
Canta el pájaro entre rejas, alegra al amo y no a él.
No tengo alegría, no, pero yo la suelo dar.
Aquel que a mí me enterró algo dejó de enterrar.
Porque estuve aquí también, lo diré sin que me achique:
Por un nieto del Cacique que manoseó mi mujer...
Y no quiero hablarte, no, de la sentencia y sus daños.
Pues me dieron tantos años como los que el juez vivió.
Y uno dijo: —Que del cepo lo lleven al cementerio—.
Pero aún estoy tan serio que en el Olvido no quepo.
Yo fui soldado también del Cacique, sin delito.
Y él mismo dijo rabioso: —No saldrás del calabozo;
que se te pudra hasta el grito—.
Y aunque estábamos los dos casi solos... y a un pasito,
no le dije ni maldito por no tenerlo en la voz.

Y mala cara tampoco le puse, si por no hablar,
no quiso el ojo ofender. Mi cara sabe perder
donde yo suelo ganar.
Es que pudo mi marrulla mucho más que el prisionero;
y aquí estoy de carcelero; aunque preso está Don Pulla...

Don Mon

Lo que tú diciendo estás, de tan hondo viene ya,
que sufriendo en español hay allí un sajón que está,
sin saber tu idioma, ya, pensando en ti como yo.
Él puede enredado hablarte; pero se ve
en qué estribo el sajón siempre pone el pie.
Mas, como tú sabes que... que toda sogá con nudos
es más difícil romper; ¿no será que quiere aquí,
ponerte un caribe ají, envuelto ya en mucha miel?

Don Pulla

Mas Don Pulla sabe bien que en la noche sin estrellas
primero husmea las huellas el perro para morder.
En qué lengua ya se ve, algo en mí cantando está.
Es que en la guerra o la paz, aquí estando o no lo esté,
mi corazón, ya lo sé, habla español nada más.
Yo también la tierra soy. Tengo en cada cicatriz
una voz que es la raíz de lo que callando estoy.
Pero según pienso ya, la herida no viene, no,
del filo como vi yo; pues si el ojo ve que allá
por sus nudos a la palma se le conocen los años,
en el cuerpo ve los daños pero el microbio es del alma.
Mas, lo que viene de afuera, ya no me puede doler.
No duele nunca la espina en los callos de los pies.
Viejo Mon, pero te choca que no rece por los dos.

No me pides cosa poca, pues si es tan limpia tu voz,
 para qué buscar a Dios, si lo tienes en la boca.
 La bala me pudre, sí, y no se pudre mi voz.
 Qué difícil es que a mí, el hombre me quite aquí
 lo que no es del cuerpo, no.
 Bajo mi piel hay un duende creando ríos que ya
 como raíces huyendo no sabemos dónde van.
 Hay una cosa en el cuerpo que va en el cuerpo y no va.
 No la mata ni la acosa, pero mi canto hoy está
 echando al aire esa cosa...
 Mi canción —soga secreta— ya sabe al tiempo amarrarlo.
 Es con aquello sin tierra con lo que voy a enterrarlo.
 ¿Y mis uñas, mi pisada? No vuelve a pisar su huella
 Don Pulla cuando batalla: él es el río que nunca
 por aquí dos veces pasa.
 Y aquí, nomás, sin marrulla, o con ella por mochila,
 ya civil o ya en la fila yo siempre seré Don Pulla.

Don Mon

Atravesado por algo que no debe ser juguete,
 Don Pulla, cuando tú caigas, voy a decir en tu muerte:
 Aquí no ha muerto un civil, no ha caído un uniforme.
 ¿Qué ha muerto entonces, qué ha muerto?
 Algo más... ha muerto un hombre.
 Aquí también hay sus mudos... pero tal vez, como el grano,
 está enterrado su grito y está creciendo enterrado.
 Tú que paras las orejas si no te halaga el consejo;
 dándote flores me callo... me callo por mi pellejo.
 ¡No ves que por estas tierras estoy, por callar, más viejo!
 Ya mi voz —raíz del cuerpo— es dura como mi piel.
 Es que la pulpa del coco se pone dura también.
 Frente a ti, perros aúllan lo mismo que ante un sepulcro.

Con el olfato del perro algo en tu filo yo busco.
Lo sabe el de tierra adentro, la cosa no está muy muerta:
sangra de pronto el cadáver si el criminal se le acerca.
Aquí no hay velas que velen ¿para qué, si brilla igual
que una vela de velorio tu puñal?
Hay siempre un filo que lento va creciendo en cada luto.
Siempre engordan los de arriba como el buitre, con difuntos...
Mi voz se endurece allí donde tú pones el pie.
Es que aquí, donde me ves, siempre yo, si no lo sabes,
tengo las mañas del ave y no la fuerza del buey.
Hondo trío para aquel que husmea, calcula y sabe.
Donde el huevo pone el ave no pone la abeja miel.
No tiene el ciclón tardanza, pero el ojo me lo avisa.
Esto sí que va deprisa, porque si ayer, por consuelo,
mucho hacia arriba miraba, el cielo, vida me daba,
y hoy quien nos mata es el cielo.
Es que quien baja eres tú... Soldado, tu corazón
tiene rumores de avión. Pero el cielo sigue azul...
Y quién me calla, si ahora, bajo este cielo enemigo,
siempre me ensucia tu risa... Soldado, pero te digo:
que más abajo está el trigo y se sube hasta la misa...
¡pruébalo en hostia, te digo!

Don Pulla

Ya callar no puedo yo la voz que en los ojos cabe.
Hay algo ya que lo sabe también el tacto sin freno.
Si con mi espuela por llave, yo curo con el veneno.
Duro oficio para mí este de nunca ser blando.
Mas si el filo lava aquí, estoy con sangre alumbrando.
Sin embargo, para hablarte limpio ya,
como el mar quiero volver a la roca, para ser
ola nueva donde da. Es que ahora quiero ya

ponerte un galón también.

Tú me dijiste una vez, quien hace larga la guerra,
ganando, suele perder... Compadre Mon, pero tú,
tú ganas con la vejez.

Más que a tu cara, a tus años les cayeron siempre faldas.
Tu mejor guitarra toca con las cuerdas de tus barbas.
Hoy aquí no me convence aquella voz que ha gritado:
quien monta caballo viejo no llega nunca a caballo.
Esta vez pongo muy altos los calendarios que guardas.
Tu mejor guitarra toca con las cuerdas de tus barbas.

Don Mon

Pero hay algo en ti, callado, algo duro ya hay en ti
que te crece para adentro como crece la raíz.
Y para qué muda lengua, si cuando todo se calla,
oigo mis venas que son los duendes de mi guitarra.
Más que aquello que en mi naípe a corazón va virado;
suelto mi voz como un dado; que aquí nadie me la quita,
—penas no roba otra mano—.
Ya empieza el aire a ser gente... ¡Qué bien mi guitarra sabe
que va vestido de huésped el corazón por el aire!

Don Pulla

Como la planta de agua que del lodo hace colores,
mi pensamiento en tu frente se entierra... pero da flores...
Es que yo sé que también hay algo en ti que no daña.
Si por tener dura piel, eres tú, como la caña:
No da miel a quien la araña, y a quien la muerde, da miel.

Don Mon

En estas tierras le tienes tanta confianza a tu mano,
porque el toro cuando embiste tiene los ojos cerrados...
Pero hay algo tuyo esquivo. Hay algo en ti que está vivo
mientras más muerto lo esté. Es que, Don Pulla, yo sé
por lo que traga el hocico, de qué sufre y gusta el chivo,
y hasta qué piensa también.
Tus manos le secretean un mal a tu Crucifijo.
Que tú, como tu caballo, hueles de noche el abismo.
Aquí tú montas, lo sé, en alguna bestia en pena
que no deja por ajena ver la huella de tu pie.
Es que hay algo que te achica, aunque no estás como el 2
que siempre está de rodillas, como pidiendo perdón.
Pero también ya se ve que quien mucho sabe, sufre.
Tu olfato te pone triste si más allá... sabe oler.
Es que en la sombra, en la sombra pocas cosas huelen bien...
Ya sé que la voz te duele, sin embargo, con tu espina
tú te curas, como suele curarse la concubina
que en la lengua siempre tiene la fiebre y la medicina.
También la leche lunar se cuaja limpia en el lodo.
Con tu don de luna bajas hasta aquí... mas, como el loto
con el cieno te alimentas y creces puro en el lodo.

Don Pulla

Viejo Mon, ya sé por qué tu cachimbo no se apaga.
Es que siempre te lo enciende la chispa de tu palabra.
Pero tu chispa no solo tu cachimbo ha de encender,
si te sabes defender de la política a veces
que buscándote enredar tiene como la mujer,
más de aguja de tejer que don para desatar.

Don Mon

Yo que tengo el grito cano, por ser más que anzuelo pez,
 vuelvo a golpearte esta vez más con lengua que con mano.
 Pero si aquello que digo es menos que lo que guardo,
 con mi voz al aire vengo a callar cosas cantando.
 En la higiene de tu voz veo de qué tú estás lleno.
 Siempre la sierpe en la chica, en la pequeña botica
 de su boca hace el veneno.
 Hay en la sombra una vieja claridad que no se achica.
 Pica la abeja y me deja su aguijón... pero la abeja
 también muere cuando pica.
 Ya no silencio que baja todo el sol a mi navaja;
 es que siempre fue su brillo la vaina de mi cuchillo.
 Rojo despertar me afile, mas si en mi mano amanece,
 es porque sangre destilo, pues si es roja el alba, siempre
 uso la aurora en mi filo.

Don Pulla

Si es el ojo el que te muerde, por tus arrugas te calo.
 Pierde la cáscara el palo, pero el palo no se pierde.
 Mas, según ve mi pupila: tu piel seca y grito verde,
 y algo más, también se pierde, aquello que Dios te alquila.
 Ya, viejo Mon, tú sabrás por qué te suelto los frenos...
 Cuando el tiempo es lo de menos, lo del tiempo es lo demás.
 Compadre Mon, y ya ves, el uniforme se pudre
 pero no si estoy en él. Es que hay algo que en mi piel
 no se queda... Como suelen los secretos de mujer...
 Compadre Mon, es que sé que en mí la palabra hombre
 no me deja de doler.

Don Mon

Sé que cada calendario me está metiendo el cuchillo.
Si el tiempo mata mi cuerpo yo mato al tiempo con hijos...
Yo soy la lombriz cortada: sigo viviendo en trocitos.

Don Pulla

Viejo Mon, pero si aquello que se te enreda no enseña, es
pesadilla y no sueña la nieve de tu cabello.

Don Mon

Oírte, Pulla, me alegra... mas aunque blancas las ves
te soltaré las culebras de mis barbas, que son negras
cuando salen a morder.
Tú que no sabes callar, más que por ti, por tu boca,
no sé por qué ya me evocas algún pájaro del mar.
Un pájaro, ya me explico, de tarda naturaleza,
es decir, que tiene el pico más grande que la cabeza.
Ya sé por qué no me achico. Si tu pica es de alcatraz,
aquí siempre tú tendrás en vez de cabeza... pico...

Don Pulla

Si está como un libro adentro, si da luz por enterrada,
es mejor dejar la espina donde se clava.
Hoy quiero perder aquí. Hoy contigo, pierdo yo.
Compadre Mon, hoy te escucho aunque me duele tu voz.

Don Mon

Más terco que cuando busca en la conciencia un delito:
 —ladrón con ley— me persigue el tiempo como un cuchillo.
 Pero no son por vejez, ni son por lujo estos callos.
 Ya sabrás también por qué la cáscara guarda el fruto
 igual que al alma la piel.

Don Pulla

Compadre Mon, ya me sacias. Estoy satisfecho, pero...
 que suba la tierra quiero hasta tu ingenio y tu gracia.

Don Mon

Me aprietas mucho, Don Pulla, pero nada tuyo esquivo;
 pues por lo que estás oyendo, ya estoy caliente pariendo...
 ¡Mi voz la fecunda un chivo!
 Paisaje de río ya, se va el agua, pero ella...
 no se va: mi voz es un poco campo,
 es otro poco ciudad. Oye sin tiempo a la tierra
 que en mi garguero ya está.
 Mas como sueles de pronto juntar realidad con sueño,
 trasnochador va mi leño a encenderse en la candela
 de la chispa que te vuela.
 Pero tu filosofía no apartas de tu alimento;
 así en esta compañía si es comer tener talento,
 en el friquitín te busco con música de la frita,
 donde el plátano en tostones cae sonoro en tu barriga
 como monedas de pobre en pasajera alcancía...

Fuga de Compadre Mon y Don Pulla

Hasta aquí le saqué cosas al amigo, de la tierra.
Pero son cosas tan perras las que rodean mi voz,
que anduve hablando con Dios mientras cerca de mí estuve,
pero en cuanto me entretuve, la tierra se me subió
hecha sangre, y me salía un chorro solo:
la voz.

Mas qué confianza me toma aquel carcelero en pique:
que al ratico supe yo porque sin juez me metió
hasta en el cepo el Cacique.

Y por Don Pulla que fue hasta durmiéndose astuto,
comprendí ya por qué aquí, cuando regresé de Haití
encontré un hijo con luto:

Pues aquel jurado había que mientras viva y no achique,
usaba luto, gritaba: que muerta su hermana estaba
porque la manchó el Cacique.

La voz de Don Pulla andaba por mi cuerpo como mía;
ya a cada minuto oía: «Dice el Cacique a su modo,
que a él le debemos todos, y a nadie le debe el bien.
Todo el pueblo a su servicio... por él siempre el sacrificio,
y hasta el honor... para él...

Mas no me preguntes, Mon, por qué llevo este uniforme,
¿cómo puedo estar conforme, sí por hambre, no razón,
estoy aquí uniformado; pero adentro del soldado,
allá donde no me agacho... encontrarás que, por macho,
no está el grito uniformado...!

Yo prefiero la aventura, pues la aventura no esquivo:
muerto por ella estoy vivo, sin ella soy sepultura.

Y soy carcelero, pero... yo el hambre libre prefiero
a ser reo alimentado, no quiero estar bien pagado
si no he de pensar primero; me dan todo lo que quiero...
menos lo que me han quitado».

Y al hablar así, de allí nos escapamos los dos.
Entonces, Compadre Mon, volvió a cantar... pero así:

Canto a Cacique

Quien entre aquí no ha de andar con la razón en la boca:
porque nunca le dan poca al fusil que deja entrar.
Porque sueño... porque miro... porque tal vez se me va
la palabra libertad hasta en mi propio retiro;
por todo aquí perseguido, pero más por lo que pienso...
Ya solo sé que estoy vivo porque en mí mismo estoy preso.
Es vieja ya está parada, conozco el dado a favor:
«roba el rico y es honrado, roba el pobre y es ladrón».
Con qué me defiende, entonces, si puedo decir también:
que siempre sé me persigue por comer...

Y todas las hambres van seguro solo a una parte:
la tierra no se reparte, solo al muerto se la dan...

Que venga ahora, que venga el que es criminal de noche
pero que de día es juez. Que venga, ya que esta vez
es con mis manos vacías que me voy a defender.
Con tribunal o soldado me da lo mismo esta vez:
el uno con el instinto, el otro con arma al cinto,
me quitarán, ya lo sé, todo lo que tengo en casa;
¡mas de la puerta no pasa mi honradez!

Segundo canto

Las hijas del pobre son para tu cama, Cacique;
me lavo también la voz al gritar que por varón
hijo honrado tiene el pobre: como se niega a tus cobres
lo secas en la prisión.

Tú dices que nada pasa... Mas como estás en la rienda,
vírgenes van a tu casa como el ganado a la hacienda.
Y con los mismos que a ratos te las traen... tú las casas:
así les limpias la mancha... Pero aquellos son tan gatos
como tu honradez en casa...
Son también estos serviles, pequeños no ya de cuna,
sino pequeños de pico... pues adulan siendo ricos,
como pobres con fortuna.

Y es el pobre como yo, dueño de la tierra, sí,
cuando está enterrado allí... Y aquel que también la abrió
para enterrar siempre al bueno, por no estar el hoyo lleno
la «ley» con él lo llenó.
Es que tú, sobre esta tierra, para tapar bien el hoyo,
buscas tapar el embrollo... y al mismo que el muerto entierra
lo metes también al hoyo...
Pero hay miradas que gimen de la raíz al cogollo.
Porque tú tapas el hoyo, pero no se tapa el crimen...

Tercer canto

El día está aquí sencillo, pero no tan cerca ya,
si en la tierra solo está donde está lleno el bolsillo.
Qué más quieres que tener oro ajeno, y con el mismo
ponerte a limpiar tu abismo...
Pero tu crimen sonoro
es como mala mujer que es buena también con oro...
Ya ves, Cacique, tu mano no solo roba lo bueno,
sino que con lo robado se pone también honrado
tu veneno...

La tierra presiente ya que en todo tu mano está.
Voy a decirte esta vez que la plata está vestida

de policía y de juez.

Y vaca y leche han de ser el mismo aquel que ya humillas,
si aunque sueñe de rodillas, siempre tú le vas a hacer
como hace también el chulo: si al pueblo pones de mulo,
siempre es mina la mujer.

Mas con leche, pan y cuerno, no te conformas tampoco,
y quieres también un poco de divinidad, por eso
frente a tu fotografía, el buey del pueblo en tu día,
por mugirte... larga un rezo... pero un rezo que de cuajo
te arranque ya la salud, pues como lo pisas tú,
quiere verte más abajo...

No sé cómo puede el macho contar su cosa de adentro,
cuando por fuera me encuentro cosas que quizá con nombre
no me las dieron a mí, pero que por ser de aquí,
estas son cosas de hombre.

Ante el político infierno que en criollo y gringo es el mismo,
yo me pongo ante este abismo y anciano... me encuentro
[tierno...

Está en la espada el gobierno, pero no gobierna al mismo...

Todo está aquí tan distinto, tan complicado de idea,
que el filo jamás se apea de la liebre del instinto.

Y aunque la voz lleve altiva, y alma fuese su equipaje,
ay del que solo trabaje con belleza y no saliva...

le dan en vida homenaje, mas no pan para que viva.

Qué tú pretendes, soldado, con la justicia en el dado,
¿qué quiere aquí tu justicia? Hacer verdades con oro
es casi callar sonoro... o ingenuo ser con malicia.

Son así también aquellos... Son hoy los mismos de ayer.

Porque con plata o con palo, callan donde ven el bien,
y hablan lo malo que ven aunque poco sea lo malo.

Más allá de la frontera, dices que a la patria entera
la libras de males, sí: monopolios, carestías...

la libras de porquerías, de todas... menos de ti...

Y al dolor, a la penumbra, a todo tú me acostumbras,
pero a tu presencia no. Porque quepo yo en el cepo,
pero hay algo en que no quepo, Cacique, y es en tu voz.
El de afuera dice: «bien», y por su bien hace el daño:
porque es con el oro extraño que apoyas tu mal también.
Si por tú no ser tan suave, anda y madruga el progreso...
Tiene su voz suelta el ave pero el pájaro está preso.
Dónde está la patria entonces, tú que la tienes tan bien...
La mira buena el de afuera, pero el de adentro quisiera
vivirla como la ve... como la ve el que está afuera...
Ya, Cacique, estamos viejos de callar tu vida oscura:
si a ti, como a la pintura, es mejor verte de lejos...
Mas sin cuidar mi pellejo, quiero hablarte con altura.
El loco solo está quieto cuando el tiempo no ha cambiado...
Un cambio de luna puede traer un golpe de Estado.
Mas para odiarte, Cacique, no esperaré el calendario.
Yo quiero hablarte en buen criollo, en este que no se mengua,
porque quien habla en su lengua es algo más que patriota:
es decirle ya al que azota que si es criollo y hace daño,
es también aquí un extraño, mucho más que el mudo rico
que viene siempre de afuera: aquel roba y hablar deja,
tú robas, matas, y es chico el gran silencio que quieres
poner hasta en las mujeres... ¡pero es mujer siempre el pico!

Enemigo del amigo: al mismo que te ha ayudado
a poner cargado el dado... lo pones a ser mendigo.
Es que solo eres amigo del último que ha llegado.
Tú, como el río en tormenta, vas con el cieno engordando;
cuando el chancho se alimenta se va por dentro ensuciando...

Desbocado o no, te tienta ser jinete, y a la vez
poner la espuela a que pique. Pero ya se ve, Cacique,
que tu genio está en los pies.

Cuarto canto

Yo no pongo allí la vista, pues quien solo tiene un cobre,
 ve tan pobre, que ve pobre al prestamista.
 Espero también que el arte se meta al horno de lleno:
 no dejará de ser bueno si como pan se reparte.
 El arte que aquello amasa, hace de carne su mito,
 porque en la tierra tirado tal vez no esté bien lavado,
 ¡pero qué limpio es el grito!

Es terrible esta moneda en pedazos recibida;
 pero esta voz repartida se nos queda...
 porque es la mejor moneda si esta voz es pan de vida.
 Y no es que quiera cantar, porque lo que estoy hablando
 no puede venir cantando... Esto tiene que llegar
 desnudo, seco y agudo, porque no es sino desnudo
 que el sable es el bien o el mal.

Quinto canto

Estas tierras son así, porque aquí
 hasta la fiebre es salud... Solo una casa nos dan,
 y para un huésped, nomás: nos dan solo el ataúd.

La frente llora de oficio; por lo que aquí se desagua,
 juzgo ya, si no estoy ciego, que es poco jugar con fuego
 y es mucho jugar con agua.
 Y han de saber lo que es ganar por día centavos...
 Voy a clavar este clavo en una voz esta vez...
 Pues tienen de seis a seis mi sudor y entendimiento
 para hacer rico al jumento que está en camisa fumando:
 bestia que en su gabinete ni saca ni nada mete
 que esté como yo pensando.

Y aunque me cueste trabajo, por el que viene y que viva,
no le callaré al de arriba, que son muchos los de abajo...
Mas ponerlo aquí a que viva tan cerca del que está abajo...
tal vez no cueste trabajo si no trabaja el de arriba...
Es por eso que ahora explico, y lo digo en cualquier modo,
pues sabe explicarlo todo quien fue carnada de rico.
Que vengan los sin trabajo, que el hambre de aquí no pasa.
No se quede el pueblo en casa si a todos aquí barajo...
Vengan a ver al de abajo, que hoy tiene el sueño la masa...
¡Quién se queda, tierra madre, cuando el hambre es la que
[arrea!

En esta paz con pelea tenemos que hacer las paces
con el cuerpo y con la idea.

Sexto canto

El dolor no es nuevo, no, no es nuevo para el que canta,
porque aquel que sin proceso estuvo diez años preso,
mudo no mudó garganta.
Mas, Cacique, si no puedo en este presente hablarte,
voy ahora a despertarte; quiero ponerte en mi edad
para hablarte una verdad que a mi edad solo he de hablarte.
Lo mismo que mi dolor nada en tu veneno es nuevo,
pero como nunca llevo estas canas sin oficio,
pondré el día de mi pelo en la noche de tu vicio.
Es duro ser ruina y ser una ruina sin memoria...
Tú que no tienes historia porque está sucio tu ayer...
si sucio fuiste temprano, cómo limpiar tu vejez.
¡Tanta sombra dio tu aurora que ella fue tu atardecer!

Séptimo canto

Pero no, Cacique, no, tú no te fuiste de aquí;
 aún me bulle en el buche aquello que dice así:
 Como aquí todo es forzado, por ti voté arrodillado,
 y ganaste, ganamos... pero al ganar,
 ni en mi propia casa pude claro hablar.
 Está bien claro, Cacique: si ganamos con la espada
 perdemos la libertad.

Es que no, no quiero ya, callarle al juez que hay en mí
 que una tierra puse a andar, y al darle estatura, vi,
 que cuanto más ya crecía, extranjero me sentía
 en mi propia tierra, sí, aquí que en las elecciones
 con honrados y ladrones y hasta con los jueces junto,
 vota también el difunto.
 Que no, Cacique, que no, que tú no te vas de aquí, ni yo.

Último canto

Tú pones, Cacique, el pie, donde no lo pongo yo.
 Tú tienes tierras, lo sé, mas esta no es tuya, no:
 tierra levantada soy.
 Todo lo tienes, se ve..., mas no en todo está tu pie.
 Ponte aquí... donde estoy yo, y ya tú sabrás por qué,
 qué duro es decirte no.
 Tú pones, ya ves, el pie, donde no lo pongo yo.
 Pero no sé ya por qué puedo yo decirte no.
 Esto también, ya lo sé, esto también dice no.
 Tú tienes poco, se ve, de aquello que tengo yo.
 Sobre cráneos, ya lo sé, apoyas sonoro el pie.
 ¡No sé por qué vivo yo, ya no sé, no sé por qué
 no pones aquí tu pie. ¡De pie dura mucho un no!

Un recado a Simón

Paisano Simón, ya voy a robar llaves del cielo
para que tú bajes hoy. Sobo mi amuleto y pido...
Baja ya, ladrón de lutos. Déjate caer a tiempo
como un fruto.

Faltan aquí muchas cosas que tú nos dejaste aquí.
Pan y aire, luz y sueño, vi estas cosas bajo el leño,
¡mas, pantalones no vi!

Mira la casa, tu casa, es tan grande, tan inmensa,
¿pero en dónde está la casa, aquí donde el trigo piensa?

Mira sus habitaciones, carpintero que con balas
le hiciste puertas al rancho, ven a ver su dueño, a Sancho:
¡que hasta en su burro hay más alas!

Desde golpes de Estado hasta el burócrata vil,
en uno o en otro modo, vi en tu América de todo,
¡mas tu América no vi!

Como no cabe en el hoyo ni tu caballo inocente,
con tu espada y sobre el bruto hay quien da ruidoso luto
todavía al Continente.

Estas tierras que salieron todas de tu pantalón.
Mas olvidaste una hazaña: nos liberaste de España,
pero no de lo español.
Somos España hasta cuando ella no queremos ser...
Ya ves, buen Simón, tu espada, en ti mismo está clavada,
al clavarla en Ella ayer.

Pero tú estás todavía en esa piel que medita
 del negro que a fuerza humana siempre su noche se quita
 hoy con risa de mañana.
 Oigo aún también tu voz en la carita de un cobre
 que en el burriquito andino va con el indio y el trino
 que hace al aire menos pobre.

Mas el mapa nos lo muerde un diente que no es común.
 Por ese diente, ya ves, van a tener que volver
 Cristo, Don Quijote y tú.
 Pero tú, baja pronto, que la casa
 espera con su luz boba —barrendero de América—
 tu escoba.

En casa de Don Oráculo

Terminé así de cantar al salir de la prisión.
 Se me soltó el corazón igual que un río sin mar,
 y no se me va a secar si de mis venas salió.

Pero allí mismo juramos vengarnos solo del amo,
 y como cabra montés, de nuevo gabié los cerros,
 pero también siendo perro, rifle y paloma a la vez.
 Mas, duramos poco huyendo del cruel Cacique los dos,
 porque mi crío —el del luto— cayó a los pies de aquel bruto,
 pero aquel también cayó...

De nuevo en mi tierra yo, pero en un pueblo ya libre,
 iba a tomar el jengibre para endulzar mi vejez,
 a casa de un parroquiano, que por saber todo cálculo,
 le llamaban Don Oráculo, ¡daba hasta misa el paisano!
 Es que a nada se rendía ni con ni sin picardía.

Farmacéutico, poeta, bellaco, mago, profeta,
filósofo, juez, beodo, político hasta en la nieta:
era la fuente de todos, era una Biblia su labio,
mas con todo y ser un sabio, dialogamos de este modo:

Don Oráculo

Tantos ríos que soltaron bajo mi piel. Mas no sé
por qué lo que me golpea siendo agua tiene sed.
Viajero que dentro el pecho a caballo siempre vas.
Por la herida sales, pero... no creo que a descansar.

Es estrecha la salida para aquello que se va.
¿Va el río a dónde, si el río la sed no le quita al mar?

Viajero que dentro el pecho oigo que quieres beber...
¿Para qué, si eres la fuente, para qué corres con sed?

Tú galopas aquí dentro como queriendo llegar...
¿Pero a dónde vas, viajero, si eres tú la eternidad?

Compadre Mon

Tu voz tan profunda oí, que tembló también en mí.

Don Oráculo

Yo canto clavándome la propia voz, porque aquí,
quien más sangra es el que sueña, y el que sueña canta así:

Primer canto de Don Oráculo

Arte que muerte me das quitándome lo que vivo.
Aunque matándome estás, vivo menos si te esquivo.
Honor de fruta madura que para aquel que la muerde
da lo mejor... Y no pierde, si da miel por mordedura.
Ya por huir de la mordida el corazón no se esconde.
Si es él mismo el que responde, él asoma por la herida.
Como el punto suspensivo que, con su mudo papel,
no calla lo que está en él, si en el mismo está el motivo.
Yo callo a veces tan hondo, tan hondo, que, me delata
lo que silencio en el fondo, si en el fondo me retrata.
Y en el fondo está mi cara. Porque sabe la pupila:
que si el agua está tranquila se ve la imagen más clara.
Doy más de lo que me dieron, pero en tal forma lo doy,
que lo doy como yo soy y no como me lo hicieron.
El arte exprime mi herida, y más puro se ve en ella.
En el agua ennegrecida se ve más blanca la estrella.
Fuese o no verdad el arte, pero es tan viejo... tan viejo,
como se rompe el espejo y la imagen no se parte.
Ya pesa más lo que pienso que lo que llevo por carga.
Tiene el pintor vida larga si al fin la deja en el lienzo.
Canción que te quedarás cuando mi carne esté fría...
esta carne que no es mía, pero es mío lo demás...
Carne por muda ofendida, tú también das lo mejor,
lo que perdí por la herida, lo gané con tu dolor.
Mas, como aquello que es mío... cabe lo tuyo en mi clave
a la manera que cabe lo del cielo en lo del río.
Algo que me va mordiendo me va la vida aguzando.
La roca se va afilando si el mar se la va comiendo.
Y he gozado lo sufrido, lo he perdido en arte haciendo.
Quiero perder... si perdiendo... en arte doy lo perdido.

Segundo canto de Don Oráculo

Carne natal, tú mi casa, y en ti, sin edad mi voz.
Acércame al tiempo, carne. ¡Qué triste sin muerte yo!
A la puerta tú, del rico, matando el hambre al temor
pidas cosas que son tuyas, no de los dos.
Mas cuando a veces te hiere con sus hierros el rencor,
tú sangras, pero quien piensa soy yo.
Te da tamaño la muerte, grillos la ley sin razón.
Mas tu dolor va medido como tu amor.
Barro que conmigo andas, no andamos tan juntas, no.
Te dan vino, te dan lujo, lecho ajeno, pan, confort.
Pero ¿con qué se alimenta tu ruiseñor?
Tú me dices: —ven y tiembla con mi popular calor,
en mi piel, ama las cosas de tu interior—.
Yo soy el puente del santo y el pecador;
porque aquí, si soy la espina soy la flor.
Ven y lame, ven y chupa. Yo soy el vino, yo soy...
si más borracho de sangre que de licor,
uvas resume en mis venas la tentación.

Duendes de la primavera, cosquillas de la estación.
Hay algo aquí que está haciendo su cálida reunión.
Tiembla este seno que crece sumando sol;
tiembla como un trago sólido de ron.
Toca una vez este fruto que no retoña el pezón.
En mi piel como en un árbol garabateado de amor,
sus memorias escribieron el Diablo y Dios.

Mira como se humedece de futuro el vientre hoy.
Que no hay Don Juanes, ni Cristos, ni Quijotes, sin mi ilustre
cascarón.
Mas también, oh vencedor,

mira el látigo en la espalda del que medita. No hay sol todavía para el hombre. Lo que ves sangrando hoy, es lo de ayer... no se seca. ¡Qué antigua es la sed que tienes, cazador!

Aún, Agripina, aún... duele el ángel de almidón que hace siglos en tu vientre se cayó.
Barro aire de Leonardo. Barro espeso de Nerón.
Yo soy la carne, la Historia, yo soy...
Porque sin mí, ¿quién ha dicho: he gozado, he sufrido, y aquí estoy?

Tierra que conmigo andas, creces tú cuando eres yo.
En ti cabe todo ahora, hasta mi poco de Dios.
Ya tu herida es una oreja... ¡Es tan viejo el surtidor!
Carne natal, tú mi casa, y en ti, sin edad mi voz.
Acércame al tiempo, carne. ¡Qué triste sin muerte yo!

Dame tu tamaño, goce, el que la herida te dio.
Dame también tu estatura de dolor.
El placer escribió arrugas. ¿Qué escribió en la carta de mi carne, que endureció como una piedra de Esfinge lo que escribió?
Esqueleto de onomásticos, desde ti siento que hoy por la simple vena rota voy saliendo y todo soy.
Hecho tú de aniversarios, sin horario mi dolor.
Barro mío, ¿qué me das, si sueño soy?
Exprimí la rosa, y algo se me cayó.
Al tiempo le di la rosa, me quedé con el olor.
Por el placer de una herida... cargo con tu barro yo.
Vieja carne, casa en donde al llegar se dice adiós.
Mas entre el barro, no siempre solo yo...
El pensamiento me pide... ¿qué pidió?

Risa niña, miel demente, aire junto: su temblor.
¡Cómo aún gotea vida lo que mi diente mordió!
¡Oh carne de ayer que tienes tanto de hoy!
Río en el mar, ¡y aún dulce lo que pasó!

Vieja carne, todavía tienes matriz para un hijo:
mi dolor.
Mas si carne solo es tiempo. ¿Qué hago yo
con esta cosa en el cuerpo que tiembla cuando yo soy?
Me trajo hasta aquí la herida que da vida, muerte no.
Vieja carne, casa en donde la llegada es la partida.
¿Qué mejor? Pues qué caro es mi hospedaje
si es prisión. Un viajero solo cabe
aquí dentro. Mas hay dos...
Alma inquilina sin tiempo pero en mi barro de hoy.
Algo lucha en esta casa con mi voz.
Entre paredes de hueso, rojo de golpear sin sol,
a lo eterno juega un niño: mi emoción.
Me trajo hasta aquí la herida que da vida, muerte no.
Vieja carne, casa en donde mientras llego, ya me voy.
Habla solo tu inquilino. ¿Quién le habló?
Una mariposa vuela, vieja casa, en tu interior.
Por algo salta aquel niño: mi corazón.
Mira ya cómo golpea lo que llevo dentro yo.
Se va escuchando más hondo, como un yunque que hace a Dios.

Vieja carne, casa muda, donde yo
estoy buscando una cosa que solo si sufre... soy.
Me trajo hasta aquí el placer y me sacará el dolor.
Busco al huésped más antiguo de mi carne:
mi voz.

Tercer canto de Don Oráculo

Luz de ciencia, luz pequeña. Luz que por ser de cordura,
ya es obscura, si no sueña...
Frente a la tierra desnuda que habla más estando muda,
ya no sé por qué no grito. Algo me enseña a callar...
Hay tal vez más infinito en lo que dejo de hablar.
Silencio que por guardado va creciendo lentamente
como si hubiese enterrado una semilla en mi frente.
Mas, por mudo, no comenta, y por mudo, no se humilla,
al fin como la semilla de la tierra se alimenta.
Lo supe desde el pasado en cada dolor poner
un poco de lo ganado por lo perdido en placer.
Y tuve un poco de vuelo, como el agua pensativa
que por mirar hacia arriba
tiene un retazo de cielo.
Mas, si fue locura mía, di por cuerda mi locura.
Si es locura la cordura por tierras de fantasía.
La mitad, carne dormida, lo que ilumina y redime:
cuando la vida se exprime se saca luz de la vida.
Y hasta en el gris pensamiento que el hombre cotidianiza,
algo está con argumento que cabe en una sonrisa.
En una sonrisa, en una se puede mirar, lo mismo
que en el pozo de un abismo asoma un poco de luna.
Pero en vano está en la carne el camino.
Algo por ser tan divino no se acostumbra a lo humano.
Siempre no tuvo ocasión la ocasión de la cordura.
Nunca fue grande aventura la aventura con razón.
Y entre razón y emociones, repetía las razones
de aquel flaco aventurero que tenía
por cordura su Escudero.
Y tras de aquel, ya decía: yo nada llevo en mi viaje,
pero no voy más liviano... Es el verso: mi equipaje...

Lo demás... es del gusano.
Y será más pasajero aquel castillo en la mano
del dinero, que mi soñado castillo ya sacado del tintero.
Por eso, tierra, por eso hay algo que no se ve
que pesa más que tu peso. Pero carne, no te asombres,
que aquello que va contigo ya lo envenenan los hombres.
Mas, la agresiva locura humanamente responde,
y es más cruel lo que se esconde que el mal de su mordedura.
No será verdad tan nueva, si ya en el filo está el mal.
Y el mal no está en el puñal, sino en aquel que lo lleva.
Y mata al cuerpo, y no mata, si solo al cuerpo ha matado.
Y por callar, lo delata lo mismo que está callado.
Aquello que tú no ves, y está velando, velando
al dado que está jugando con la conciencia al revés.
No se inventaron cerrojos para el que piensa encerrarlo.
Por eso para mirarlo no tengo que abrir los ojos.
Voy a volver a creer que tiene cada esqueleto
un misterioso alfabeto que puedo al dormir, leer.
Ya lo que digo es tan cierto, y es tan sutil el motivo,
que lo que digo está vivo en el vivo y en el muerto.
Yo vi el hombre que tenía en la voz la cicatriz,
el de la mano que un día me apretaba,
y al apretarme, sentía que me ataba una raíz.
El de aquella mano seca, que en sus arrugas leía
mucho más filosofía que en la sabia biblioteca.
Y aquel hombre, se reía tan hondo, que, todavía
lo que silencio me crece. Y, por callar, por callar
mi silencio se parece al del cielo frente al mar.
Pero el silencio no cabe en el hueco de la herida.
Como no cabe en la nave lo que deja la partida.
Silencio que cuando creces como llaga no curada,
eres la Nada que a veces es algo más que la Nada.
Cuando sales por la herida tienes un poco de todo.

Entonces, lo mudo es vida. Entonces, la vida es lodo.
Viejo silencio del cielo, viejo silencio, tan hondo,
que para verlo en el fondo detiene el tiempo su vuelo.
Silencio de cielo cruel, está muerto y no está frío.
Ya tiene el silencio mío casi el silencio de aquel.
Algo que en todo, callando, no se ve y está alumbrando...
Ojo mío: no te asombres, que tú también ves los hombres
si estás cerrado, soñando.
Que no me diga el vacío que nada es tuyo ni es mío...
Tierra que vienes de nada: ¿por qué entonces tan pesada?
Tú no me llevas en vano como la piedra en la mano
del ciego que inútil quiere defenderse del que hiere.
Tierra que mire a tu modo, como la Nada, desnuda.
Pero me grita la Duda: que tú, sin nada, das todo.
Más que tu lumbré de prosa, hondo silencio me crece
tan alto, que se parece al oficio de la rosa.
Si tú, que tienes las llaves, prefieres, cielo, callarte...
Hoy solo quiero mirarte porque en la voz no me cabes.
Sin embargo, ¿por qué luego que me sacas del abismo
me dejas caer lo mismo que si fueras también ciego?
¿Es que soy yo tan humano que ya no puedo contigo?
Se cae tu nube... y es trigo. Yo me caigo... y soy gusano.
Silencio que vienes hoy de tierra adentro, tan hondo,
que vengo como del fondo de otro silencio que soy.
Lo más mínimo perdura en tu conciencia que sabe
mucho más cosas que el ave sin ser tu ciencia la altura.
Árbol sin voz, no te asombres, si mi silencio infinito
ve salir tu verde grito de la tierra, como un hombre.
¿Qué puede tener la frente que a tu raíz fuera esquivo,
si la tierra es el motivo de la mordida y del diente?
¿Y tú, qué sabes del grito que da el átomo en un verso?
Luz de ciencia: tu universo es menos que su infinito.
Pero la piel no entendía. Mas yo sé que como ayer:

he de volver, de volver al silencio de aquel día...
Por aquella mano anciana donde siempre yo leía
la humana filosofía que por desnuda es humana.
Y me enseñó, lo que enseña, viejo ataúd, tu verdad
que con tu tapa pequeña no tapas la eternidad.

Don Mon

Por hombre, no te diré: préstame tu sacrificio
que quiero usarlo esta vez; pero escucha, pon la oreja
lo mismo que tras la reja se la pone el reo al juez.

Conclusiones de Don Mon

Cuando el cuerpo está penando, en él cabe el sufrimiento.
Mas, si pena el pensamiento, ¿dónde cabe, cómo y cuándo?

Para qué callar, si siempre diciendo cosas no pierdo.
No da el dolor la locura si quien sufre, siempre es cuerdo.

Ya perla de picardía, o ya mina de la Historia:
siempre tiene más memoria el dolor que la alegría.
Honda raíz debe ser aquello, que, sin ser gente,
hace del hombre la fuente y en el mismo ha de beber.

Pero no puedo aprender con tu luz, pues si envenena,
siempre como a luna llena solo la uso en la piel.

Alguien trabaja debajo de mi piel sin descansar.
Alguien trabaja con uñas, agua saca, y algo más...

Don Oráculo, no sé si suda bien este bruto...
pero el palo que se moja está más cerca del fruto.

Sin embargo, tiene también algo de agua el cuadrúpedo:
siempre me lavo la voz con la mirada del burro.

Ya ves, yo no quiero hablar, pero ponte, ponte a oír:
alguien hojeando está allí mi ruidoso libro, el mar.

Tú no lo ves porque sé que la piel no mira el grito.
Tampoco el viento se ve, pero te agarra la piel
como a la voz el delito.

Tanto hay aquí qué callar, tanto hay aquí qué decir,
que oyendo el agua has de oír lo que me parezco al mar
más que parecerme a mí.

Pero hay algo más aquí, como esta cosa es tan vieja
se me hace nueva en la voz... Yo veo en lo oscuro a Dios,
como ve la voz mi oreja.

Mas no sé por qué sufre la mentira.
Pero si el dolor, ¡qué bien!, aquí cabe y se hace bello,
¿con qué se alimenta aquello que es alimento también?

Terco hay un pero... lo sé. Pero es un pero con mito.
Siempre andar saben los pies cuando son los del instinto.

Aquí lo que cura... sobra, si da el bien males mayores,
alguien da en latines flores, pero en criollo, cuenta y cobra.

Aquí la toga ya intenta bien saldar con Dios su cuenta;
mas como allí... nada sobra... paga allá lo que aquí
[cobra.

Se ve que este dulce abismo busca al Demonio en el bueno,
como quien hace el veneno con el antídoto mismo.

Fíjate ya, guitarrero, le estoy haciendo al madero
de mi guitarra no vieja un hoyo como una oreja,
porque lo que siempre quiero es que me oiga el madero...

Me llevo la mano al pecho y siento que no se calla.
Entre mi jaula de huesos un ciego canario canta.
No lo tengo ya en el cuerpo, no lo tengo ya en la mano.
Pongo la mano en el grito, y siento entero el canario.

En esta ocasión aparto lo que siempre viene junto.
Que la cáscara es más dura y dura menos que el fruto.

Es que no olvido también que es de ayer y no fue ayer
lo que a mí me está cortando. Si siempre suele doler,
el tiempo está sin ayer mientras me duela pasando...

Y el tiempo eres tú, ¿lo ves? Por los ojos se desagua
lo que me das a beber. Aprende siempre la sed
con la ignorancia del agua.

Pero agua muerta no es. ¡Qué más quiero que sacar
de mi tierra adentro el mar! ¡Me suda el grito esta vez!
Mano que me diste tragos: lo que me hiciste beber
le quite la sed al cuerpo, y a mí me deja la sed.

Ya ves, que sangrando estoy, pero no sangrando rojo...
Mas lo que sale del ojo no es sangre... pero yo soy.

Las gotas en que me rompo bajan el cielo a mi abismo.
Tú no lo ves porque sé que la piel no mira el grito.

¡Qué bien que se ensucia el aire con la tierra de mi voz!

Si en el reloj no está el tiempo, en la toga no está el juez.

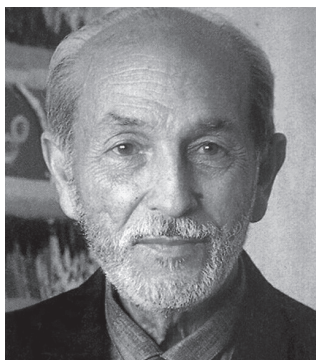
Pero si en este rocío que cae del ojo está un pueblo,
me lavo la voz en él.

He defendido hombres buenos, también malos defendí;
más por lo que yo viví entre el bien y entre el veneno,
cuando estuve abajo vi que se apiadaron de mí
más los malos que los buenos...

Pero ahora es cuando quiero que todos sepan que aquí
hay cosas que con la muerte es que empiezan a vivir.



BIOGRAFÍA DE MANUEL DEL CABRAL



Manuel del Cabral es uno de los escritores más notables de la literatura dominicana y caribeña.

El poeta y narrador nació en Santiago de los Caballeros el 7 de marzo de 1907 y falleció el 14 de mayo de 1999 en Santo Domingo. Sus padres fueron Amelia Josefa Tavárez Saviñón y Mario Fermín Cabral y Báez.

Del Cabral desarrolló una larga y exitosa carrera diplomática que se extendió por casi tres décadas en las que representó a República Dominicana en Colombia, Perú, Panamá, Chile y Argentina.

En sus estancias en América Latina y sus viajes a Europa se relacionó con renombrados escritores de su época.

Manuel del Cabral es uno de los poetas dominicanos más antologados y difundidos en el exterior.

Junto a los autores Luis Palés Matos, puertorriqueño, y Nicolás Guillén, cubano, Manuel de Cabral es un pionero de la poesía negroide. Su obra *Trópico negro* (1942) lo situó como el poeta que con más acierto y profundidad trató la explotación de los negros africanos. No obstante, su obra más transcendental es *Compadre Mon* (1943).

Antes, el autor dio a la imprenta *Pilón* (1931), *Color de agua* (1932) y *Doce poemas negros* (1935), en cuyos versos se reflejan su interés por lo popular y sus preocupaciones sociales e indigenistas.

Posteriormente, divulgó los poemarios *Los huéspedes secretos* (1951), *Sexo y alma* (1956) y *Los anti-tiempo* (1967), en los que trató otras temáticas como el amor y el erotismo.

En *La isla ofendida* (1965), el autor reafirmó su compromiso político, en defensa de la revolución cubana.

Además, fue cuentista, y publicó las novelas *El escupido* (1970) y *El presidente negro* (1973). También divulgó el libro autobiográfico *Historia de mi voz*.

En 1992, a Manuel del Cabral se le otorgó el Premio Nacional de Literatura de República Dominicana.

Compadre Mon, de Manuel del Cabral, de la colección
«Clásicos Dominicanos. Serie III. Poesía», del Instituto Superior de Formación
Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2024, en los talleres
gráficos de Editora Búho, con una tirada de 750 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS

Serie I. Narrativa

Cartas a Evelina
Francisco E. Moscoso Puello

Crónicas de Altocerro
Virgilio Díaz Grullón

Cuentos cimarrones
Sócrates Nolasco

El montero
Pedro Francisco Bonó

Enriquillo
Manuel de Jesús Galván

Guanuma
Federico García Godoy

La fantasma de Higüey
Francisco Javier Angulo Guridi

La sangre
Tulio Manuel Cestero

Over
Ramón Marrero Aristy

Trementina, clerén y bongó
Julio González Herrera

Serie II. Ensayos

Análisis de la Era de Trujillo
José R. Cordero Michel

El nacionalismo dominicano
Américo Lugo

Feminismo
Ercilia Pepín

Idea de Bien Patrio
Ulises Francisco Espaillat

Ideario feminista
Abigail Mejía

Imágenes del dominicano
Manuel Rueda

Invitación a la lectura
Camila Henríquez Ureña

**La República Dominicana,
una ficción**
Juan Isidro Jimenes Grullón

La utopía de América
Pedro Henríquez Ureña

Perfiles y relieves
Federico García Godoy

**Seis ensayos en busca
de nuestra expresión**
Pedro Henríquez Ureña





INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE III. POESÍA

ISBN: 978-9945-639-38-4



9 789945 639384